

LA ESPAÑA MODERNA





AÑO 14.

---

NUM. 158

---

LA

ESPAÑA MODERNA



**Director: JOSE DE LAZARO**

---

**FEBRERO, 1902**

---

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# HIGH-LIFE

NOVELA

---

## I

Primero de Mayo, en el Prater, Viena...

Los carruajes rodaban, envueltos por una atmósfera alegre y vivificante; las señoras con vaporosos trajes, conscientes de su belleza, gozaban con la admiración envidiosa de la muchedumbre, que representaba para ellas las alfombras de rosas, tendidas al paso del triunfador antiguo.

En el aire perfumado por el saúco, en el follaje dorado por el sol, en el cielo de un azul suave, en la Naturaleza entera, todo sonreía, todo vibraba de alegría. Era la divina fiesta de la primavera, el baile de los pájaros, de las abejas y de las flores.

La princesa Cari Hohenberg, una de las reinas de la estación de invierno, triunfaba en su carruaje, algo cansada de los bailes, de los conciertos y de las reuniones, satisfecha de respirar aquel ambiente puro, mientras cambiaba saludos afectuosos á derecha é izquierda.

A su lado iba sentada su hermana, la condesa Isi de Thunen, otra reina de la moda, pues esta soberanía admite la pluralidad de cetros.

Carolina, la mayor, de treinta años—el Almanaque de



Gotha lo atestiguaba—estaba predestinada por su rubio ardiente á vestir en los cuadros vivos el traje veneciano. Isabel, de veinticinco años, era una morena intensa, para la que el disfraz de aldeana napolitana era de rigor.

Isi no se reclinaba lánguidamente en los almohadones del landó, no se dejaba mecer por la dulzura del mes de Mayo, escuchaba la banda militar que tocaba en un café el vals del *Murciélagó*, y aquella pieza hablaba á la bella Isi de una historia de amor, á cuyo recuerdo brillaban sus ojos.

En el carruaje de la condesa de Simmersburg, una forastera atraía todas las miradas: era su biznieta Gertrudis, de diez y siete años de edad, una deliciosa criatura rubia y pura como aquel día de sol. Era la primera vez que la joven, educada en una ciudad de provincia y llegada hacía pocos días á casa de su abuela, se presentaba á la sociedad vienesa. Y la presentación era sensacional.

No debía hacer su entrada en el mundo sino al año siguiente, es decir, ser primero presentada en la corte, después en los salones de la nobleza y de la aristocracia. Su abuela esperaba casarla bien, porque, á pesar de lo modesto de su fortuna, su bonita cara le constituía un dote que le permitía aspirar á los más brillantes partidos.

Pero Gertrudis ignoraba su belleza; no sospechaba que pudiese inspirar una pasión ó alcanzar victorias mundanas.

El paseo del Prater le parecía la introducción en un reino de hadas, porque por primera vez veía una sociedad brillante que, en adelante, iba á ser la suya. Un porvenir radiante presentaba ante sus deslumbrados ojos perspectivas esplendorosas y divinas, prometiendo magnificencias desconocidas.

Inauguraba en aquel día un verdadero tocado de «señorita» á la última moda; hasta entonces no había llevado más que modestos vestidillos de lana ó de percal; pero en aquella ocasión iba elegantísima. Su ondulante cabellera iba aprisionada por un sombrero de largas plumas. El espejo le había revelado momentos antes que aquellos rizos rubios, uno de los cuales



acariciaba graciosamente sus cejas oscuras, le daban cierto aire picaresco. Sentíase bonita y se complacía en ella misma, sin pensar en trastornar cerebros. Los capullos de las flores, próximos á abrirse, debían experimentar la misma sensación en aquella tibia tarde de Mayo.

—No metas las narices en tu ramo, y ponte derecha: ¡una muchacha no debe ir reclinada!—dijo la anciana Condesa con tono de reprensión.

Gertrudis se irguió y bajó el ramito de rosas que ocultaba la parte inferior de su rostro: hubiera sido lástima esconder aquellos labios de cereza, cercanos á tan graciosos hoyuelos.

Sin embargo, la condesa de Simmersburg hubo de repetir su observación respecto del ramo sobre el que Gertrudis se obstinaba en inclinarse; aspiraba, al mismo tiempo que el aroma de las flores, el olor de su largo guante de Suecia, y aquella mezcla de perfumes le sugería este pensamiento: que el mundo era un vasto jardín... y que ella era ya una «señorita».

Poseía dos docenas de guantes iguales á aquéllos, de todos matices, entre los cuales había unos blancos «para baile», como había dicho su abuela. Así, pues, la llevarían á los bailes... ¡Ah! ¡bailar al compás de aquel vals del *Murciélagos*, con apuestos jóvenes, con oficiales, con príncipes tal vez, como aquellos que pasaban á caballo ó en coche!... Una sonrisa de satisfacción entreabría sus labios y descubría una deslumbrante hilera de perlas.

—¡No te rias así, Trudy, y no mires constantemente hacia el paseo de los jinetes! Observa los tocados de las señoras; es más interesante y más oportuno.

—¿Quién es esa deliciosa criatura que va con la condesa de Simmersburg? ¿La conoce usted?—preguntó Hans Witterstein, capitán de dragones y heredero de uno de los más importantes mayorazgos de Príncipes.

El interpelado, Kurt de Osenoff, joven de veinte años, respondió con perezoso acento:



—¿Aquella rubia?... No la he visto nunca... No me gustan las «Margaritas».

—Ya se ve, querido, que no es usted de este país; «Margarita» es un producto eminentemente alemán. Nuestras vienesinas son muy diferentes; al cabo de una estación mundana se emancipan, se hacen coquetas, endiabladas.

—Admito que las ingenuas son encantadoras; pero prefiero las mujeres casadas, por ejemplo, las hermanas Hohenberg y Thunen.

—¡Alto ahí! Ya sabe usted que estoy loco por la última.

—¿Siempre desgraciado?

—Más que nunca. La frialdad de Isi me desespera.

—Yo adoro á lo otra, con su color leonado y sus ojos de fuego.

—¡Ya!

—¿Una vuelta más? — preguntó Isi á su hermana. — ¿No tienes bastante?

—Sí, vámonos. A casa—dijo Cari al cochero.

Y el carruaje siguió á los que se alejaban del Prater.

El desfile fue brillantísimo; los peatones formaban fila á lo largo del camino, los veladores de mármol de los cafés llenaban las aceras, encendíanse los mecheros de gas de las tiendas, la primera estrella titilaba en el oscuro azul del cielo.

En cuanto á Gertrudis, no habían terminado todavía los encantos de la jornada: su abuela debía llevarla á la Ópera.

Fuera, en el Ring, aún era de día y casi se estaba en verano; pero en cuanto se entraba en la Ópera reinaban la noche y el invierno. Desaparecía todo recuerdo de los árboles, del canto de los pájaros, del olor de los saúcos. La iluminación de la gran escalera, los espejos, los perfumes penetrantes, todo le transportaba á uno al mundo ficticio de las fiestas invernales.

Gertrudis, en su ciudad de provincia, había ido varias veces al teatro, y siempre la había palpitado el corazón al penetrar en aquellos corredores cuyo solo aspecto era una promesa de placer. Experimentó la misma emoción, pero más viva to-



davía, cuando el lacayo abrió una puerta y entró ella detrás de su abuela en el antepalco.

Las dos damas se despojaron de sus abrigo. La condesa de Simmersburg arregló los rizos de Gertrudis y la hizo sentar en la butaca más próxima al escenario: ella se instaló en el otro puesto.

Con un suspiro de contento, Gertrudis colocó su ramo y su abanico en el antepecho de terciopelo y preparó sus gemelos para contemplar el espectáculo.

La representación había ya comenzado. Se hacía el *Fausto*, de Gounod.

—... Es la escena de la feria. Ahora sale Margarita — dijo la Condesa.

Y reinó en la sala un silencio expectante.

«No soy señorita, ni linda...»

El encanto se deshizo con la marcha de Margarita. Los bailarines se lanzaron en torbellino al compás del vals. Cayó el telón, y la lucerna amortiguada, esparció de nuevo el resplandor de sus haces luminosos. Gertrudis pudo contemplar la sala.

En los palcos había algunos tocados brillantes, otros medianos; la mayor parte de las damas llevaban trajes de calle, pues la estación tocaba á su fin.

En la primer fila de butacas un dragón miraba obstinadamente con sus gemelos á Gertrudis. ¿No era en el que se había fijado ella hacía poco en el Prater?

—Trudy, no está bien que mires de esa manera á las butacas. Tienes modales muy feos.

La joven así reprendida apartó la vista, pero sin dejar de mirar con el rabillo del ojo al apuesto oficial. Después, comprendiendo que iba á cometer una acción tan grata como censurable, enfocó de repente sus gemelos hacia los otros. De esta suerte el diablillo de la coquetería que duerme en el alma de las jóvenes, merced á la excitante atmósfera de las salas de



fiestas, comenzaba á agitarse en Gertrudis, el mismo día de su iniciación en la vida mundana.

El telón se levantó en el acto del jardín.

La invocación de Siebel á su ramito fue desdeñada, como es costumbre. La princesa Cari y la condesa Isi entraron en su palco, y la atención de Hans Witterstein tomó nueva dirección. Sin embargo, Isi no le honró con la agradable mirada con que Gertrudis le había favorecido; le hizo una sencilla inclinación de cabeza, muy ocupada con la llegada de nuevos visitantes. Uno de ellos, muy conocido del dragón, era el duque Emilio, perteneciente á una familia reinante alemana. El otro le era desconocido. Era un personaje digno de llamar la atención: veintiocho años, tipo oriental y el uniforme de la caballería de la Guardia rusa...

En el escenario comenzaba el dúo de amor: Margarita, á la luz de la luna, se inclinaba hacia Fausto arrodillado y murmuraba:

«Noche de amor, radiante cielo ...»

Gertrudis se estremeció. Se identificaba con la sublime enamorada y veía á sus pies al oficial en lugar de Fausto... Su alma cantaba: «Noche de amor, radiante cielo...»

—¿De manera que aquello era el mundo? El amor, el esplendor de las fiestas, la música, la embriaguez, la alegría... ¡Qué felicidad! pensaba ella entusiasmada.

La abuela seguía la representación con indiferencia, satisfecha del éxito de su nieta.

—Trudy, no tomes ese aspecto de asombro. Esta música es bonita, pero no tienes necesidad de poner los ojos en blanco: eso no está bien.

En el entreacto, Witterstein fué á hacer una visita al palco de las Hohenberg. Su entrada coincidió con la marcha del ruso; el duque Emilio se quedó.

—Buenas noches—dijeron las señoras tendiéndole la mano. El joven se sentó detrás de Isi.



—¿Quién es ese noble extranjero que acaba de salir, condesa?

—El Príncipe Diamante, un hombre simpático.

—¿Diamante?... Es un nombre extraño.

—Es un apodo para indicar sus fabulosas riquezas.

—... ¡De hermosas aguas, entonces! ¿Cómo se llama esa piedra preciosa?

— ¡Cómo! ¿Tendría usted acaso envidia para hablar en ese tono de burla?... No tiene usted derecho de experimentar ese sentimiento, cuando se llama Witterstein...

— ¡Es usted muy amable, Princesa! No, yo no soy envidioso; celoso, tal vez...

La condesa Isi se ocultó el rostro detrás del abanico y dirigió á Hans una mirada que parecía decir: «No tiene usted que desconfiar de nadie.» Pero el abanico se cerró rápidamente, la llamarada de los ojos se extinguió y dijo Isi sencillamente:

—Se llama Arlán, Príncipe de Abcasia. Es un bávaro. Sus antepasados fueron Reyes de Abcasia, un país desconocido, situado cerca del Mar Negro y que, ahora, forma parte de Rusia. El Príncipe ha sido educado en San Petersburgo, en el cuerpo de pajes. Actualmente es ayudante de campo del Czar y presta sus servicios en la guardia. Viaja mucho; conoce Italia, Alemania, París y Londres, y quiere entablar conocimiento con nuestro Viena.

— ¡Muchas gracias por sus detalles biográficos y etnográficos, condesa!—replicó Witterstein molesto.

—Parece que ese asiático quiere lanzarse de lleno en la gran vida—dijo interviniendo el duque Emilio.—Lo conseguirá, porque es vulgar y pretencioso.

—Es usted severo, Alteza.

—Agradará á las mujeres á causa de su cabellera ensortijada y su nariz recta—continuó diciendo el Duque.—Se impondrá á los hombres porque es valiente y diestro en todos los ejercicios físicos, y deslumbrará con su lujo á la galería.



Un momento después, Witterstein salió del palco de las Hohenberg y se dirigió al de la condesa de Simmersburg.

El corazón de Gertrudis dió un vuelco cuando vió al joven. ¡Cómo! ¡Aquel oficial de caballería al que hacía poco había ella mirado tan atrevidamente conocía á su abuela é iba á tener que hablarle!... Se ruborizó, palideció después y se sintió oprimida. En una palabra, iba á enamorarse locamente como jovencilla cuyos vagos ensueños, pensamientos novelescos y deseos indefinidos se encarnan en el primer joven que la turba el corazón. El azoramiento de la niña aumentaba su encanto. La condesa dijo presentando:

--Mi nieta, Príncipe Witterstein.

Hans tendió la mano á Gertrudis. Era incorrecto, pero tenía sin duda sus razones para permitirse aquella grave infracción de la etiqueta. Estrechó los temblorosos deditos de una manera significativa, y ella creyó comprender que aquella ligera presión quería decir: «Sí, ya sé que te agrado, y tú me gustas extraordinariamente.»

## II

El duque Emilio, que residía en Viena temporalmente, vivía en el hotel Munsch; la pieza que le servía de sala y gabinete de trabajo había perdido por completo su vulgar aspecto, porque le había Menado de tapices, armas, cuadros y antigüedades. Libros, periódicos y revistas se amontonaban en una gran mesa de despacho que se parecía á una mesa de redacción. El Príncipe era un refinado, un exquisito en materia literaria. Las obras selectas, las polémicas interesantes, las discusiones políticas constituían su placer favorito. Consagraba cuatro horas diarias á tal ocupación. De viaje, en los baños de mar, en la ciudad, en su castillo hereditario, en don-



de se encontrase, dedicaba invariablemente las mañanas á sus estudios predilectos.

Por la noche frecuentaba los salones de la aristocracia, asistía á cenas alegres, iba al teatro y llevaba la existencia de un perfecto mundano. Una ligera imperfección física le impedía entregarse á ejercicios violentos. A los quince años de edad se había roto una pierna en una caída. Le había quedado una imperceptible cojera, así como un dolor punzante cada vez que se aventuraba á hacer un movimiento demasiado vivo. Por consiguiente, la caza, la esgrima, la equitación, todos los deportes, en una palabra, le estaban vedados; hubo de renunciar por la misma razón al servicio militar, y de esta manera había llegado á ser, al decir de sus amigos, un ratón de biblioteca.

El duque había pasado la cuarentena; era un hombre de aspecto distinguido y simpático, de rostro dulce y cabellera negra y abundante; su barba larga comenzaba á ponerse gris, y algunas arrugas surcaban su frente pensativa. Era célibe, por no haber podido casarse con una mujer amada y haberse negado á contraer un matrimonio de conveniencia. Por otra parte, sus numerosas aventuras galantes habían podido convencerle de que no siempre es envidiable la suerte de un marido.

Por el momento se mostraba muy asiduo cerca de la Princesa Cari, pero la maledicencia no pasaba de ahí.

Dió la una en el reloj. El duque, que leía sentado cerca de su mesa de trabajo, levantó la cabeza al oír anunciar á Witterstein.

—¿Te molesto?

—De ninguna manera. ¿Qué es lo que te trae?

El familiar tuteo chocaba entre aquellos dos hombres de edad y rango diferentes.

Witterstein tenía veintisiete años y pertenecía á una familia de Príncipes dependientes, mientras que Emilio, cuarentón, era miembro de una familia reinante.



Pero habían cenado juntos, en alegres reuniones, donde los corazones se ensanchaban, los labios rozaban blancos hombros, espumaba el champaña, las risas repercutían y en donde, según frase de Schiller, cada cual estaba dispuesto á abrazar al mundo... Y de aquellas horas fraternales y generosas habían quedado algunas impresiones duraderas—un compañerismo, casi una amistad.

Witterstein se sentó en una mecedora, cogió maquinalmente un cigarro de una caja:—«¿Me permites?»—y lo encendió.

—... Lo que me trae es todo una historia, y me vas á dar una lección de moral.

—Mis cabellos blancos me autorizan á ello. Vamos, confíesate pronto.

—Vengo á rogarte que me hagas el honor de servir de testigo.

—¿Un duelo? Estoy á tu disposición. Ten la seguridad de que haré todo lo posible para reconciliarte con tu adversario, porque, en mi opinión, el duelo es una locura peligrosa...

—No; quizás se trate de otra locura, pero no de esa.

—¡El cielo te proteja! ¡Una boda!

—¿Harás también todo lo posible para enemistarme con mi adversario?

—¿Quieres casarte? Mi enhorabuena... ¿Qué dice de ello la condesa Isi?... ¡Perdona! La pregunta es indiscreta... ¿Cuál es la elegida?

—¿Te acuerdas de aquel rostro angelical que asomaba el otro día, en la Opera, en el palco de la condesa de Simmersburg?

—¿Aquella niña?

—¡Gertrudis Simmersburg tiene ya diez y siete años! He pedido su mano; naturalmente, la abuela me ha dicho que sí, ella también... No le soy indiferente... Es de una nobleza irreprochable, de una belleza exquisita; tiene poca fortuna, pero mi tío me deja el mayorazgo. La condesa Isi rabiará tal



vez; ¿pero por qué ha sido inexorable?... En fin, soy dichoso, no es un capricho ni una ligereza.

—Párate, por favor, y deja de defenderte como si estuvieras en el banquillo de los acusados y yo en el sitio del Fiscal pidiendo tu cabeza. No invocas la única circunstancia atenuante que yo pueda admitir, no dices: «¡Estoy locamente enamorado de mi novia!» ¿Para cuándo la boda?

Hacia el otoño, en Bohemia, en el castillo de Simmersburg.

—¿Este otoño? ¡Dios sabe dónde estaré!

—Desde cualquier parte, puedes siempre meterte en un *sleeping* y llegar á tiempo. Tengo empeño en que seas mi testigo.

—No te prometo nada, querido, porque en esa época me encontraré sin duda en un país desde el cual ningún *sleeping* podrá llevarme á Bohemia. Proyecto grandes viajes, porque estoy harto de Europa. Que sea en Vichy, en Ostende, en Carlsbad, en París ó en Londres, los dos mil comparsas de la vida mundana se parecen: los mismos trajes, las mismas diversiones, las mismas ideas... Deseo ir á algún sitio en donde no haya ni ventas de caridad, ni bailes, ni conciertos, ni *five o'clock*.

—Deja tu expedición entre los salvajes para otra época, será de buen corazón.

—Veremos, veremos...

—Y además, ¿agradará á Cari semejante éxodo?

—¿Ah! Eso es devolverme mi observación de hace un momento. También ella es inaccesible, amigo mío.

—Sí, todas lo son, naturalmente...

—Parece como si lo dudaras; pero te haré observar que ese «todas» irónico comprende también á la futura Princesa de Witterstein.

—¡Ah! en cuanto á esa, yo vigilo.

Un criado entró con una tarjeta. El duque leyó:

PRÍNCIPE ARLÁN DE ABCASIA

*Ayudante de campo de S. M. el Emperador de Rusia.*



Es la primera visita del Príncipe circasiano al Príncipe alemán; hasta entonces se habían encontrado en el mundo y sus relaciones eran superficiales.

Emilio se adelantó al encuentro del visitante y se cambiaron saludos ceremoniosos. El duque presentó mutuamente á los dos jóvenes. La conversación se entabló en francés. El ayudante hablaba con locuacidad y animación.

—Estoy encantado de Viena. Antes creía que París era la ciudad más hermosa del mundo; pero he rectificado completamente mi opinión... Aquí hay por lo menos una sociedad, una corte, una aristocracia cerrada—ese pobre París se encanalla, se hace cada vez más democrático; la República lo ha trastornado todo.

—Sin embargo, he estado allí el invierno último y no he experimentado semejantes impresiones—dijo Hans.

—¿Qué quiere usted!—Quizás soy un salvaje, y sin duda me ha quedado en la sangre algo de la rudeza oriental y regia de mis antepasados. He conservado principios feudales. No me gusta el «pueblo».

—Es de lamentar que no haya nacido usted dos siglos antes.

—No, porque entonces hubiera sido realmente un salvaje. Soberano absoluto de un pueblo de esclavos, no me hubiese educado en el cuerpo de pajes, no hubiera conocido los goces intelectuales que me ha procurado la civilización, no hubiese tenido la dicha de vivir en esta encantadora ciudad, altiva, alegre y elegante.

—Me asombra que mi país y mis compatriotas le agraden hasta ese punto—dijo Witterstein levantándose para marcharse.

—¿Cuándo nos vemos?—preguntó el duque tendiéndole la mano.

—¿Qué vas á hacer esta noche?

—Como con la condesa de Simmersburg, luego iré á tomar una taza de té con las Hohenberg, después cenaré en casa de Schez con Osenoff, que se marcha...



—Entonces nos veremos en casa de las Hohenberg. Hasta luego.

El Príncipe de Abcasia se despidió también, y el duque Emilio, una vez solo, se engolfó en la lectura interrumpida de la *Deutsche Rundschau*.

\*  
\* \*

Cari é Isi vivían juntas.

Isi era temporalmente «viuda», pues su marido, en su calidad de Secretario de la Embajada austriaca, pasó el invierno en San Petersburgo. La condesa no había acompañado á su marido, ya porque, como decía el mundo, reinase cierta frialdad entre los dos esposos, ó ya porque, como decían los interesados, hubiesen prohibido los médicos la estancia en Rusia á la joven, un poco delicada del pecho. Para no quedarse sola, se había refugiado cerca de su hermana, la Princesa de Hohenberg, y se las veía siempre juntas, en el Prater, en los bailes, en el teatro, en todas partes. Eran las mejores amigas del mundo, es decir, íntimas compañeras de diversiones.

El Príncipe Fernando de Hohenberg, marido de Cari, acompañaba raras veces á las señoras en sus salidas. Jefe del partido conservador, entregado por completo á la política, no gustaba del mundo, con sus pompas y vanidades. Joven aún, de brillante aspecto, hubiera podido hacer varias conquistas en los salones; pero los *flirts* prolongados, las declaraciones, las atenciones solícitas, le hubiesen desagradablemente distraído de las cosas en que su espíritu se complacía. Sin embargo, como las distracciones le eran necesarias, las había buscado y encontrado de una manera cómoda en la persona de una bailarina de la Opera, á la que había puesto un bonito piso en el Ring, y cerca de la cual descansaba de su labor cotidiana.

Su ocupación más penosa era la lectura de los periódicos de oposición; no los recorría sino para irritarse, porque no se le ocurría sacar de ellos utilidad ni provecho alguno. Todo lo que



se decía, se escribía y se imprimía en el campo contrario, no era sino mentira ó error; los que no pensaban como él—la mayoría,—eran cerebros enfermos ó saltimbanquis sin conciencia. Fomentaba su cólera y su desprecio leyendo los periódicos de aquellos tales, y creía cumplir así con un deber. Pero cuando la prensa le proporcionaba el tormento más delicioso era los domingos. En estos días mandaba comprar todas las publicaciones satíricas, y estaba seguro de encontrar en ellas su propia caricatura ó una sátira sobre su último discurso parlamentario. Aquellos papeluchos le atraían irresistiblemente. Dícese que cada uno habla de lo que le duele, y en virtud de este axioma el Príncipe Hohenberg se engolfaba semanalmente en «aquellos innobles papeles».

\*  
\* \*

El palacio de Hohenberg se alzaba en medio de un vasto jardín. El *boudoir* en donde la condesa recibía á sus íntimos, se abría sobre una terraza llena de flores, de arbustos raros y pájaros.

Eran las dos. La princesa escribía ante una mesita de palo de rosa. La blanca mano completamente femenina de la dama trazaba en un pliego de papel una invitación con caracteres alargados.

Cari estaba vestida con un traje de seda cruda, y su arrogante belleza concertaba con la sencillez de su tocado y con el esplendor del sol. Su cutis tenía la delicadeza peculiar de las rubias rojizas, y sus grandes ojos azules, ornados con cejas negras, se destacaban en la blancura lechosa del rostro.

Cari era hermosa y lo sabía. El culto de sí misma la protegía contra todas las tentaciones, contra todas las debilidades del corazón. Ser envidiada, admirada, adulada, constituía su principal goce. ¿No valía más ser festejada por todos que amada por uno solo? Y en suma, ¿qué era el amor?... ¿Una mentira, una quimera, un sueño bueno para las almas inferiores?



Cari tenía, por lo demás, una gran pasión en el corazón, una idolatría que la preservaba de los deseos culpables y de los goces prohibidos—la pasión de su belleza. Pensaba en ella diariamente, extasiada, adorándose de rodillas, llevando su virtud como un manto de armiño: por orgullo.

Ademas, era altiva hasta la soberbia, fría hasta la rudeza. Ya un oficial se había suicidado por ella, y aquel homenaje la halagó, más que un soneto, más que un ramo. La infidelidad de su marido le era conocida, y no la importaba nada. Todo la dejaba indiferente; no experimentaba ni pasión, ni cólera, ni odio, ni emoción, ni entusiasmo. Como un cisne, que con su blancura se desliza tranquilo y orgulloso sobre las aguas de un lago, así la gran señora, pura como aquél, se deslizaba tranquila y orgullosa sobre el gran río de la vida.

Las obligaciones de su posición absorbían tan completamente su espíritu, que consideraba como un deber profesional no faltar á ninguna fiesta, tener su casa abierta, presidir los bailes de Carnaval y las cacerías de otoño, y contar entre sus huéspedes testas coronadas. La princesa Cari tenía dos hijos. un niño de diez años, alumno del *Teresianum*, y una niña de cuatro, confiada á una aya inglesa, cuyas habitaciones estaban relegadas al extremo opuesto del palacio.

La condesa Isabel Thunen, como la llamaban sus amigos, la condesa Isi no se parecía á su hermana, ni en lo físico ni en lo moral. Era ardiente, arrebatada, apasionada... En los comienzos de su matrimonio había tenido violentas escenas de celos con su marido—escenas perfectamente justificadas por la conducta del último.—Por entonces vivían casi separados. Isi era coqueta hasta el exceso; gustaba de jugar con fuego; á veces se quemaba un poco... un poquito. Mientras que Cari no descendía jamás de su altiva tranquilidad, Isi se entregaba gustosa á manifestaciones de alegría ó de dolor, riendo á carcajadas ó llorando á lágrima viva, siempre presa de extremos sentimientos.

La condesa Isi entró en el saloncito.



—¡Ah! eres tú, Isi—dijo la Princesa alzando los ojos.

—Es odioso, infame... Es una infamia...

Cari cerró el pupitre.

—¿El qué?

—Hans Witterstein se casa.

—¿De veras? ¿Y con quién?

—Con la nieta de la condesa de Simmersburg.

—¡Ah! ¿la preciosa criatura que vimos últimamente en la Ópera? Hace una buena boda... Será una decepción para Lori Hanig, que coqueteaba con Witterstein desde hace tanto tiempo.

—¡Me desesperas, Cari!

—¡Ah, sí, es verdad! Cari lo había olvidado... ¡Pobre Isi, un adorador de menos!... ¡Qué te importa! Por uno que se pierda se encuentran diez.

Isi se colocó enfrente de su hermana, con las dos manos sobre la mesa de escribir, y exclamó trágicamente:

—¡Pero si le amo!

Cari se echó á reir.

—¡Frasas de novela! ¿Estás loca? Sé más natural.

—Tú no comprendes nada—replicó Isi abandonando su postura teatral y yendo á echarse en una butaca. Cari se levantó y se sentó en su sitio habitual. Sacó de un cesto de labor un mantel de altar recamado de oro, y se puso tranquilamente á bordar.

—¿Que no comprendo nada?... Pues sí, conozco toda la historia, aunque cuando sea hoy la primera vez que me favorezcas con tu confianza. Desde hace tiempo vengo observando tu indulgencia con el arrogante Hans, y sus asiduidades para contigo. Pero supongo que no te liga nada con él... ¿Habráis tú...?

No concluyó la frase. Separó su vista del bordado, y miró fijamente á su hermana con la aguja en el aire.

—No—respondió Isi á aquella pregunta apenas formulada.—Solamente él hubiera podido esperar, hubiera podido intentar... ¡No me ha amado jamás!



—Naturalmente—replicó Cari volviéndose á su labor.

—¡No tiene corazón!—añadió la otra.

—Estás ridícula, Isi. Por lo demás, ten la seguridad de que después de haberse casado con la pequeña Simmersburg, y jugado algún tiempo á la luna de miel, volverá á tus pies...

—Para ser enérgicamente rechazado... Le desprecio, le odio. Deseo que su novia sea «el gansito blanco», la más insignificante del mundo.

—De un gansito de diez y seis años un hombre hace lo que quiere: una paloma ó un cisne. Isi, hablemos de cosas más serias. El *carrousel* se acerca, y tú no has decidido tu traje...

—No quiero ir. Sabes muy bien que él debía ser mi caballero.

—¡Tanto mejor! Oculta tu enfado, muéstrate encantada de su boda.

—No, no me hables ni del *carrousel* ni del baile de mañana; hasta renuncio á tomar el té contigo esta noche, porque podría estar él...

—¡Muy bien! vete á un convento.

—¿Por qué no? También podría hacer otra cosa: marchar á San Petersburgo, y reconciliarme con mi marido.

—Como nadie sabe que estais reñidos, tu acto no produciría efecto. Créeme, Isi, tranquilízate. Nada de manifestación ruidosa que llame la atención; no es correcto. No debes mostrar á todo el mundo los secretos de tu alma.

—En verdad que envidio tu sangre fría... Nada te afecta: te dejas engañar por tu marido, y nadie puede encontrar el camino de tu corazón.

Un criado anunció al duque Emilio; la Princesa hizo un signo afirmativo, y fue introducido el visitante. Avanzó hacia las dos hermanas y les besó la punta de los dedos. La dueña de la casa le indicó una butaca.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó ella.

—¿De nuevo?... No mucho. El té *dansant* del Ministerio



del Interior ha sido muy aburrido... Después, que Hans Witterstein me ha rogado que le sirva de testigo.

—¿Se bate?—preguntó Isi asustada.

—El mismo temor tuve yo cuando me requirió, pero...

—¡Ah! comprendo, se casa.

—¿Lo sabían ustedes ya?

—Sí. A usted le toca el turno de elegir novia, querido duque—dijo Cari.

—¿A mi edad, Princesa? Sería verdaderamente mostrar demasiada complacencia con los jóvenes, cuya única misión es consolar á las mujeres casadas.

Entraron otras visitas, y al poco rato estuvieron reunidas alrededor de la Princesa unas quince personas. Todas formaban parte de los «quinientos» de la high-life vienesa. Era lo selecto de los bailes de la corte, damas de la orden de la «Cruz estrellada», condesitas desdeñosas, brillantes oficiales, personajes influyentes, todo el escogido grupo que se arrogaba el monopolio de los placeres mundanos y miraba con desprecio á la multitud vulgar, sin codearse jamás con ella. Aquella gente elegante animaba alegremente el salón de Cari. Todo atestiguaba que el placer era el dios al que todos sacrificaban la alegría de los rostros, el esplendor de las cosas, los trajes vaporosos, las bomboneras abiertas, los billetes de conciertos extendidos sobre una mesa, al lado de una invitación para el próximo baile de la corte, el programa de la Opera anunciando para la noche *Ania* y *Mesalina*, la bandeja, en la que se amontonaban las tarjetas, los grabados de modas para los disfraces de la cabalgata, la partitura, abierta en el piano, de la última opereta en boga, las conversaciones animadas, en las que se cruzaban preguntas y respuestas.

—¿Cuáles son sus planes para el verano?

—Medicación en Carlsbad, excursión á Londres, viaje á Suiza, seis semanas en Ostende, carreras en Baden-Baden, cacerías de zorras en Escocia...

Después, invariablemente:



—... Y en seguida, á mi casa, á mis tierras.

Tres condesitas, sentadas juntas, hablaban en voz baja:

—Treinta ramos de cotillón... Muchacho muy distinguido...

Un *flirt* delicioso... Tul bordado...

Las señoras jóvenes hablaban de la cabalgata, los hombres del caballo ganancioso ó de un estreno sensacional en el teatro Wred. Una atmósfera luminosa envolvía á aquellas conversaciones frívolas, ligeras como plumas de pájaros ó pétalos de flores. La condesa de Thunen se había refugiado en la terraza al ver entrar á Hans Witterstein. Este, después de haber cambiado algunas palabras con la Princesa, fué á reunirse con Isi, que estaba echada en una butaca americana con el rostro oculto entre las manos...

—Condesa...

La joven se estremeció.

—Buenas, Príncipe—dijo con frialdad.—Sin duda viene usted para recibir mis felicitaciones... Estaba pálida y sus labios temblaban...

—La frialdad de la que amo...—comenzó á decir Hans.

—Cállese usted—replicó ella.—No tenga usted la audacia de servirse de tales frases.

—Estaba desesperado, condesa...

Ella hundió su ardiente mirada en la del joven, y murmuró:

—¡Insensato!

Él sintió un vértigo, porque aquella palabra significaba claramente que no estaba perdida toda esperanza...

—Isi, ¿debo volverme atrás? No tiene usted que hacer sino una indicación.

Ella comprendió el peligro, y retrocedió asustada.

—No, no era eso lo que yo quería decir... Se engaña usted por completo, Príncipe.

Se levantó y volvió al salón.



## III

Gertrudis vivía en un mundo encantado. El fantástico paseo en el Prater y la embriagadora velada en la Ópera la habían trasportado al país de los sueños, y desde entonces su maravillosa felicidad había ido en aumento.

El 2 de Mayo, al despertarse, sintió inundado su corazón por una ternura infinita. Primero evocó la imagen de su abuela, pero en seguida se transformaron los rasgos de la venerable anciana: los cabellos blancos se convirtieron en negros y rizados, la flotante bata se cambió en un uniforme de dragones y la niña supo al fin á quien amaba tan extraordinariamente. Aquel era, pues, el famoso sentimiento tan soñado de que hablan los libros, y en el que debía empezar su porvenir... ¡Delicioso sentimiento!... Ella le percibía de una manera clara, palpable casi. Al cerrar los ojos volvía á ver al apuesto oficial, oía su voz acariciadora, sentía aún la presión de su mano, y su corazón palpitaba dulcemente... ¡Primer amor! ¡Victoria primaveral, chispa divina y fugitiva!... Locura novelesca pronto desvanecida...

Aquel 2 de Mayo era domingo. La condesa de Simmersburg condujo á su nieta á la iglesia de San Miguel. A la salida hubieron de pasar entre la doble fila de elegantes que formaban en la acera. Gertrudis se puso muy encarnada al reconocer á Witterstein entre los oficiales. Él saludó, se acercó al coche cuando abuela y nieta se hubieron instalado, preguntó por la salud de la abuela é hizo esta interesante observación:

«¡Hermoso tiempo!» Después se despidió. Su mirada no se apartaba del rostro de la niña, que le sonreía con gracia.

—¿No podías haber dicho una palabra á Witterstein, Trudy? Hay que ser amable y reservada al mismo tiempo. Deja



también esa costumbre de sonreír y mirar á las gentes á la cara.

Como el camino de la iglesia á la casa era muy corto, la condesa tuvo á bien continuar en la casa su sermón.

—Vete á tu cuarto á dejar el sombrero y la sombrilla, Trudy; después ven al salón, tengo que hablarte.

Cuando Gertrudis hubo cumplimentado el mandato, su abuela comenzó de esta manera:

—Siéntate, hija mía... No en ese taburete, sino en una silla, y escúchame. Hasta aquí has vivido en el colegio, y no conoces nada del mundo...

—Pero, abuela, pasaba todos los años las vacaciones en casa de papá, y ya hace un año que he salido del colegio.

—Da lo mismo. La estancia en una ciudad de provincia ó en el campo con tu tía desde que eres huérfana, no ha podido enseñarte gran cosa; era, pues, inútil contradecirme... Además, no está bien que una niña como tú contradiga á su abuela. Eres muy joven, una verdadera criatura, y no tienes ninguna experiencia. Es preciso que en todo te dejes guiar por mí y sigas mis consejos. Encuentro muchas cosas que censurar en ti, Trudy. Te has distraído en la iglesia y no has rezado con el fervor que conviene á una joven bien educada. ¿Acaso no serías piadosa?

—¡Oh, abuela!

—Bien, supongo que tu alma es pura y temes á Dios. La piedad es el mejor ornamento de una joven, nada hay más elevado ni mejor. Sé siempre piadosa, Trudy, y la bendición del cielo te guiará al través de la vida.

—Sí, abuela... ¿Pero qué pretendía su abuela con aquel sermón?

—Hubiera preferido verte entrar en un convento, pero tu educación en un colegio laico no ha despertado en ti la santa vocación. Tienes, pues, que realizar otra misión: hay que casarte.

Gertrudis quedó encantada. Veíase ya en el altar con el velo blanco, al lado de un oficial de dragones.



—Sí, abuela.

—Pero el matrimonio es cosa grave, Trudy; en él se encierra todo el porvenir.

—Sí, abuela, ya sé que una debe amar á su marido; el amor...

—Evidentemente, mejor es amar á su marido—dijo interrumpiendo la condesa,—pero no te calientes la cabeza con frases de novela... Me sorprende oírte pronunciar la palabra «amor» de esa manera; esto prueba que os inculcaban ideas locas en ese miserable colegio. Cuando yo salí del convento, á los diez y ocho años, no conocía más amor que el amor divino. Puesto que tú estás tan adelantada en este punto, me alegraré que puedas querer á tu marido; pero entretanto, permanece tranquila. Mira, Gertrudis, para inspirar el deseo de casarse contigo, es preciso que te esfuerces en adquirir una exquisita corrección, que te muestres modesta, simpática, graciosa. No eres fea, hasta creo que eres una de las condesitas más agraciadas; pero en tus maneras, en tus modales, no tienes... ¿cómo decirlo?... nada de condesa. Lo tendrás con un poco de cuidado. Ante todo, pierde la costumbre de ser atrevida con los jóvenes. ¿Crees tú que no he observado la manera que tenías de mirar á Witterstein?... ¡Ah! te ruborizas... ¡Le has sonreído con una coquetería!... Perderías tu porvenir si te conduces así con oficiales que no pueden ser un partido para ti.

—¿Y por qué no puede ser un partido para mí el Príncipe Witterstein?—preguntó tímidamente Gertrudis.

—Porque tiene unas relaciones... —la condesa tosió, porque se la había escapado una palabra que no deben conocer oídos de diez y siete años.—Quiero decir, que la pasión de los caballos, de los viajes, etc.... Además, su posición le permite elegir entre las principales Princesas, y no había de fijarse en una provincianita como tú. Sobre todo, no te forjes semejantes ilusiones.

—Pero, abuela...



—Yo te buscaré algún conde ó barón con una buena renta... Pero no hay necesidad de aspirar á un príncipe que posea un millón de renta.

—¡Un millón! ¿Witterstein tiene un millón de renta?—exclamó Gertrudis deslumbrada.

Aquella cifra hizo surgir ante sus ojos un mágico palacio de mármol y pedrerías que se armonizaban deliciosamente con la persona del arrogante Príncipe.

—Poco más ó menos; pero no hace falta tanto para vivir con decoro. No soy de parecer que se deba una contentar con una choza y un corazón, pero la afición al lujo es un feo defecto. Una fortuna de treinta mil florines de renta puede bastar. Yo no tengo más que veinte mil; evidentemente hace falta más á un matrimonio joven, porque una viuda de edad tiene pocas necesidades. No te permitiré aceptar menos de treinta mil florines de renta: me intereso en tu felicidad, y velaré maternalmente por ella.

El sermón fue interrumpido con la llegada de la canonesa condesa de Lydovitz, una antigua amiga de la condesa de Simmersburg.

—¡Ah! ¡Eres tú, Lory! ¡Cuánto me alegro de verte!

Gertrudis aprovechó el incidente para desaparecer detrás de una puerta y meterse en su cuarto.

—Siéntate, Lory. Trudy, ven aquí á que te presente... ¿Dónde estás?

—Acabo de percibir un vestido azul que huía...

—Se habrá escapado. Lo mismo da, te la presentaré otro día. Una criatura preciosa, ya verás; pero todavía con ciertos resabios... ¿Y tú, como estás?

—Bastante bien. ¿Y tú?

—Lo mismo. ¿Qué te haces?

—Nada. La vida es cada vez más fastidiosa.

—Es verdad. Antes era más alegre... Se divertía una en grande. ¡Está tan mezclada hoy la sociedad! Encuentra una en los salones gentes á quienes en mis tiempos no se hubiera



dirigido nunca la palabra: pintores, autores, actores, hombres de negocios, advenedizos... No solamente se les invita, sino hasta se les imita... Todo el mundo escribe, pinta, declama, compone ó especula. Ya no se habla, ya no se baila, ya no se coquetea... Cuando pienso en los lunes de los Witterstein, en los bailes de los Thunen, en las cacerías de Moravia, en las posesiones de mis primos... ¡Ah! no hablemos del pasado... ¿Cuánto tiempo permanecerás aquí?

—Hasta mediados de Junio. En seguida iré á Carlsbad.

—¿Te vas á poner en cura?

—No, voy con la esperanza de encontrar un marido para mi nieta.

—¡Ah! No es empresa fácil encontrar hoy un marido para una joven de mundo.

—Ya lo creo que no; figúrate que Rudy quiere casarse con la Gallinger del teatro de Wred.

—Es inaudito. Dentro de poco tendremos que hacer que salgan nuestras condesitas á las tablas para poder casarse. Así, ayer, Nini Niedeshof me ha dicho en serio que su hija tiene una admirable voz de contralto, y que va á que la dé lecciones la Marchesi. La miré de tal manera, que comprendió su inconveniencia. Todo el mal procede de la mala educación que se da á los hijos. A excepción de algunas familias que envían aún sus hijas al convento, las demás casas tienen tendencias deplorables. En lugar de bordar, bailar, rezar, las enseñan á cantar, á montar á caballo, á ir en bicicleta, ¡sabe Dios qué más!

—A propósito, tengo que hacerte una pregunta. Quisiera saber si Hohenberg hace la corte á su cuñada, Isi Thunen. Esto sería indiferente á Cari, que no se afecta por nada.

—¡Vamos! ¿Y su duque cojo?

—¿Crees tú? A mí no me parece que sea capaz de experimentar una pasión.

—¿Has oído hablar de la boda de Helldorff—ya sabes, el viudo—con *mademoiselle* Schmidt, la institutriz de sus hijos?



—No. En ese caso, se verá obligado á retirarse á sus tierras, porque nadie querrá recibir á su mujer.

—Pero si hace visitas con ella...

—No le serán devueltas. Es un deber de sociedad el conservar las distancias, harto acortadas ya.

—¿Conoces al famoso Príncipe «Diamante», que hace furor en este momento?

—¡Ah! ¿Ese tártaro, ese mongol? Se dice que viene de Asia, de Abcasia. Le ví ayer en el palco de las Hohenberg, en la Opera. Esos farfantonos no me inspiran ninguna confianza; casi todos no son más que caballeros de industria.

—Dicen que éste es de nobleza antigua.

—Puede ser. En Rusia todo el mundo es príncipe, como cualquiera es conde en Italia. Esto no representa nada, salvo algunas excepciones. No me gusta más que nuestra antigua nobleza indígena; esos extranjeros no me impresionan nada... Por lo demás, todo lo que viene de fuera me disgusta. Me horrorizan los viajes, no comprendo esa moda de pasar estaciones enteras en balnearios franceses ó alemanes, los inviernos en Niza, las primaveras en París ó en Londres. Pasen todavía las exploraciones á nuevas comarcas; pero ¡mezclarse á la vida mundana de los demás países!... Y si esa manía de los viajes continúa propagándose, corromperá nuestra sociedad. ¿De dónde proceden todas esas ideas democráticas, revolucionarias y emancipadoras, sino de nuestros vecinos? ¡En Suiza, las jóvenes estudian medicina; en Italia, está prisionero el Papa; en Francia, no hay Corte; Rusia es nihilista, y la Cámara de los Diputados en París ¡es atea!... No, no, el invierno en Viena, y el verano en casa de una, en sus tierras ó en las estaciones termales de Bohemia; esa es la verdadera existencia.

Mientras aquellas señoras se lamentaban de los cambios de los tiempos modernos, Trudy lloraba en su cuarto. ¿Por qué? No hubiera podido decirlo.

Una nube de verano, lágrimas de muchacha, que hacen



que reverdezca todo en el corazoncito refrescado. Se desconsolaba porque su abuela había dicho que *él* no podía casarse con Trudy. Se desconsolaba porque hubiera sido una felicidad celeste ser elegida por Hans, y porque semejante felicidad no se realizaría. Sin embargo, tal vez... ¡No, no era posible! ¿Cómo imaginarse una alegría tan completa? ¿Cómo forjarse ilusiones?

Por la tarde, nuevo paseo al Prater. Gertrudis no vió más que á él en el hormiguelo de la muchedumbre. Estaba allí, á caballo... ¡De qué manera la había mirado!... ¡No, no; sería demasiado hermoso!... No le volvió á ver en los días sucesivos. Sin duda él no la quería; no había sido más que una ilusión... Tras unos días de desesperación resolvió olvidarle.

A la semana siguiente, la condesa de Simmersburg mandó llamar á su nieta. «Un sermón», pensó la niña, y fué resignada en busca de su abuela. Pensaba á menudo que la mayor ventaja que reportaría su matrimonio sería la de no volver á oír la eterna cantinela: «Eso no está bien en una joven.»

Cuando Gertrudis entró, su abuela salió á su encuentro y la abrazó. Lo solemne y casi respetuoso de la acogida impresionó á la pequeña. ¿Qué había sucedido?

—Gertrudis, siéntate.

Aquel apelativo la intimidó; de ordinario la llamaban Trudy.

—Escúchame seriamente. Tengo que comunicarte algo muy grave. Escucha con recogimiento. Han pedido tu mano. Aquella palabra electrizó á la oyente.

—¿Quién, abuela?

—He dado mi consentimiento sin vacilar, y esta noche le he invitado á tomar el té con nosotras. Vendrá aquí.

—Pero ¿quién es, abuela? ¿Podré rechazarle si me desagrada?

—No hay cuidado, Trudy. Deberías dar gracias á Dios de rodillas por la felicidad inesperada que te envía.

En el alma de la joven surgió una visión, pero la expulsó, pues había renunciado á la esperanza...



—¿Quién, abuela? No me atormentes más.

—Hans Witterstein.

Gertrudis dió un grito y se arrojó en los brazos de la abuela.

#### IV

Gertrudis vivía en una especie de éxtasis. Se abandonaba á la felicidad de ser una de las mujeres más ricas, de posición más elevada, de las más envidiadas de su país; se sentía la elegida de Dios, destinada á llevar por toda una eternidad la corona de una princesa de Witterstein, y desde el fondo de su corazón aprobaba los decretos de la Providencia.

Cuando se miró en un espejo después de la comunicación de su abuela, le pareció que la aureolaba un nimbo de gloria. Vió brillar en su rubia cabellera los diamantes de la corona cerrada, y sobre sus hombros flotar el manto de corte: como fondo, castillos y palacios de los que era dueña. Por todas partes miradas de admiración y cabezas inclinadas; en fin, á sus pies, el adorado, el arrogante oficial de negros ojos. De pronto su rostro infantil perdió su expresión angélica, su boca se contrajo, sus cejas se fruncieron, sintió angustia, exhaló un suspiro casi doloroso: tanta felicidad le parecía una carga pesada, demasiado pesada...

La condesa de Simmersburg hizo con su nieta una serie de visitas. Con arreglo á los proyectos primitivos, Gertrudis no debía entrar en el mundo sino al otoño siguiente; pero sus circunstancias adelantaron la presentación. En todas partes fue recibida con los brazos abiertos; se dieron en honor suyo comidas, fiestas, bailes, y las otras condesitas, con el corazón lleno de amargura y envidia, trataron de granjearse sus simpatías. Los hombres la miraron con interés, las señoras de



edad la colmaron de caricias; en fin, se convirtió en el punto de mira de la atención, de la admiración y la envidia generales.

Aun cuando la boda no debía verificarse hasta Octubre, se encargaron las galas inmediatamente. El reducido dote de Gertrudis fue consagrado á la compra de trajes, ropa blanca y encajes. El día de la toma de dichos, Witterstein la regaló un collar de perlas de cien mil florines, porque los diamantes de familia formaban parte de la canastilla. Las prolongadas sesiones en casa de la costurera y de la modista seducían á la novia. El respeto de los que recibían sus órdenes, la exhibición de aquellas bagatelas lujosas y encantadoras, la elección de una nueva hechura, todo embriagaba á Gertrudis, hasta el aturdimiento, y concluía por ocasionarla la saciedad de la felicidad.

Experimentaba hacia Witterstein un amor exaltado y fanático que la hacía más feliz en su ausencia que cuando se encontraba á su lado. La actitud de Hans tenía algo de seco y frío que producía á la niña una sensación de extraño mal-estar.

La trataba como «primita», con cierta altivez y condescendencia; tenía una calma, ¡una calma desesperante!

La próxima boda que se presentaba á Gertrudis como la apoteosis de su vida, parecía tener para Witterstein la importancia de una partida de campo.

A veces contemplaba á su prometida con alegría, admirando su pura belleza, pero sin tratar nunca de penetrar en aquel corazón, dispuesto á prodigarle tesoros de ternura. A menudo brillaban sus ojos y Gertrudis bajaba los suyos, feliz y confusa; pero no existían entre ambos jóvenes ni confianza ni intimidad. No aprendían á comprenderse, á conocerse. Gertrudis estaba enamorada, pero el objeto de su amor no era tanto el mismo Witterstein, como la imagen lejana é ideal que al principio le había personificado; todos sus sueños juveniles se encarnaban en aquel que fue el primero en hacer que palpitara su corazón.



Al comunicar á su amigo el duque Emilio las razones que le decidían á casarse, Hans Witterstein no había mencionado la única que podía ser admitida como circunstancia atenuante: una gran pasión. Y en efecto, semejante razón no existía. Hans estaba encantado de la belleza de Gertrudis; cuando, por primera vez, la vió en el Prater, le sedujo su gracia; en el teatro, aquella misma noche, la actitud de la joven le había demostrado la profunda impresión que ejercía sobre ella; el pensamiento de casarse había atravesado el espíritu de Hans como un relámpago. Desde hacía algún tiempo, estaba decidido á casarse para entrar en posesión del mayorazgo que su tío debía transmitirle el día de sus bodas. De todas las condesas expuestas en el gran mercado matrimonial, ninguna había conseguido agradarle. Le desagradaba la convicción de que todas le estaban concedidas de antemano, como, por lo demás, lo serían á cualquier otro heredero. Aquella figura cándida de niña que vió en el palco de los Simmersburg, no había entrado aún en el mercado, no se había desprendido de sus alas ninguna blanca pluma.—«Será mío ese ángel»—pensó. Por otra parte, todo le convenía en ella: educación, nobleza, belleza. ¿Por qué vacilar en espera de un problemático chispazo?

Hasta entonces había cortejado á las mujeres casadas, porque la idea de ser «el mejor partido de Viena» contenía de antemano todo impulso de pasión y no buscaba sino aquellas cuyas coqueterías desinteresadas se dirigían solamente á su corazón. Por esto se había dejado cautivar por el encanto de Isi Thunen. En el último baile de la Corte se había atrevido á hablarla de sus sentimientos, pero había sufrido una derrota vergonzosa... ¿No clamaba venganza semejante rigor? No había sido necesario más para poner en práctica el deseo que le había tentado por un momento. El noviazgo se deslizaba sin que la melodía amorosa que cantaba en el alma de la prometida hubiese hallado un eco en el alma del pretendido; él, obedeciendo á un movimiento de despecho, no había visto más que un rostro bonito.



Se estaba á principio de Junio. Hans marchaba al día siguiente por la mañana para asistir al Derby inglés; desde allí, debía ir á París para el Gran Premio y volver en seguida á Austria para entrar en posesión del mayorazgo. La boda se había fijado para el mes de Octubre; algunas semanas antes, Witterstein iría á habitar en el castillo Herrenberg, cerca de su prometida.

Se trataba, pues, de una separación de tres meses.

Aquella noche, la condesa de Simmersburg daba una comida de despedida al viajero; se sentó á la mesa al lado de Gertrudis, que experimentaba alguna melancolía. Hans, en cambio, parecía más alegre que de ordinario. Su marcha le sonreía y la separación no le causaba ningún pesar. Nunca pudo evitar un ligero fastidio en casa de aquella vieja gruñona, ante la cual no se atrevía á decir nada á su novia; así es que las horas que pasaba al lado de ésta eran verdaderamente enojosas.

—¡No me quiere! pensaba Gertrudis con tristeza, pero rechazaba tal pensamiento y se decía: ¿Por qué había de casarse conmigo si no me quisiera?

—¿Me escribirá usted?—preguntó ella tímidamente.

—Ciertamente, le daré á usted á menudo noticias mías y la tendré al corriente de mi vida. Pero soy poco aficionado á escribir, y las cartas de una cara me parecen largas.

—¿De veras? Yo mantengo correspondencia con algunas amigas de colegio y nuestras misivas más cortas llenan por lo menos seis caras.

— ¡Gran Dios! ¡me asusta usted!

—No tema usted, seguiré su ejemplo, si es que desea recibir mis patas de mosca.

—Ya lo creo, serán la alegría de mi destierro.

Esta frase simplemente cortés sonaba á falso.

—¡Oh! su destierro es voluntario—replicó Gertrudis.

—Obedezco á las circunstancias; compromisos me obligan ir á París y á Londres, los negocios me llaman al campo; si no, preferiría permanecer al lado de usted.



Se levantaron de la mesa para pasar al salón. Hans se entregó á una larga discusión sobre agricultura con un viejo propietario rural. Gertrudis, que estaba sentada cerca de una prima suya, en un ángulo del salón, consideró aquello como una grave ofensa. Su novio debía pertenecerla por completo en aquel día. Se hallaba, sin embargo, acostumbrada á verle absorberse en conversaciones particulares, pero en aquella ocasión le parecía mortificante. Había esperado que se sentaría á su lado y que, con motivo de su marcha, se entregaría á tier- nas efusiones en las que se fundirían íntimamente sus dos almas. En lugar de esto: ¡cultivo de patatas, cría de borregos, arboricultura!

Hans miró el reloj.

—Van á dar las nueve—dijo aproximándose á la dueña de la casa,—es hora de despedirme.

—¿Por qué tan pronto?—preguntó la condesa.

—Tengo una cita con algunos amigos. Y ahora, es preciso que me separe de lo que más quiero en el mundo.

La joven se levantó. Sus amigas la imitaron y se alejaron discretamente para no estorbar las expansiones de los dos futuros.

—Adiós, querida Trudy, piense usted en mí y quiérame siempre.

Los labios de la niña temblaban, sus ojos se llenaban de lágrimas y no conseguía articular palabra.

—¿Me permite usted—dijo Hans volviéndose hacia la condesa—dar un beso á Trudy?

—En la frente, amigo mío, nada más que en la frente.

Hans rozó los rubios rizados de Gertrudis, saludó á la reunión y se retiró. Entonces estalló el dolor de Gertrudis y se arrojó sollozando al cuello de su abuela.

—Trudy, eso no está bien.

Las condesitas se adelantaron, tratando de consolarla.

—Monina, encanto; no llores, Trudy; el tiempo pasa volando.



Mientras tanto, Hans se dirigía al palacio Hohenberg.

—¿Están las señoras?—preguntó al suizo.

—La señora condesa solamente. Su Alteza ha salido.

Sin preguntar más, el joven subió rápidamente la escalera; por casualidad estaba desierto el recibimiento. Atravesó una serie de piezas sombrías, y llegó al saloncito en donde acostumbraban á estar las señoras. Entró sin ser anunciado. El salón estaba iluminado por tres lámparas, cuyas pantallas tamizaban el suelo. Isi estaba de pie junto á una ventana, y contemplaba la noche tibia y perfumada. Sus pensamientos se dirigían hacia aquel que, sin sospecharlo ella, se encontraba en el umbral de la puerta. Después de las frases cambiadas en la terraza, se habían encontrado en sociedad, sin hablarse. La última frase de Witterstein, «Isi, ¿debo volverme atrás?» resonaba aún en los oídos de la joven. De suerte que, si ella quisiera, abandonaría él á su prometida y caería á sus pies—¿como esclavo? No; ¡como amo!

—Condesa...

Al acento de aquella voz, Isi se volvió sobresaltada.

—He venido á despedirme de usted; me marchó mañana por la mañana.

La joven se había repuesto, y tendió la mano al visitante.

—Ha sido una buena idea la de traer en persona la tarjeta de despedida. Mi hermana sentirá no haber estado... ¿Y á dónde va usted?

Isi se había sentado en una amplia butaca, y apoyaba su brazo en una mesa. Sus pies estrechos y encorvados, salían de entre un revuelto de encajes, y descansaban en un almohadón de raso. Llevaba un traje de color amarilllo pálido, con una rosa de té en el pecho: estaba deliciosa.

A la pregunta hecha secamente, Witterstein respondió con el mismo tono:

—Voy á Londres, y después á París.

—¡Ah! Tal vez nos encontremos; Cari y yo queremos pa-



sar una temporada en Trouville; antes estaremos unos días en París, durante la semana del Gran Premio.

La conversación era indiferente, pero sus pensamientos estaban ausentes. Era la primera vez que se encontraban [sólos, de noche, á la luz rosada de la lámpara. Mediaban pausas entre sus frases; sus voces tomaban entonaciones [acariciadoras que no estaban de acuerdo con la frialdad de las palabras; sus miradas se buscaban y se cruzaban. Hans se levantó bruscamamente.

—No puedo más. Es preciso que diga á usted lo que tengo en el corazón. Isi, usted ha jugado conmigo de un modo cruel.

—¿Yo? ¿Quién fue el primero en desertar?

Hans se acercó á Isi y la cogió una mano, que ella retiró con brusquedad.

—Ha tenido usted razón—añadió ella,—no podía usted esperar nada de mí.

—¿No me habrá usted querido alguna vez?

—...Aun cuando le hubiera adorado, nada podía usted esperar.

Isi se levantó.

—Váyase usted... Adiós.

—¡Isabel!

Hans quiso cogerla entre sus brazos, pero un criado llamó á la puerta precediendo á una visita.

—Por última vez, adiós—dijo Isi.

No—respondió él besándole la mano,—hasta la vista.

BARONESA DE SUTTNER.

(Se continuará.)



# POETAS AMERICANOS

---

## NERÓN

Vedle tañir la cítara esplendente;  
De mirto y de laurel ciñe á su frente  
Espléndida corona;  
Pídele al cielo inspiración y ayuda,  
Al pueblo-rey saluda  
Con rostro humilde y su canción entona.

La nueva Babilonia, la altanera,  
La que en el mundo impera  
Entre duelos y pánicos y asombros,  
La del orbe señora,  
La que luce sangrienta y triunfadora  
La púrpura imperial sobre los hombros;  
El soberbio patricio que en augusta  
Cuna arrullara el Tíber; el guerrero  
Que al sármata y al partho y al ibero  
Con su valor asusta;  
La infiel sacerdotisa  
Que del César en brazos, la divisa  
De Vesta mancillara; el campesino  
De atezado semblante,



El atleta de torso de gigante,  
El taumaturgo que por dón divino  
Descifra los enigmas del destino  
Y á sondar sus misterios nos enseña;  
Del Trastíber la plebe, la risueña  
Turba del Aventino;  
El poeta que oculta sus laureles  
Y su sagrada inspiración oculta;  
La vil esclava que al pudor insulta;  
El viejo sacerdote de Cibeles  
Y el bravo centurión y el pretoriano,  
Todos rinden al mónstruo vasallaje,  
Que hasta el genio le ofrece su homenaje.  
En Séneca y Lucano.

Y ¡guay del que pretenda  
Hacer de noble independenciam gala;  
Del que el canto sublime no comprenda  
Del que á los dioses en poder iguala;  
Del que ose sincero  
De su voz no admirar las inflexiones,  
Ó prefiera á sus cantos las canciones  
De Píndaro y Homero!

Contempladle bañado en viva lumbre  
Sobre el estrado, pedestal y cumbre  
Y abismo donde todo resplandece  
Y embriaga y aroma,  
Que la dueña del mundo es Roma, y Roma  
A su dueño y señor toda se ofrece.

Contempladle; la cítara de oro  
Tañe con torpe mano, y su insonoro  
Canto preludia ante su pueblo atento,  
Y ora el dulce y profundo arrobamiento



Del éxtasis simula,  
 Ora ronco y febril salta y jadea,  
 Y la enorme cabeza balancea  
 Y en simias actitudes gesticula.

Y el entusiasmo estalla,  
 Y el cónsul y el quirite y la canalla  
 Rompen en delirante clamoreo:

—¡Ave, César cantor, sistro de oro!  
 ¡Astro!—la turba grita.—Yo te adoro,  
 Y me ciega tu luz y no te veo.

Y en el muelle cogín, en irrisoria  
 Afectada actitud en que mañana  
 Con su buril lo esculpirá la historia,  
 Se reclina soñando que es la gloria  
 La torpe adulación, su barragana.  
 Y reclinado en el cogín pasea  
 Los entonados ojos,  
 En los que nada humano centellea,  
 Por la turba que ruge y que vocea  
 A sus plantas de hinojos,  
 Y de pronto su sed de sangre aviva  
 De Lucano la altiva  
 Faz á un tiempo sarcástica y burlona:  
 ¡Ya le irrita mirar siempre delante  
 Una frente cien veces más radiante  
 Que en la que ostenta la imperial corona!

.....

Pronto Pisón intenta  
 Quebrantar el dogal que al mundo afrenta,  
 Y sucumbe Pisón y no desata  
 El vergonzoso freno  
 Que al pueblo rey y á su verdugo ata;



---

Y á la vez que Pisón, Lucano acata  
Del déspota la orden, y sereno  
Atraviesa del baño los umbrales,  
Y en el agua aromada con verbenas  
Corrige con la sangre de sus venas  
De sus cantos los versos inmortales.

ARTURO REYES.

Caracas, 1901.



## LA EDUCACIÓN (1)

---

El Dr. Osvaldo Magnasco, Ministro de Instrucción pública de la República Argentina, encomendó al Dr. C. O. Bunge un viaje á Europa para que estudiara el espíritu y cuerpo de los institutos de educación y los rumbos que emprendía ésta, y fruto de tal estudio fue el informe que dió Bunge para la instrucción pública nacional argentina con el título de «El Espíritu de la Educación». La presente obra es este mismo informe, algo modificado en algunas de sus partes.

Al editarla el Sr. Lázaro, sobre prestar un buen servicio á nuestra cultura, echa un nudo más en las relaciones entre España y los pueblos de lengua española de allende el Océano. He de ahorrarme aquí las consabidas consideraciones respecto al cambio de ideas y productos para estrechar la unión iberoamericana, sin más que lamentarme de que sean tantas nuestras no satisfechas necesidades de cultura y tan escasa y pobre nuestra labor en ella, que excediendo con mucho nuestro consumo á nuestra producción, con ser aquél tan menguado, no nos baste lo que de nuestro ingenio sacamos, teniendo que acudir á la importación del extranjero y no logrando exportar ideas. Y no se tome á ingeniosidad metafórica lo que digo, pues el escritor español, obligado á escribir entre españoles y

---

(1) Prólogo á la obra en prensa de Bunge, del mismo título. *N. del E.*



para ellos, se ve por fuerza llevado á una cierta labor pedagógica, á elevar el nivel del pueblo en que vive, más que á dar sugerencias á otros pueblos.

Adviértase que es esta una obra escrita en lengua castellana por un Bunge, apellido alemán, á excitación de un Magnasco, apellido italiano, y véase en este solo hecho un indicio de ese espíritu cosmopolita que caracteriza al pueblo argentino, según el autor y otros muchos publicistas, sobre todo del país. Me parece, sin embargo, que extreman en buena parte lo del espíritu cosmopolita, y que éste se halla más en la superficie que en el fondo. Una región, un clima, un género de vida, un idioma sobre todo, da una fuerte homogeneidad á una reunión cualquiera de hombres, por muy extraños que sean éstos entre sí en cuanto á su origen. El elemento más numeroso, que es casi siempre el más antiguo, predomina en el compuesto en mucha mayor proporción que la que le da su superioridad numérica, sobre el elemento adventicio, de tal modo que si hay tres nativos del país por cada inmigrante, figurará el espíritu de los nativos en el compuesto en mayor razón que de tres cuartos. Figurará en la vida íntima, en la sub-histórica, en lo que podemos llamar sub-conciencia nacional. Los hijos de colonos italianos, franceses ó alemanes hablarán en la Argentina castellano y la lengua es la sangre de la casta histórica, de la raza espiritual. Cuando los ingleses dicen que la sangre puede más que el agua, aludiendo á su parentesco con los yanquis, de los que les separa el Océano, suele replicárseles que hay en el yanqui poca sangre inglesa. Mas el inglés está en lo cierto, ya que nada hay más engañoso que este criterio de la sangre material. El criollo es siempre criollo, lleve apellido castellano, catalán, vasco, italiano, alemán ó francés, aun sin tener en cuenta lo conducente á error que el apellido es, puesto que en el caso mismo del Dr. Bunge sé que lleva tanta ó más sangre vasca que prusiana en sus venas. Y la lengua del criollo es el español, siendo ilusiones, fundadas en gran parte en imperfecto conocimiento del estado y vida actuales del castellano



que en España se *habla*, todo eso de la lengua nacional argentina. Al Dr. Abeille le faltó venir á España á aprender el español que aquí se habla. Mas como esta cuestión, aunque interesantísima, no es de este lugar, la dejo para ocasión más adecuada á ella.

Un poco sombría me parece, y tal vez algo recargada de tintas, la pintura que del carácter de la juventud de la clase rica bonaerense nos hace el Dr. Bunge al tratar de la educación del carácter nacional, y hallo, por otra parte, que cuanto de dicha juventud nos cuenta no es tan privativo de ella. Nada blandos estuvieron ni Ghild ni Groussac.

De cómo se piensa en la Argentina en castellano, nos da muestra este libro mismo, pues aunque abundante en vocablos de origen francés que aquí, en España, jamás usamos, como *rol*, *controlar*, *monarquía temperada* y otros, es en el fondo del lenguaje y estilo profundamente español, á pesar de la cultura cosmopolita del autor. Porque hay quien sin salirse de las más estrictas reglas gramaticales, sin emplear vocablos que no sean castizos, sin faltar á la más cuidadosa corrección formal, escribe en un castellano que parece traducido, muy bien traducido, pero traducido al cabo del francés, y hay quien escribe en lengua radical y hondamente castellana, aunque llena de impropiedades gramaticales y de galicismos de toda clase. Y este libro es en el fondo un libro español, de un español europeo y cultísimo, pero de un español al fin y á la postre, y al decir español quiero decir de un hombre que piensa en lengua española. Su estilo es animado, vivo, pintoresco; la exposición poco continua, con saltos y esguinces que la animan. A las veces recuerda á Carlyle, pero lo más á menudo recuerda á escritores nuestros. Y el mismo Carlyle, ¿no está más cerca, mucho más cerca de nuestra literatura, que los más de los escritores franceses?

\* \* \*



Empieza esta obra con una parte general, casi metafísica, en que el autor nos traza á grandes rasgos su filosofía, y en que noto aquella idea madre de que «debe considerarse verdad *cualquier creencia sincera*», es decir, «inspirada por las necesidades de la época, del pueblo y del hombre que la *siente*, porque la creencia no se piensa, sino se siente». He aquí una manera vigorosa, y más sentida que pensada, de expresar el fecundo principio de la relatividad de todo conocimiento, principio que, llevado de la esfera intelectual á la moral, es la base de toda profunda tolerancia. Es el esfuerzo del Dr. Bunge ser tolerante de verdad, comprenderlo todo, explicárselo todo, no excluir más que la exclusión. Y de aquí cierta esquivez al espíritu francés, que es, con apariencias de lo contrario, uno de los más exclusivistas. ¡Como que se presenta cual padre del tolerantismo á un Voltaire, espíritu estrecho, para quien permanecieron siempre cerrados mundos enteros del espíritu, mundos que negó por no alcanzar á verlos! El siglo XVIII francés es un asombro de claridad y netitud incomprensivas.

Hay á este respecto un precioso pasaje en esta obra, un pasaje que quiero anticipar al lector, y es donde el Dr. Bunge nos dice que «para el ratón hambriento que roe un queso, la verdad debe circunscribirse á la esfera del queso. La despensa, los despenseros, la quesería donde se fabricara el queso, las vacas que dieron la leche para que se compusiera el queso, el ameno valle, el ambiente, el sol que bañó la piel manchada del rebaño, todo debe ser, para el ratón, mentira. Si alguien se lo contara, contestaría que son ridículas fantasías de teólogos, teósofos y metafísicos. Y los hombres, como el ratón, no creen, en general, más que en las sustancias que alimentan su cuerpo y su espíritu...» Este admirable pasaje me parece una felicísima caracterización de lo que en sentido estricto y casi etimológico llamaría *racionalismo*, ó más bien *intelectualismo*; racionalismo que me recuerda siempre la profunda sentencia de Sófocles: «la verdad puede más que la razón», y racionalismo al que opongo un sentido, más bien que



de doctrina, que llamaría de *espiritualismo*, si no tuviese este vocablo una significación profundamente distinta de la que ahora quiero darle. *Cordialismo* parecería algo violento. En el fondo, se reduce á oponer á los que sólo se atienen á su pensamiento racional y lógico, á los que apenas piensan más que con el cerebro, los que se atienen á su conciencia total y vital, los que piensan con todo el cuerpo y aun con todo el circuncuerpo, con el *Umleib* que lo llama Bruno Wille, con el universo todo. A un racional antepongo un espiritual, y espiritual proponde á ser el Dr. Bunge.

Por esta su espiritualidad, por su empeño en encontrar verdad en *cualquier creencia sincera*, por su noble esfuerzo de penetrar en los más diferentes campos, me extraña más la dureza, á mi juicio injusta, con que en la parte histórica de su obra *Espíritu de la educación á través del tiempo* trata á la Edad Media. Profesor yo de lengua y de literatura griega, no comparto con el Dr. Bunge muchas de las opiniones, viva y brillantemente expuestas, respecto al espíritu de la antigüedad helénica, y aun indicaré aquí, reservándome desarrollarlo en otra parte, que la mística y el misticismo son elementos poco ó nada genuinamente cristianos, lo menos evangélicos posible; que de la religión y la filosofía helénicas se desarrollaron en los alejandrinos (Plotino, Proclo, Porfirio, etc.); que el cuarto evangelio marca ya la adulteración del espíritu cristiano por el pagano ó místico, y que creo profundísima la concepción del Dr. W. Hermann, maestro en luteranismo, cuando dedica el capítulo primero de su hermosa obra *El Comercio del cristiano con Dios* (1) á «la oposición de la religión cristiana á la mística». Doctrina es ésta que puede verse muy bien tratada desde el punto histórico en las preciosas leccio-

---

(1) *Der Verkehr des Christen mit Gott, im Anschluss an Luther dargestellt von Dr. W. Hermann, professor in Marburg. Dritte Auflage. Stuttgart, 1866.*



nes que sobre la influencia de las ideas y costumbres griegas sobre la Iglesia cristiana dió en 1888 Hatch (1).

Y escribo esto, saliéndome acaso de mi cometido en estas líneas, porque observo en no pocos neo-paganos, entre los que no se cuenta ciertamente el Dr. Bunge, cierto prurito por ennegrecer y calumniar al cristianismo echándole en cara precisamente lo que del paganismo heredó.

Y volviendo de esta mi digresión, he de continuar diciendo que me parece el Dr. Bunge excesivamente duro con la pobre Edad Media. Hay mucho oro y de muy buena ley en el «fango de las oscuridades gótico-bizantinas de los escolásticos», mucho, muy profundo y muy liberador pensamiento en lo hondo de sus «abstrusas teologías» y extraordinario vigor mental bajo la «ridícula impotencia de sus ergotismos.»

No he podido llegar á creer que fueran «cuestiones bizantinas» las de los *universales*, sino que la creo la cuestión eterna, eternamente renovada, la de ayer, la de hoy, la de mañana y la de siempre, el aspecto metafísico del combate entre el individualismo y el socialismo. La frase, profundamente *realista* de Natorp, de que el individuo es tan abstracción como el átomo, ¿no ha de escandalizar á los *nominalistas* del individualismo? Encuentro mucha vida, mucha plenitud, profundísima originalidad en las «ideas muertas», las «frases huecas», las «indescifrables anfibologías» de la escolástica medioeval. La insoportable, la muerta y hueca es la escolástica galvanizada de hoy. ¡Profundo revolucionario Duns Escoto!, ¡maravilloso libertador del espíritu! Me cuesta admitir que aquella enseñanza medioeval no haya dejado raíces hondas en la educación moderna, «salvo en teología».

Y aunque así fuera, ¿es que la teología no significa nada en el pensamiento moderno? He aquí por qué comprendemos tan mal la escolástica, por empeñarnos en estudiar su filosofía

---

(1) *The influence of greek ideas and usages upon the christian church.*  
By the late Edwin Hatch, D. D. Eighth edition Oxford, 1901.



desgajada de su teología; una historia de la *filosofía* escolástica es un absurdo. Es imposible entender el valor y alcance de las discusiones, respecto á la distinción entre la esencia y la existencia ó entre la substancia y los accidentes, v. gr., sin entender el proceso de los dogmas de la Trinidad y de la Eucaristía, ni se entienden éstos sin penetrar en las *razones de sentimiento*, en la *cardíaca*, más bien que en la *lógica* que llevó á ellos. La atenta lectura de la fundamental obra del Dr. Harnack, respecto á la evolución de los dogmas cristianos (1), pongo por caso, me ha enseñado, respecto á la escolástica, más que cuantas historias de la filosofía he leído. Aun hay más, y es que creo que el escasísimo éxito de cuantos trasplantes de filosofía alemana á tierra latina se han hecho, se debe á haber traído las plantas sin raíces, sin raíces teológicas, no ya sólo religiosas. Porque el pensamiento racional ó filosófico no es en un pueblo, y más en el alemán, más que como la espuma de la vida total del pensamiento, de la vida toda espiritual, que en el pensar y sentir religiosos es donde mejor encarna. Puede un latino llegar á entender y aun comprender á Kant, tomándole tal cual se nos presenta; mas creo casi imposible que le sienta á no haber pasado, de un modo ó de otro, por Lutero. El tránsito de la destrucción de la crítica de la razón pura á la construcción de la crítica de la razón práctica no se *siente* á no haberse penetrado del concepto, y más que del concepto, del sentimiento luterano de la fe. Si algo prendió en España el krausismo, es porque algunas raíces religiosas traía, es porque se nos presentaba menos estricta y exclusivamente filosófico que el hegelianismo, por ejemplo. De Hegel, de Fichte, de Schilling, se nos habló hasta la saciedad; pero ¿quién nos descubrió de veras á Schleiermacher? Conocemos á Wundt, pero ¿y á Ritschl, á Hermann, á Kaftan?

Pasa el autor de la Edad Media al Renacimiento, con el que

---

(1) *Lehrbuch der Dogmengeschichte von Dr. Adolf Harnack. Friburg i. B. und Leipzig, 1894, tres volúmenes.*



por contrapeso se entusiasma, y ve el espíritu de la educación moderna sintetizado en Rousseau, en un pensador en el fondo más teólogo que filósofo, en un protestante radical; mas trata muy de prisa la influencia de la Reforma en la educación. Y la Reforma misma, ¿no fue en gran parte, por mucho que en contrario se diga, una reacción del espíritu medioeval, el de debajo del escolasticismo, contra el Renacimiento, más que una consecuencia de éste, como ciertos tendenciosos publicistas quieren demostrar? Lutero, que se confortaba con la lectura de la *Theologia deutsch*, famosa obra mística, ¿no era el heredero del maestro Eckart, de Taulero, de Ruisbroquio, de Suso, de los místicos alemanes y flamencos del siglo xiv?

Llega el autor á la época moderna, y acaso aquí es harto severo con Darwin, Spencer y la ciencia inglesa, aunque no con Balmes. Ve muy bien, sin embargo, qué inexhausto fondo de idealismo hay en el tan decantado positivismo de nuestro tiempo. Este fondo hay que sacar á superficie, hay que predicar de continuo contra esa barbarie de la supremacía de los conocimientos de aplicación y contra esa otra barbarie del especialismo á toda costa y sin base de universalidad. Así llegaríamos á aprender á manejar máquinas, pero no á saber hacerlas, y sobre todo á perder el apetito de vida y á no tener motivo de vivir.

\*  
\* \*

Desde que el autor entra en el libro II, parece que su paso se hace más firme, y si no gana en sugestividad, en viveza y animación de estilo, en espontaneidad de juicio, nos convence mucho mejor. La exposición de los cinco hábitos de virtud que hay que inculcar en el niño es muy jugosa, y me parece muy exacto cuanto á propósito de la libertad de estudios—punto en que me parece seguro y sólido el criterio del doctor Bunge—dice del estudiante francés.

Pero lo que más me interesa y lo que debe interesar más á

E. M.—Febrero 1902.



los lectores españoles es lo que acerca de la enseñanza de la religión—punto que tanto y tan mal se discute hoy en España—nos dice el capítulo III del libro II, capítulo titulado: «Educación sectaria». Expónenos aquí los tres sistemas: el confesional, que enseña como imposición dogmática una religión dada; el laico, que más bien que no enseñar religión alguna, imbuye hostilidad hacia ellas, y la escuela interconfesional insectaria, que, en realidad, apenas cabe más que donde luchan varias sectas. Cuanto acerca de esto y del ideal de educación inglesa según Arnold, el de formar el caballero cristiano, el *christian gentleman*, el autor nos dice, merece meditar, sobre todo en España.

Preguntáronme no ha mucho qué opinaba respecto á la enseñanza de la religión, y respondí que era partidario de ella por espíritu liberal. Es indudable que la religión católica, oficial en España, y la que profesan la inmensa mayoría de los españoles—aunque muchos finjan profesarla y otros no tengan conciencia de ella—ha influido y sigue influyendo en el modo de ser, de vivir, de pensar y de sentir del pueblo español, tanto ó más—creo que mucho más—que su lengua, su legislación, su historia, etc., etc. Y si hemos de conocernos y de conocer al pueblo en que vivimos, ¿hemos de desdeñar el estudio de ese elemento? La profunda ignorancia que en asuntos religiosos nos aqueja, es la causa capital de los más de los males—de los que lo sean—que lamentan y combaten los que á la enseñanza de la religión se oponen, con más los males que á estos mismos oponentes aquejan. No conozco desatino más grande que eso de que la religión debe quedar al cuidado de las madres, que son precisamente las que más la ignoran y las que más la deforman y desreligionan. Una vez más, y no será la última, tengo que repetir lo vergonzoso y degradante que resulta el que en un país que se dice cristiano no haya leído el Evangelio la inmensa mayoría de los hombres que por cultos se tienen, y que en cambio se cuelgue del cuello de los niños, á modo de amuleto, trocitos del Evangelio, *en latín*, me-



tidos dentro de unas bolsitas cosidas y adornadas con lentejuelas, y que se traguen las parturientas una cintita de papel hecha un rollo conteniendo una jaculatoria y otras formas del más bajo y anticristiano fetichismo.

Tengo observado la inmensa diferencia que va de los libre-pensadores á quienes se educó más ó menos religiosamente, aunque fuera en las formas más impuras de religión, y aquellos otros á quienes se criara en principios de irreligión. Los primeros, aun siendo ateos y, en toda la extensión del vocablo, materialistas, no saben bien cuánto jugo y savia dan á su vida mental y espiritual las profundas aguas de la niñez, oreadas en algún aliento religioso, y al educar á los segundos, á sus hijos, en irreligión ignoran que les privan de lo mejor que ellos tienen, de la raíz positiva, hasta de aquello que de fecundo y noble tiene su librepensamiento. Y esto por no decir nada de la inmensa diferencia de los que rechazaron los dogmas religiosos que se les imbuyera sin adentrárselos y los que se los han digerido, disolviéndolos así.

El autor trata en este interesante capítulo, y en su párrafo 86, de la *doctrina del moderno «anticristianismo»*, hablándonos de Nietzsche, que también en España ha hecho sus estragos, de este pensador de pura cepa teológica, cuya irreligiosidad es una forma aguda de religión, de este pobre espíritu atormentado por la angustia metafísica y la religiosa, por el problema pavoroso del destino individual y de la inmortalidad —tormento que le llevó á lo de la «vuelta eterna»— de ese caso agudo de erostratismo. Se ha tomado mal su doctrina del sobre-hombre, que aparece ya en San Pablo y aún antes, como él tomó mal el principio darwiniano de la sobre-vivencia de los más aptos. De los más aptos, digo, y no de los más fuertes. ¿Y quiénes son los más aptos? ¿Quiénes los más fuertes? Recuerdo que hace años, siendo yo estudiante, me produjo honda impresión oír á un estudiante de medicina decir que el Estado debía prohibir la vacunación de los niños, pues si desde el punto de vista del padre estaba esto bien, al Estado le con-



venía ciudadanos robustos y eliminar en su primera edad los débiles, librándolos así de la infelicidad, y que la viruela se encargaría de eliminarlos. Y ya entonces di en pensar en ello, y me dije: «pero ¿han de ser infelices los que éste llama débiles? Y sobre todo, la viruela mataría á los organismos débiles para resistirla, para resistir la viruela; pero ¿hemos de declararlos por eso débiles en absoluto? ¿Quiénes son los débiles?» Y hoy en que oigo á menudo tachar á éstos ó los otros de débiles, de fracasados, de vencidos, de enfermos, me digo: ¿quiénes son los débiles? La resignación, la mansedumbre, la paciencia cristianas: tan mal entendidas por unos y tan mal practicadas por otros, ¿no son acaso poderosa arma en la lucha por la vida? Con frecuencia se rompe antes el martillo que el yunque, pues no sufre menos aquél con los golpes que da, que éste con los que recibe. La resignación, la resignación activa, no la pasiva, no consiste en cruzarse de brazos, sino en no volver la vista atrás ni apesadumbrarse por lo irremediable, en comprender que el porvenir es el único reino de la salud. Los grandes caracteres, los más enérgicos, han sido los más resignados, los más capaces de cumplir el precepto de Alfredo de Vigny:

...Souffre et meurs sans parler:

He aquí por qué no acepto la doctrina del párrafo 89 de este mismo capítulo, la primera parte de cuyo título dice: *Ineficacia del espíritu cristiano en la educación de individuos de razas débiles*. Estoy convencido de que el espíritu cristiano si templara las intemperancias de los individuos de las razas llamadas, no sé bien por qué, fuertes, vigoriza á los de razas débiles. Por otra parte, el autor mismo, á pesar de su gran perspicacia, destruye esa primera parte del título del párrafo 89 con la segunda de él, que dice: *ejemplo de la instrucción jesuítica en las misiones de Sur América*; y digo que la destruye, porque la educación jesuítica no ha consistido nunca en imbuir espíritu cristiano ni fue este espíritu el que llevaron á las re-



ducciones del Paraguay. Esto, aparte de que no estoy convencido tampoco del fracaso de aquel noble ensayo, fuera ó no cristiano, que nuestro Carlos III cortó cuando no había podido aún madurar.

Repito que todo este capítulo III del libro II, escrito con un espíritu amplísimo y muy noble y elevado, merece leerse y meditarse en España hoy que frente á la barbarie tradicional quieren traernos algunos la barbarie volteriana y que hallan curso necedades anticristianas que delatan la más profunda ignorancia y la más deplorable inespiritualidad.

Es también muy interesante el capítulo IV de este mismo libro III, que trata de la cuestión de la enseñanza clásica, cuestión que en España apenas existe. Porque resultan aquí hasta ridículos los ataques á la enseñanza del latín, ya que no se enseña latín en España. Y como de esto he tratado con alguna extensión en mi folleto *De la enseñanza superior en España*, no vuelvo á ella. Me limito á manifestar mi conformidad á los puntos de vista del autor.

Trata éste en el capítulo V de este mismo libro III de los planes de estudios secundarios, y hay en él una interesantísima referencia á esa perniciosa separación entre los estudios de ciencia y de letras. Mil veces he observado, en efecto, cuán iliteratos son nuestros hombres de ciencia, qué mal escriben y exponen, qué pesados y soporíferos son, y cuán incientíficos nuestros literatos, qué enormes disparates sueltan, qué huecos y superficiales resultan. Desde aquel literato que al decirle yo de un amigo mío que era ingeniero me respondió: «¿Ingeniero? ¡Ah, sí! ¡Uno que se ocupa en cosas sin importancia!» hasta un amigo mío que suele decirme: «¿Poeta? Bueno, sí, ¡un pobre inútil!» hay toda una gradación de figuras. Desdeñar la poesía arguye tanta estrechez de espíritu como desdeñar la geometría. Y ambas necedades se dan. Y en España no es cierto, como se dice, que nos pierdan la retórica y la oratoria, sino la mala retórica y la mala oratoria, contando entre la mala á casi toda la que pasa por buena. Y cuando uno de nues-



tros hombres de ciencia se mete á literato ó uno de nuestros literatos á hombres de ciencia, parécenme aquél un elefante bailando en una maroma y éste una ardilla revolviéndose en una jaula. Lo que nos hace falta no es dar á todos una sólida instrucción en ciencias y en letras, sino no enseñar éstas dissociadas, sino asociadas. La metafísica que se enseña en nuestras Facultades de Letras es deplorabilísima, porque carece de toda sólida base científica, así como las ciencias carecen de base filosófica; disertase en nuestras cátedras de filosofía acerca de la noción del infinito sin la menor tintura de cálculo infinitesimal y se enseña ciertas ciencias sin el menor vislumbre del problema del conocimiento. De aquí ese desecho de escolástica manida de una parte, y de otra parte esos matemáticos que creen que la única ciencia exacta son las matemáticas, las matemáticas que, como el arsénico, en debida proporción y mezcladas con otras sustancias, fortifican, y, pasando de la medida y administradas solas, envenenan la mene.

Agréguese, y lo he dicho antes de ahora, que en países tan atrasados como el nuestro y de tan menguada y tan poco difundida cultura general, la especialización científica tiene más inconvenientes que ventajas, con ser éstas tan grandes.

Interesantísimo es el capítulo VI sobre *Universidades*; mas de esto nada he de decir, á pesar de hallarme al frente de la más antigua y más histórica de España, y tal vez por esto mismo. He de limitarme á indicar cómo aquí en España no queda del ceremonial de la colación del grado de Doctor nada, absolutamente nada, ni aun lo que describe el autor en las páginas 387 y 388. Una vez aprobados los exámenes y la tesis, redúcese todo á un acto administrativo, á pagar los derechos y que le remitan á uno el título. Título al que, por otra parte, no se le da aquí ninguna importancia social. No sucede como en América, donde todos los que le tienen le usan, á tal punto, que solemos decir por aquí que por allá el hombre público que no es General es Doctor. Aquí llamamos Doctor al Médico, sólo ó no, y los demás que tenemos tal título nunca le usa-



mos, sobre todo de algunos años acá, pues aún quedan los que firman Doctor Fulano.

Trata el autor en el capítulo VII de la educación de la mujer; pero yo no sé qué sino me persigue, que nadie ha logrado aún interesarme por eso del feminismo, ni logro verlo como problema sustantivo y propio, y no como corolario de otros problemas. Paréceme que desde que se han atravesado escritoras en la cuestión, rara vez se coloca ésta en su verdadero punto, en el que la colocan, v. gr., los profesores Patrick Geddes y J. A. Thomson (*The Evolution of sex*) ó Havelock Ellis (*Man an Woman*). Podrá parecer ello muy superficial y grosero, pero para mí todo el feminismo tiene que arrancar del principio de que la mujer gesta, pare y lacta, y está organizada para gestar, parir y lactar, y el hombre no. Y el gestar, parir y lactar llevan consigo una predominancia de la vida vegetativa y del sistema linfático y, con ellos, del sentido común y práctico. Hasta cuando tiene menos inteligencia, tiene más sentido común que el hombre.

He olvidado indicar las interesantes observaciones del autor respecto á la educación nacional, problema de vital importancia en España. El fundamento de los deberes de los padres para con los hijos es, á mi parecer, la herencia; no estoy para con mis hijos tan obligado por haberlos engendrado como cuanto por haberlos engendrado tales cuales son, pues son como son, en gran parte, por ser hijos míos y no de otro. Lo que principalmente debo hacer es combatir en ellos todas aquellas tendencias que de mí hayan heredado y que me hayan resultado perjudiciales en mi vida; ya que, conforme á aquel nuestro adagio de «genio y figura hasta la sepultura» no pueda yo ya corregirme en mí mismo, estoy en el deber de corregirme en ellos, robusteciendo lo bueno que de mí saquen y amenguando, si es que no logro borrarlo por completo, lo malo que les haya transmitido. Y de aquí mi deber de conocerme para conocerles mejor. Y este principio de la herencia, base de los deberes paternos, es tam-



bién la base de los deberes de cada generación para con la que le sigue y á que educa. Difícil es que los españoles que pasamos de los veinte años nos corriamos ya, ni espero cambio alguno radical en nuestro modo de gobernarnos; harto será que eduquemos á nuestros hijos para que mañana se gobiernen mejor. Y en esta educación compete un capital papel al Estado.

«No es posible organizar el Estado sino por medio de la educación; no es posible organizar la educación sino por medio del Estado.» Sentencia es esta del autor, con la que estoy de completo acuerdo.

Más adelante se refiere el Sr. Bunge á aquella definición que de la educación dan muchos diciendo que es un *proceso de adaptamiento al medio*. Lo cual me sugiere la idea de que aquí en España hay dos procesos de adaptamiento al medio, uno el del individuo á nuestro medio social, á la sociedad española, y otro el de esta misma sociedad al medio internacional ó europeo, habiendo, por lo tanto, dos tareas educativas. Hay aquí, en efecto, que educar tanto á la sociedad toda cuanto al individuo, para hacer que aquélla no quede rezagada entre los demás pueblos. Hay aquí que cumplir una labor de pedagogía y otra que llamaría de *demagogía*, si no tuviese este vocablo desde muy antiguo un sentido diversísimo, y en el fondo opuesto al que quiero aquí darle—¿por qué no llamar á esto *demagogía*, acentuado como pedagogía, dejando la vieja palabra, demagogia, para el viejo sentido?—ó de demopedia, como otros dicen. Y aquí surge de nuevo una faz de la vieja cuestión de los *universales*, la de si hemos de obrar sobre los individuos por el universal ó sobre el universal por los individuos, si ha de modificarse la sociedad modificando antes al individuo y obrando sobre éste ó es más eficaz obrar sobre las masas, demagógicamente, para modificar á los individuos. Conozco á un insigne maestro en pedagogía, á un hombre socrático, forjador de almas, que habla de la esterilidad de los esfuerzos de un insigne político, de un hombre demosténico,



movedor de muchedumbres, el cual á su vez acusa al primero de haber perdido el tiempo. Por mi parte creo en la eficacia de ambos, no sabré decir en cuál de la de los dos más, pero me parece que les falta razón cuando cada uno de ellos niega en parte la del otro. Tengo mi cátedra, procuro en ella, no sólo enseñar la materia que me está encomendada, sino disciplinar y avivar la mente de mis alumnos, obrar sobre cada uno de ellos, hacer obra pedagógica; pero no desperdicio ocasión de hacerla demagógica, de dirigirme, ya por la pluma, ya de palabra, á muchedumbres, de predicar, que es para lo que acaso siento más vocación y más honda.

\*  
\* \*

Tales son las consideraciones que la presente obra me ha sugerido, y una obra que sugiere algo es ya, por sólo esto mismo, una obra digna de atención. Lo es la del Dr. Bunge por muchísimos otros conceptos; sugiere, instruye y deleita. A su valor intrínseco auna otro de ocasión y es el ser de grandísima actualidad en España, donde hemos dado en la flor de hablar y escribir acerca de asuntos educacionales. Que hay algo de moda en ello, no cabe duda; después de los grandes desastres nacionales, desde el de 1870 en Francia, se lleva mucho lo de agitar problemas pedagógicos, y decir: «no los soldados, los maestros de escuela nos han vencido», porque se resigna uno mejor á ser vencido por la mayor pericia y ciencia que por el mayor denuedo y valor; pero así y todo, la moda es muy útil. La inmensa mayoría de los españoles, aun de los que podríamos llamar cultos, dando grandísima extensión á este calificativo, maldito si creen en la eficacia del maestro de escuela ni en la importancia de los problemas pedagógicos; y si otra cosa dicen ó es de boquilla y por no desentonar ó se engañan á sí mismos; les carga la ciencia y están convencidos de que los brutos é ignorantes son más felices que los intelec-



tuales y cultos; fáltales fe en la cultura, que es en España casi exótica; óyese con frecuencia decir á hombres de carrera que para lo que sacan con ella saben bastante; todo eso del sacerdocio del magisterio es aquí una mentira tan grande como la del magisterio del sacerdocio sería; un positivismo brutal y práctico—el teórico nos liberta de este otro—infesta á nuestras clases dirigentes; en los casinos en que están siempre ocupadas las mesas de tresillo, no se ve entrar á nadie en los salones de lectura más que á leer periódicos políticos, mientras los obreros consumen folletos y libritos de propaganda; el filisteísmo de nuestra clase media se reduce á un terrible beotismo; se llama teórico, soñador ó idealista á quien no enfoca las altas cuestiones desde el bajo punto de mira de los intereses personales, locales ó regionales; cunde la concepción hospiciaria del Estado; se sostiene abierta ó solapadamente que un instituto cualquiera de enseñanza es un medio de dar vida á una localidad ó comarca, sin advertir no ya lo torpe, sino lo equivocado de este concepto, aun para los fines á que dicen enderezarlo sus sostenedores... mas con todo esto, cualquier obra que sobre educación se dé á nuestro pueblo será una gota más que cabe en la piedra.

Y esta obra es mucho más que gota; es ya chorro. Merece bien de la cultura patria el ya de antes meritísimo de ella Sr. Lázaro, al publicarla.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, Enero de 1902.



# EL PROBLEMA RELIGIOSO EN ESPAÑA

---

## LA IGLESIA Y EL ESTADO (1)

Las relaciones del elemento eclesiástico con el poder político pueden establecerse siguiendo tres sistemas distintos: Constitución civil, Concordato, Separación (2). La Constitución civil no es más que una forma de galicanismo impopular, inadaptable á España y que carece en absoluto de actualidad. No tengo que perder ni una sola palabra en su refutación, debiendo ceñirme al examen de las otras dos soluciones: el Concordato, que es lo que hoy existe en nuestra patria, y la Separación, que es lo que debe existir. Procedamos por partes.

Los *concordatos*, que son en este punto lo que el eclecticismo en filosofía, el doctrinarismo en política y las cartas constitucionales otorgadas ó paccionadas en el régimen del Estado, tienen un defecto común que les hace á todos inaceptables: el de particularizar y determinar de una manera precisa, arbitraria y convencional la unión del elemento eclesiástico con la potestad gubernativa. Pero antes de examinar cómo la Iglesia y el Estado han de estar unidos, debiera ha-

---

(1) Véase el número de Enero.

(2) Bert: *Rapport sur le Concordat et la separation des Eglises et de l'Etat*.—Prescindo aquí del sistema de la *confusión*, que únicamente existe entre los moros, y que no es más que un nombre en el reino inglés y en el imperio ruso. (Véase á Wagner: *Staat und religion*.)



berse dilucidado si jamás hubieron de estarlo. El principio del Estado es que cada uno debe disfrutar de los derechos que reconoce á los demás: conviene, pues, como ya se ha dicho, que tolere todos los cultos exteriores. ¿Y qué es esto sino afirmar *à priori* su independendencia de la Iglesia, es decir, de una determinada secta ó comunión, y sus solas relaciones jurídicas con la religión? De aquí el que la Iglesia no sea para el Estado motivo de otro deber que el de la protección legal, pero no el de un protectorado exclusivo que obligaría al último á excederse en sus atribuciones.

Como la sociedad civil no está basada sobre los intereses de la Iglesia, la misión del Estado no es hacer creyentes. No hay para qué hablar, decía Locke, de un Estado cristiano; la fe no puede excluir á nadie del derecho. Inspirándose en la misma idea, declaró Washington que «cuando los hombres cumplen exactamente los deberes civiles, hacen cuanto el Estado tiene derecho á exigir y esperar de ellos: sólo ante Dios son responsables de la religión que profesan y del culto que prefieren». Acaso el Cardenal Sancha me replicará que fuera de la Iglesia católica no hay salvación; pero no me será difícil tampoco quitarle este apoyo y demostrar que no tiene en su favor las mejores autoridades eclesiásticas. Apelo aquí al propio Cardenal Satolli, delegado apostólico de Washington, y que tantas y tan extraordinarias distinciones ha merecido al Papa actual. El eminente Prelado se expresa sobre el particular como sigue: «Cristo ha fundado una Iglesia y la ha confiado los medios de salud. De aquí, objetivamente hablando y en general, la necesidad de pertenecer á esta Iglesia. Los que, reconociendo este hecho evitan, sin embargo, entrar en la Iglesia, se privan evidentemente de los medios de salud y desobedecen la orden de Dios. Pero los que se hallan fuera de la Iglesia porque están convencidos de que su religión es la verdadera, poseen los medios de salud de una manera imperfecta y acaso totalmente.» Y luego añade: «Si estos hombres son condenados, no es porque no han sido católicos,



sino por los pecados que han cometido. Tal es el sentido de la proposición: *extra Ecclesiam nulla salus.*» Con la misma intención afirmó Lessing que «no puede depender la salvación del hombre de la confirmación ó negación de la verdad contingente é histórica, ni de que el hombre conozca, porque se le haya revelado ó ignore esta verdad». Por eso, en algunas ocasiones, los adversarios más decididos del libre pensamiento sistemático han hecho en favor de la conexión entre la libertad y el destino del hombre declaraciones tan terminantes como ésta de Guizot (1): «La distinción del bien y del mal moral, la obligación de evitar el mal y hacer el bien, son leyes que el hombre reconoce *en su propia naturaleza*, lo mismo que las leyes de la lógica, y que tienen en ella su base, como en su vida actual su aplicación.»

El Cardenal Sancha se indigna en seguida, á propósito de la independencia de la Iglesia y del Estado, contra el liberalismo y el radicalismo en esta materia. «Respecto de la separación de la Iglesia y el Estado—dice—conste que, aun siendo lealmente practicada por los poderes públicos, que desgraciadamente no lo ha sido, sino que por esa fórmula se ha buscado casi siempre un instrumento de persecución, la Iglesia no la quiere ni la pide. Lejos de eso *la condena* (2) y enseña como doctrina sana la unión de la Iglesia y del Estado, *como lo están el alma y el cuerpo.*» Esta es la célebre comparación del viejo ultramontanismo, cuya crítica pertenece á la historia de la Iglesia, que nos muestra igualmente cómo han vuelto á ella los nuevos clericales. A poco que se reflexione, tal comparación, defectuosa por todos conceptos, está basada solamente sobre arbitrariedades. El cuerpo y el alma son *à priori* inseparables en la unidad primordial del hombre, ora miremos á éste en su existencia como ser sociable, ora le consideremos en la esfera de los sentimientos religiosos. No así

(1) *Histoire de la civilisation en Europe.*

(2) *Allocutio Acerbissimum* (1852).



los elementos sociales en sus realizaciones mútuas, pues la Iglesia podrá, á lo sumo, juzgar estas realizaciones bajo el aspecto inofensivo de la religión, mientras que ésta, en su manifestación externa, cae bajo la plena acción del Estado, es decir, del órgano del derecho. Pudiera dudarse también de que el Cardenal Sancha se haya percatado de los absurdos á que conduce esa idea, desarrollada de un modo consecuente. Porque la verdad es que dando al Estado por misión la realización de los fines del cuerpo, vendríamos á parar á que el derecho, que es su fin próximo, se reduce á una relación puramente corpórea ó material. Si la experiencia no patentizara los extremos á que suele llegar la inteligencia preocupada, especialmente cuando lo está por un fanatismo, no sería fácil comprender cómo los ultramontanos, los exaltadores del poder espiritual en las sociedades, han tenido, para ser lógicos, que terminar en el materialismo más grosero.

El pernicioso influjo del régimen hierocrático y de la obsesión clerical sobre la filosofía del derecho y sobre la suerte de las naciones, aunque callado de intento por el Cardenal Sancha, es bien conocido de cuantos atienden á las enseñanzas de la historia. ¿Qué decir de aquellas especiosas teorías de los jurisconsultos ortodoxos de la Edad Media sobre la sumisión temporal de los pueblos á la corte romana y aquel continuado olvido del *Reddite Cesaris, Cesari*? Nos avergonzaríamos hoy de los violentos comentarios con que se trataba de desvirtuar el sentido de esa máxima. Según la doctrina de Becket, los Reyes cristianos habían recibido su autoridad de la Iglesia, y á ella debían someter todas sus resoluciones. Un parecer vago y nada oportuno, de los que abundan mucho en Hincmaro, fue el primer paso dado hacia la cesión al sacerdocio de la facultad de cambiar la residencia de los monarcas que hiciesen mal uso de su poder. Los que se apoyaron en esta doctrina llegaron á considerar con Salisbury al príncipe como ministro del sacerdote para empuñar en su nombre la espada. Y luego, ¡qué de usurpaciones, qué de abusos, apoyados en la falsa



donación de Constantino, en las falsas decretales, en los falsos poderes sobre el imperio griego concedido por los Papas á los germanos, en el falso voto de Santiago, por el cual, como se ha dicho, hemos estado los españoles pagando tantos siglos un tributo que no debíamos, y que si lo pidiéramos ahora á la Iglesia con todos sus intereses, no habría en toda la nación española bastante para pagarnos aquello que indebidamente le hemos dado! Partiendo del mismo principio que el Cardenal Sancha se atreve aún á sostener á comienzos del siglo xx, la corte pontificia, en la época de su preponderancia terrena, se entretuvo del modo más ambicioso é indigno en presentar interpretado el *quodcumque ligaveris super terram* en el sentido externo de la sociedad civil. Por lo menos esto era hierocracia. En primer lugar, se comparaba la relación entre ambas potestades á la que existe entre el sol y la luna, por recibir ésta los rayos de aquél. Así es como se vino á proclamar que «las dos espadas están bajo la potestad de la Iglesia, manejándose la temporal por la mano de los Reyes, pero á discreción del sacerdote». El poder eclesiástico llegó á hacerse el ejecutor de la política activa, y estas tendencias fueron tan lejos, que los Pontífices Gregorio XII, Inocencio III y Bonifacio VIII depusieron á algunos Príncipes, exigieron vasallaje á todos y desligaron á los súbditos del juramento de fidelidad á sus Reyes. Así, bajo pretexto de realizar el reinado de Dios en la tierra, se destruían los cimientos de la política más sencilla y se aconsejaba, con el consentimiento de la Iglesia, la rebelión y hasta el regicidio. No faltaron, sin embargo, en el seno mismo del catolicismo, protestas en el sentido evangélico de pobreza y mansedumbre cristianas, sobresaliendo en esta para aquel tiempo poco grata tarea, Gerson, Okam, Hales, Dante, Hugo, y á la cabeza de todos el gran San Bernardo (1).

(1) Opone San Bernardo (*De consideratione*) la idea de la humildad cristiana á la usurpación temporal á que tendía en su época el Pontificado: «He aquí la voz del Señor en el Evangelio: *Los Reyes de las naciones*



Pasaré ahora á ciertos resultados más directos y prácticos de la ambición ultramontana. Sin duda que en el cristianismo la relación del sacerdote al soberano era diferente en el origen á la de las religiones indígenas; pero Spencer nota, con razón, que «desde que se empezó á ver en el sacerdote cristiano, como ocurría en dichas religiones, una persona divinamente inspirada, se comenzó también á reconocer su dignidad como juez. En los tiempos antiguos de la historia de Inglaterra, el Obispo tenía que administrar justicia, inquirir el perjurio y dirigir las ordalias (1). Participantes al principio en la función judicial de los laicos, no tardaron mucho en convertirse en usurpadores. Los tribunales eclesiásticos, que no eran al principio más que tribunales destinados á someter á las autoridades eclesiásticas superiores los sacerdotes inferiores, ampliaron su esfera de acción hasta comprender primero los asuntos debatidos por clérigos y legos, acabando por entender en los asuntos en que los laicos solos se hallaban interesados. Entendieron por de pronto en las infracciones llamadas espirituales; después, extendiendo la definición de esos delitos, hicieron caer en la jurisdicción de la Iglesia todas las cuestiones testamentarias y matrimoniales, las relativas á los banqueros, á los usureros, á los judíos, á los lombardos, cuanto se refería á los contratos ó compromisos mediante juramento, los asuntos que se relacionaban con las Cruzadas, la administración de los hospitales y otras instituciones de caridad, las acusaciones de sacrilegio, perjurio, incontinencia, etc., etc. (2). Al propio tiempo se formaba un Código de leyes económicas derivadas de los juicios de los Papas. Esta usurpación de la jurisdicción

---

*dominan sobre ellas; que no suceda así entre vosotros. Es, pues, evidente que la dominación está prohibida á los apóstoles... Esto es lo que os está prohibido; veamos lo que os está ordenado: Que aquel que sea el más grande entre vosotros se haga como el más pequeño y que el primero sea vuestro servidor.»*

(1) Kemble: *The saxons in England*.

(2) Jervis: *History of the Church of France*.



eclesiástica en la esfera de la jurisdicción civil condujo últimamente á las luchas por la supremacía. Por fin, hacia el siglo XIII, la jurisdicción eclesiástica comenzó á perder terreno, y desde entonces se han reducido bastante sus límites».

Mucho interés ofrecería para el lector erudito ver corroborada esta tesis con hechos consignados en la historia; pero semejante ampliación me haría salir de los límites que me he trazado. Por otra parte, este estudio no añadiría ningún dato nuevo á los que ya conocemos. Permítaseme sólo recordar la centralización de la autoridad civil en la autoridad religiosa durante la Edad Media. Esta centralización, preparada por los Códigos de Teodosio y Justiniano, llegó á su apogeo en los siglos IV y V. Guizot (1) nota que los Obispos y sacerdotes de esa época llegaron á desempeñar las principales magistraturas municipales, siendo elegidos de entre los senadores, los grandes propietarios, los gobernadores de provincias y los funcionarios del Imperio de Francia. En Alemania, esa extensión de la jurisdicción del episcopado se debió también á las ambiciones de los laicos. Como lo ha demostrado Dunham (2), el desenvolvimiento del sistema feudal en el siglo X hizo de los Obispos alemanes barones temporales sometidos, como los legos, al servicio militar, á la *juridictio herilis* y á todas las delegaciones dignatarias, y de los sacerdotes barones seculares, oficiales de justicia que, sin embargo, carecían de poder para sentenciar, pues aun en los casos en que el Derecho canónico ó la disciplina eclesiástica andaban por medio, era la justicia local la encargada de pronunciar y ejecutar sentencias. De igual manera, según Hallam (3), los abades de Inglaterra en el siglo XII eran verdaderos señores de horca y cuchillo. Como los demás nobles feudales, juraban fidelidad por sus tierras al rey, recibían el homenaje de sus vasallos, gozaban de iguales inmunidades, ejercían idénticas jurisdicciones, conservaban la

(1) *Histoire de la civilisation en France.*

(2) *History of the Germanic Empire.*

(3) *The state of Europe during the middle age.*



misma autoridad que los lores seculares entre quienes vivían. Todas las intrusiones de la autoridad eclesiástica local en la autoridad civil local no fueron ni más ni menos que aplicaciones inconscientes de los principios clericales, aplicaciones que se consumaron también en la autoridad eclesiástica central y en la autoridad civil central. El Papa fue el jefe de los reyes, y sus resoluciones la norma de todos los actos públicos. Los reinos europeos en el siglo XIII acabaron por ser feudos vivos. «La historia de Europa en la Edad Media—dice Spencer—muestra que los prelados se convirtieron en agentes del poder secular como ministros, como diplomáticos y como miembros de las asambleas donde se trataban los asuntos políticos.»

Si volvemos la vista á lo afirmado sobre el espíritu nada pacificador del antiguo clero, llegaremos á apreciar la significación de su fe nominal. Encontrámosla mencionada también en el libro de Spencer, quien acerca de ella escribe: «Todos sabemos que la Europa cristiana ha visto durante varios siglos á los sacerdotes tomar una parte activa en la guerra, como hacen en nuestros días los sacerdotes salvajes. En el siglo VII, en Francia, los sacerdotes iban al combate, y á mediados del VIII, el clero contribuía al servicio militar. Bajo Carlos Martel, afirma Roth (1), se veía generalmente á los Obispos y á los clérigos empuñar las armas. Los Obispos, dice también Guizot hablando del estado de la Iglesia en esta época, tomaban parte en las guerras nacionales, y además emprendían expediciones de violencia y de rapiña contra sus vecinos por cuenta propia. En los siglos siguientes, conocieron Alemania y Francia ejemplos de la unión del mando militar, con un rango elevado en la Iglesia. En Alemania, el Jefe espiritual se había convertido en un Barón feudal; era el jefe de las fuerzas militares en su diócesis. Orderico Vital nos muestra sacerdotes que dirigían á sus parroquianos al combate, y abades que llevaban al comba-

---

(1) *Feudalität and Unterthanenverband*.—Consúltese á Leber: *Collection des meilleures dissertations relatives á l'histoire de France*.



te también á sus vasallos, en 1094 y hasta en 1108. En 1119, los Obispos convocaban á sus sacerdotes con sus parroquianos. Aun después de mediados del siglo xv, se ve al Cardenal Labalve reunir sus tropas en París: á su llamamiento, el Obispo, los jefes de la Universidad, los abades, los priores y demás gente de Iglesia, respondían conduciendo un número dado de hombres (1). Sólo hacia la mitad del siglo xvii, un edicto exceptuaba del servicio personal de las armas al clero. En nuestros mismos días, la unión de las funciones de matar hombres con la de salvar almas, no deja de presentarnos algún ejemplo en la cristiandad. Se observa que los montenegrinos forman la única sociedad en Europa que está dirigida por un Obispo militar. Los sacerdotes, atestigua Denton (2), llevan armas, y son por lo común valientes; acuden los primeros al lugar de la cita, y conducen sus tropas fieles á la lucha. Debe añadirse á esta participación directa en la guerra, la participación indirecta que supone la administración de los cuerpos organizados para el combate. El Cardenal Richelieu dirigía á un mismo tiempo la Marina y el Ejército. Aún más: su política inauguraba en Francia una era de grandes guerras (3). En su testamento político, recuerda con orgullo la disciplina por él establecida en el ejército de Italia y en las tropas que sitiaban la Rochela: se obedecía allí como monjes bajo las armas (4). Actualmente no se está habituado á esas relaciones, y se olvida hasta que hayan existido. Los deberes militares de los sacerdotes entre nosotros, hanse reducido á bendecir la bandera, á las alocuciones de capellanes de tropa que prescriben el perdón de las ofensas á hombres que van en busca de venganza, y á las plegarias dirigidas al Dios de amor para que bendiga los ataques á mano armada provocados ó no.» Después de esta insinuación, ya no podrán dudar los clericales de la

(1) Montelet: *Chroniques*.

(2) Montenegro: *Il people und their history*.

(3) Kitchin: *A History of France*.

(4) Cheruel: *Histoire de l'administration monarchique en France*.



escuela del Cardenal Sancha, de que el mundo marcha en esto como en todo. Es claro que en el tiempo pasado, la separación de lo espiritual y de lo temporal no sólo se hacía imposible circunstancialmente, sino que era negada *à priori*.

Pero el ultramontanismo de los tiempos modernos, temblando por sus maniobras y sin apoyo inmediato en los Estados, ha sabido hallar otra astucia atrincherándose contra la verdad. «Admitimos la separación, dijo, pero subordinándola á una dominación absoluta de la inteligencia», ó como dice ahora: «Reducimos todos los conocimientos y especialmente el derecho á un solo criterio de doctrina, donde somos únicos é inapelables jueces.» Si les dejamos las cuestiones del orden temporal de la vida, las convertirán en cuestiones religiosas, para arrogarse el poder de someter los problemas del Estado á la solución de la Iglesia. «Mas esta doctrina, escribe á mi propósito el profesor Santamaría (1), es contraria al espíritu del Catolicismo. El Papa sólo es infalible, según el texto del Concilio Vaticano, en asuntos de *fe y de moral*; pero no lo es en materia de *derecho*. Ahora bien: ¿cuál es el criterio para resolver los problemas de derecho? La *razón*, y solamente la razón; por cuyo motivo el Estado no puede consentir que pretenda imponerse el criterio de la fe, para decidir cuestiones *jurídicas*. Jesucristo no vino á gobernar pueblos, sino á redimir á los hombres del pecado: por eso dejó á salvo el criterio de la razón, ocupándose sólo en moral y dogma, y prescindiendo de crear moldes jurídicos para la vida temporal de las sociedades. San Isidoro concluye su obra *De sinonimiorum*, diciendo que «la razón es guía de la vida, maestra de la virtud y regla para el derecho». Santo Tomás, en la *Summa*, afirma terminantemente: «En cuanto á aquellas cosas que se refieren al fin natural del hombre, puede obrar éste *por el juicio de su razón*.» Y por lo mismo añade: «No deben absorberse, el derecho divino, que es de gracia, y el derecho humano, que es de

(1) *Curso de Derecho político*.



*razón natural.*» El insigne teólogo español Suárez desenvuelve la doctrina tomista en su *Tractatus de legibus*, asegurando «que hay en el hombre una doble felicidad: la de la vida presente y la de la vida futura; y en ellas debe distinguirse lo sobrenatural de lo natural, aplicando á lo uno la fe y á lo otro la razón».

Abrazo con gusto la confesión que encierran estas palabras del profesor Santamaría, aunque no deje de inspirarme algún recelo que invoque el nombre de Santo Tomás, pues todas las teorías erróneas que en el Catolicismo moderno se tienen sobre legislación provienen de ese teólogo. Fuera de esto, y aun en esto mismo, sus aserciones son en el fondo ciertas. El Estado mira á la vida terrestre, la Iglesia á la vida celestial. Y si las leyes del Estado no deben referirse para nada á la fe religiosa, la Iglesia, en cambio, puede gobernarse á sí misma en todo lo concerniente á las prácticas dogmáticas, de conformidad con las leyes comunes. Tal parecen dar á entender las dos frases de Cristo «mi reino no es de este mundo» y «dad al César lo que es del César;» máximas fecundas que bastan por sí solas, como observa Bossuet, para echar abajo todo el edificio de las pretensiones ultramontanas.

Juzgo innecesario insistir más en demostrar que las tendencias rutinarias del Catolicismo parcial se oponen de todo en todo al espíritu católico verdadero. Bien miradas las cosas, el parcialismo no se detiene en la cuestión social, sino que llega á graves aspectos del terreno dogmático. En el Vaticano hay un cuadro en el cual está la Virgen María colocada encima de las personas de la Trinidad; hay un cuadro donde se halla sobre el Hacedor, sobre el Eterno, la madre, la generadora del Salvador de los hombres; de suerte que para esos secuaces de la religión en espíritu y en verdad, es antes un sér sobrenatural secundario que el Padre del mundo de Platón, que el Dios viviente de San Pablo: lo mismo, exactamente lo mismo que para los anatematizados idólatras y para los aborrecidos gentiles.



Basta esta indicación para poner de manifiesto el carácter y aspiraciones de lo que se ha dado en llamar espíritu católico. Tal es la ortodoxia oficial considerada en su ideal teológico: veamos ahora en lo que consiste su ideal utilitario. Para formarse una idea exacta de él es preciso responder á estas preguntas: ¿Cuál es actualmente el derecho de posesión del clero? ¿Cuáles sus límites?

El Cardenal Sancha afirma que lo infundado de la reacción anticlerical se manifiesta con más claridad aún en el aspecto económico de la misma. Ciertamente que la constitución de la manomuerta es, en cierto limitadísimo grado, una verdadera ateocracia, un sistema de *clérigos secularizados*, el cual viene en algún modo á quitarles toda tendencia á la absorción política; cierto que, como ha declarado Cavour, vale más un clero propietario que un clero asalariado; pero debemos distinguir. Yo respondo como filósofo, tratándose de una cuestión de principios. La Iglesia es una sociedad que se ha extendido fuera de la jurisdicción territorial del Estado y á la cual, por consiguiente, no puede éste conceder otro carácter que el de asociación voluntaria, libre dentro de la asociación política, pero no personalidad civil ni derecho á adquirir.

Oigamos las objeciones de otro clerical. El prelado francés Affre escribe en su *Traité des biens ecclésiastiques*: «Si el ser moral llamado Iglesia tiene el derecho de existir como potestad espiritual, es evidentemente capaz de poseer. El simple enunciado de esta proposición basta para demostrarlo.» Descartes decía: *pienso, luego existo*. Monseñor Affre dice: *La Iglesia existe, luego tiene el derecho de poseer*. Lo sensible es que haya todavía individuos que empleen este género de razonamientos. Consignar tales cosas, equivale á juzgarlas.

Sin tratar en modo alguno de exponer ni aun de indicar la historia de los conflictos económicos entre la Iglesia y el Estado, tenemos que recordar la tendencia de la primera á la absorción cuando ha vivido en buenas relaciones con el segundo. Esa tendencia ha sido reconocida y deplorada hasta por



los monarcas más ortodoxos. ¡Cuántos disgustos no tuvo que sufrir Carlo Magno, por haberse atrevido á quejarse de que los Abades y los Obispos negociasen á diario con el acrecentamiento de sus posesiones, aprovechando el estado de debilidad de los moribundos y sin cuidarse de los herederos! Ya lo dijo Clodoveo con su buen sentido y su astucia: «Los *santos* son amigos *seguros*, pero *un poco caros*.» Y el rey Chilperico solía decir: «¡Nuestro fisco se empobrece! ¡Nuestros bienes van á parar á las iglesias! Quien en realidad está reinando son los Obispos.» En la época del protestantismo, el clero de la República de Venecia llegó á poseer en ciertas regiones una cuarta parte del territorio, en otras la tercera y en otras la mitad (1). Conocida es la insinuante frase de Sarpi: «Si se deja al clero la ilimitada libertad de adquirir, se apoderará, sin duda alguna, de todos los bienes y los laicos serán siervos de la Iglesia.» No tan conocida, pero en extremo curiosa, es la respuesta que le dió Belarmino: «Es cierto que el clero ha necesitado doce siglos para adquirir la mitad del suelo; pero necesitaría otros doce para adquirir la otra mitad, y antes de ese tiempo tendrá lugar el fin del mundo. Es, pues, enteramente infundado el temor de los que afirman que los laicos quedarán despojados de todos sus bienes si no se ponen límites á las posesiones de la Iglesia.» He aquí una solución cómoda, excelente é irrefutable de economía política sobrenatural.

#### LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS

Sería cosa de todo punto imposible, dados los breves límites en que ha de encerrarse esta disertación, extender mi crítica á los aspectos particulares de la cuestión que nos ocupa; pero en estos tiempos en que la sociedad sólo escucha andando y en que la atención puede apenas fijarse en un objeto, dis-

---

(1) Laurent: *Etudes sur l'histoire de l'humanité*.



traída como está sin cesar por objetos nuevos, difícilmente se puede sustraer el escritor (y el mismo Cardenal Sancha es un ejemplo de ello) á la costumbre de contentarse con la impresión del momento, con hacer ruido, con halagar las pasioncillas del día, cumpliéndose aquello de que «es preciso poner á las obras que se dan á luz el año en que fueron escritas». No tendría la mía este carácter si se ciñese á la polémica personal y á la labor histórica, y aun cabe decir que su tendencia especulativa es lo que constituye su verdadera actualidad, pues el fondo común y la tendencia característica de las distintas manifestaciones del reciente clericalismo español es la resultante de dos principios: la subordinación del Estado á la Iglesia y la exaltación del clero regular á expensas del secular. Por la misma razón, los clericales españoles abominan *à priori* y *à posteriori* de las dos tesis opuestas del liberalismo actual: independencia de la Iglesia y del Estado; protección del clero secular contra el regular. Removida, pues, la primera de estas piedras de escándalo, ¿qué pensaremos de las asociaciones religiosas y de su finalidad social?

El Cardenal Sancha ha dedicado preferentemente su atención á este significativo aspecto del problema. De su mencionada obra, las nueve décimas partes se ocupan de congregaciones y de órdenes. Como en el resto de ella, su argumentación se reduce á copiar pasajes vulgarísimos é inoportunos de escritores ortodoxos y heterodoxos. ¿Cree el Cardenal Sancha que esto es suficiente? ¿Ignora que abierta la compuerta á las autoridades no hay verdad posible, y que todas las causas pueden sostenerse con testimonios y nombres igualmente respetables? Siguiendo el método y empleando el recurso del Cardenal Sancha en favor de las asociaciones religiosas, las han combatido los anticlericales franceses, fundándose en que, durante la Revolución francesa, el famoso Barnave, el mismo que en nombre de la libertad y de la conciencia pidió que se revocase el edicto de los Reyes que arrojaba á los jesuítas y tronó contra la medida de exigir al clero el juramento civil, reconoció



en teoría que los institutos religiosos son «incompatibles con los derechos del hombre», en lo cual fue imitado y apoyado hasta por el monárquico Dupont (de Nemours), que consideraba aquellas corporaciones «como un gran crimen contra la naturaleza y contra la sociedad».

Pero lo que, sobre todo, necesita respuesta, es la insinuación, repetida en multitud de pasajes de *El Kulturkampf internacional*, que parecen suponer que en la historia de España todo lo debemos á las órdenes religiosas en enseñanza y civilización, y que el pueblo español ha sido siempre refractario á la expulsión y odio hacia las dichas órdenes, «especialmente hacia los jesuítas». Del alcance de esta popularidad del jesuitismo en nuestra patria, popularidad tan preconizada por el Cardenal Sancha, va á juzgar el lector por algunos interesantes datos históricos que me place recordar á mi antagonista y á sus partidarios y admiradores. Procuraré ser todo lo conciso que el carácter de mi obra requiere.

Madrid fue siempre enemiga de que los religiosos se encargasen de la enseñanza: desde 1483 sometió la elección de profesores á los Ayuntamientos, que los eligieron laicos: durante casi toda la mitad del siglo xv había resistido á la invasión de los frailes en las aulas. Como los estudios entonces no eran gratuitos, aquéllos se valieron de la estratagema de darles este carácter, no perdonando medio para atraerse la niñez y la juventud é introduciéndose en los hogares, donde sobornaban á su placer á las inocentes madres de familia. Así es como llegó á establecerse en 1495 una escuela gratuita en el convento de San Francisco; pero el Ayuntamiento presentó tal oposición que se alteró varias veces el orden público y aun se dió el caso de anunciarse por pregón en las calles que se impondría la multa de 2.000 maravedís al ciudadano cuyos hijos no fuesen á recibir la enseñanza al estudio del Municipio por ir al del convento. Por si esto no bastase, á comienzo del siglo xvi se apeló al Rey, que concedió una provisión en que se ordenaba á los vecinos de la corte que llevasen los niños á los estudios



públicos. Otra real provisión (1521) prohibió la enseñanza pública de la gramática en otros centros de instrucción que no fuesen los de la villa.

El establecimiento de la Compañía de Jesús dió más fuerza á las ambiciones del clero, y con nuevos y más poderosos apoyos tendió á consolidarlas. No se hizo esperar mucho el merecido á tal conducta: los seculares acogieron la pretensión de la nueva orden con una indignación general, según consta del profesor Venegas. Y aunque el Rector de los jesuítas trató de seducir á los Regidores municipales, comprometiéndose á dar gratuitamente su enseñanza y aun á sostener dos profesores públicos con el mismo sueldo de 25.000 maravedís que daba la villa, todo fue en vano. El pueblo madrileño presentó la más dura resistencia á estas transacciones. «Nuestra enseñanza, exclamaba el jesuíta Rivadeneyra, tiene muchos contrarios, que han levantado contra nosotros clamoreo inmenso.» Venían por lo común esos jesuítas con poca ó ninguna erudición y menos espíritu pedagógico: ¡considérese, pues, qué frutos y qué resultados produciría su enseñanza! El primero que llamó la atención sobre el conjunto de estos resultados, fue precisamente un jesuíta, el insigne Mariana. Las frases que con tal motivo dejó escapar de su pluma, vienen quemando la sangre á los clericales, pero todavía no han sido refutadas. A mí me sirven grandemente para oponerlas á las afirmaciones del Cardenal Sancha y desvirtuarlas.

Mariana rechazó terminantemente los efectos de la enseñanza de la Compañía, y con objeto de alejar el peligro de que el resto de los españoles dejase de dedicarse al progreso y perfección de los estudios, aprobó que se prohibiese por decreto público enseñar á los profesores jesuítas (profesores que, según Mariana, eran *ignorantes como remendones*). «Hanse encargado los nuestros, decía, de enseñar las letras de humanidad... leen de ordinario dos ó tres años lo que no saben ni quieren aprender. Enseñan á los oyentes impropiedades y barbarismos que nunca pueden olvidar. No hay duda sino que en España hoy se



sabe menos latín que hace cincuenta años. Creo yo, y aun antes lo tengo por muy cierto, que una de las causas más principales de este daño es estar encargada la Compañía de estos estudios; que si la gente entendiese bien el daño que por este camino se hace, no dudo sino que por decreto público nos quitarían estas escuelas, como se ha empezado á tratar. Veamos si sería buen Gobierno que en los otros oficios se permitiesen los enseñasen los remendones con color de que son hombres de bien y enseñan virtud á sus aprendices... Antiguamente los preceptores, como gastaban toda la vida en aquel oficio, unos sabían preceptos, otros poesía, otros erudición; entre los nuestros apenas hay quien sepa de esto. Los seculares por ver los puestos ocupados no se dan hoy á estas letras y profesión... ningún premio tiene la Compañía para las letras. De la misma manera tratan al letrado que al ignorante... Hay falta de predicadores señalados... lo mismo se puede decir de la erudición eclesiástica y letras humanas, que están muy caídas. No las honran, antes bien, las tienen en poco.»

El juicio que Mariana formó de la enseñanza jesuítica es el de cuantos la conocieron y experimentaron de cerca, y Mariana no hizo más que ponerle el sello de su enérgica expresión. Fray Diego de Carvajal, en su *Arte de gramática latina*, abundaba en las mismas ideas, acusando á los jesuítas de querer arrogarse el derecho exclusivo de la enseñanza de la juventud. Otro religioso, Fray Sebastián de Padrón (1), escribía lo siguiente: «Vinieron (los jesuítas) con intentos de matar las enseñanzas pasadas, y con el pretexto de dar lección gratuita acabarán con lo que queda de nobleza de las artes con bárbaros ejercicios en sus cátedras.» Se ha dicho, con exactitud, que la anteposición de los intereses de clase á los generales fue lo característico del jesuitismo y lo que en mayor daño fecundó de sus educandos y discípulos. Privada de su ideal verdadero por los mismos á quienes competía realizarlo entusiastamente,

(1) *Información de costumbres y maldad de los tiempos* (1585).



la enseñanza quedó reducida á un ministerio servil y se perdió en todo género de granjerías y hasta de vicios. Una multitud de pseudo-clérigos inundó los palacios de la nobleza, procurando, con exquisita sutileza, imbuir á los hijos de las grandes casas en sus vulgaridades y devociones. Unos fundaron en el *ite et docete* del Evangelio el exclusivismo de la enseñanza para los ministros de Dios; otros invocaban los principios ultramontanos, y hubo fraile dominico que llegó á sostener que el clero era el depositario de la ciencia y del arte y que bastaba para resolver los problemas científicos el juicioso y prudente conocimiento de las Escrituras. No es posible olvidar á este respecto la viva descripción que hace Picatoste de aquel estado de cosas: «Apoderados los jesuítas de la enseñanza; suprimidos los estudios de latín y humanidades, que llegaron á tener tantas rentas en España y que favorecieron tanto la cultura y la instrucción pública; alejados de la enseñanza los profesores particulares, que tan buenos recuerdos dejaron en las ciencias y en las letras; erigidos los Seminarios, que ofrecían una enseñanza, aunque barata y con porvenir, impropia para los que no se dedicaban á la Iglesia; perseguidas hasta su supresión las Academias y los estudios especiales, y heridas de muerte las Universidades por la triple amistad y desconfianza de la Corona, de la Inquisición y de los jesuítas, la instrucción pública cayó en un abandono y en unos vicios que *crearon la ignorancia de que no hemos salido todavía.*»

Es error vulgarísimo el de retrasar el movimiento antijesuíta hasta estos días de lucha con el monopolio clerical. España, cuando defendía y veneraba al Papa, cuando catolizaba y civilizaba á América, era cuando más se quería *uropeizar*; y una agitación tan importante contra los jesuítas como la del año 1627 en Alemania, en los Países Bajos y en Italia, tuvo tal eco en nuestro país, que en 26 de Febrero recibió la Universidad de Salamanca en pleno claustro al comisionado de la de Lovaina, Cornelio Jansenio, que venía á hacer propaganda de secularización académica enfrente de las preten-



siones de la Compañía de Jesús, y habiendo pronunciado una elocuente oración latina en ese sentido, fue calurosamente aplaudido por los doctores.

Hay otro suceso subsiguiente y muy notable, que denota el espíritu contrario al jesuitismo del profesorado español de aquella época. El día 20 de Abril del año citado celebrábase en Salamanca una junta, en la que tomaron parte los más ilustres profesores, movidos por la aspiración de resistir á la influencia jesuítica, recurriendo en demanda al Rey, que, aleccionado á lo que parece por los jesuítas, contestó atentamente indicando que no quería creer que aquel documento proviniese de la respetable Corporación, y dictando una orden humillante que aquella recogió con esta determinación adoptada tantas veces por nuestro pueblo ante las arbitrariedades de la Corona: «Obedézcase y no se cumpla.» Evitó, pues, la Universidad dar una contestación opuesta á sus convicciones. Los jesuítas, siguiendo su ordinaria diplomacia, dejaron hacer y precisaron su plan; esperaron tranquilamente que acabaran de apelar, y continuaron granjeándose el favor del Monarca hasta quedar dueños del campo, adquirir las rentas de los estudios y destruir, por último, todo cuanto en su contra se había escrito (1).

Nació de aquí un disentimiento general de poblaciones que ha conmovido también á España recientemente, y que tiene la particularidad de haberse manifestado en las dos que hoy van á la cabeza de la reacción anticlerical: Zaragoza y Valencia. La primera mostró tal desprecio y odio para las ambicio-

---

(1) Algunos papeles, sin embargo, se libraron de la destrucción. Se conserva una representación impresa en la Biblioteca de San Isidro de Madrid. Esta representación es un documento de gran importancia, como revelación de por qué se suprimió la Academia de Ciencias, cuyos libros y aparatos pasaron á poder de los jesuítas. Consta de cuarenta y nueve párrafos, que no copio á causa de su prolijidad, y concluye con esta observación: «La primitiva Compañía de Jesús la examinó el Señor, y uno le vendió.»



nes jesuíticas, que no permitió se estableciesen los hijos de San Ignacio en ninguna de tres casas que tomaron en 1555. Un solo vecino les regaló dos años más tarde un edificio de su propiedad, que ellos trataron de convertir en templo; pero los zaragozanos promovieron escándalos tales, que el Virrey y el Vicario general no fueron bastante para sojuzgarlos. Se excomulgó públicamente á los jesuítas, se mataron candelas, se cantó el salmo de «la maldición,» se puso fuera de gremio á los que siquiera los tratasen, hasta el extremo de echar por esta causa de las iglesias á personas principales; se huía de ellos como de gente apestada, se les pintaba acompañados de demonios en cedulones fijados hasta en las puertas de las iglesias, se les silbaba, perseguía y apedreaba por los muchachos, y en nadie encontraban favor, ni en el Prelado, ni en las religiones, ni en el pueblo. En fin, bajo pretexto de marchar á convertir moriscos, salieron los jesuítas de Zaragoza entre las zumbas y los silbidos de la plebe. ¡Luego extrañamos que las turbas de hoy cometan idénticos desmanes! (1). Valencia rivalizó con la ciudad del Ebro. Hasta mediados del siglo xvii soportaron los valencianos la estancia de los jesuítas, pero limitándoles las horas y materias de su enseñanza, prohibiendo todo roce entre sus alumnos y los de la Universidad, y promoviendo continuados tumultos y *escopetades de una y altra part, inquietant la pau pública*. Ya ve, pues, el Cardenal Sancha que Valencia no es tan afecta á las Ordenes religiosas como él se figura y propala contra el parecer de Morote, para

(1) Inútil es añadir que los jesuítas, con su acostumbrada tenacidad, volvieron á Zaragoza y establecieron (1580) escuelas de latín y de pupillaje, que fueron cerradas á petición de los jurados de la población; las de latín en 1581 y las de pupillaje en 1588. Con todo, no cesaron y abrieron de nuevo aulas de humanidades, pero de nuevo las cerraron los zaragozanos en 1618. Luego, cuando se inició en Salamanca la guerra académica al jesuitismo, la Universidad de Zaragoza fue la primera en prohibirle la enseñanza y obligar á sus estudiantes á no asistir á ninguna clase de los jesuítas. Este espíritu, verdaderamente aragonés, duró hasta la expulsión de la Compañía.



quien la ciudad del Turia «va en la vanguardia de la civilización, de la cultura, de la libertad, de la república y de la democracia».

¿Qué decir ahora de las inmorales y perniciosas máximas con que los jesuitas pretenden dirigir la conciencia de sus educandos y de los hombres en general? Una juiciosa escritora de aquella época, citada á este propósito por Picatos-te, protestaba ya contra aquel casuismo y aquella tiranía de la vida, que lo preceptuaba todo, en los siguientes términos: «¿No sería necia prudencia de un Rey que mandase á cincuenta sabios escribir á su hijo, nieto y biznieto todo lo que en su existencia han de hacer y decir por sus horas en cada hora y en cada día, y en cada semana, y en cada mes, y en cada año de toda la vida; y estos cincuenta sabios cada uno le escribiese muy grandes volúmenes, que así era menester, y que su hijo y descendientes fuesen obligados á mirar aquellos libros todos de los sabios, y buscar cada hora lo que habían de hacer y seguir al que mejor dijese? Con razón dirían el hijo y el nieto al Rey: padre, mayor trabajo es buscar entre tantos libros lo que tengo de hacer á aquella hora y ver lo que todos dicen para tomar lo mejor, que no hacerlo; y después de tanto trabajo, lo mismo ó mejor lo hiciera yo á mi juicio.»

Fleury, aunque eclesiástico, previó á donde iría á parar este método dogmático de la ética casuística. «Los casuistas, decía, han introducido dos medios de dejar reinar el pecado: uno excusando la mayor parte de las culpas; otro facilitando sus absoluciones. Las nuevas devociones introducidas por algunos religiosos han concurrido al mismo efecto de disminuir el horror á los pecados. Se puede llevar un escapulario y rezar el rosario todos los días, sin perdonar al enemigo, restituir el bien mal adquirido ó dejar la concubina. De ahí viene también la devoción exterior al Santísimo Sacramento: se quiere mejor adorarle expuesto ó seguirle en procesión, que disponerse á comulgar dignamente.»

Y no se nos diga que los jesuitas han modificado su método



educativo, acomodándolo á las necesidades de los tiempos posteriores. Esas modificaciones, para ser aceptables, tendrían que suponer la formación de un plan nuevo; pero no es así. Con motivo de la última modificación del *Ratia et instituto studiorum societatis Jesu*, el P. Roothann, General de la Orden, declaró terminantemente que «nada esencial puede ser objeto de mudanza en un plan cuya eficacia está acreditada por tantos siglos de experiencia». Se ve aquí el quietismo académico llevado á su último límite.

Insistamos sobre la oposición que existe entre la educación moral jesuítica y la educación moral humanitaria: se oponen en su raíz, en su aplicación y en sus frutos. Los jesuítas manejan, sobre todo, los resortes de la emulación, de la acusación y de los castigos. Pero, por de pronto, la emulación no podrá servir nunca de base á ningún sistema educativo que busque la verdadera moralidad. La emulación, en el sentido lato empleado por los educadores jesuítas, abandona el único medio legítimo de impulsar al cumplimiento del deber, que es el amor desinteresado al trabajo y el prudente temor de Dios, temor que prepara á la obediencia y que es en extremo necesario, pues predispone al niño para los obstáculos y contrariedades que deberá experimentar más tarde como hombre, aun cuando no le agraden ni le produzcan emulación. Lo mismo pasa con la acusación: tal como la concibe la pedagogía jesuítica es una denuncia de las faltas de los compañeros, denuncia fundada en la intolerancia. Por eso el niño educado en casas de jesuítas carece de todo sentimiento de fraternidad, caridad é indulgencia para los defectos y flaquezas del prójimo. Nada menos cristiano que un tal espíritu. Más próximos al acierto están los medios disciplinarios, en especial el castigo de una falta de recogimiento en los ejercicios de piedad con nuevos y prolongados ejercicios del mismo género. Pero este castigo, no obstante su legitimidad, envuelve un evidente y peligroso resultado: se podría llegar á conseguir que el niño concluya por juzgar indiferentemente las cosas santas y mire las prácticas del culto



como cosa puramente mecánica y exterior. Y si este procedimiento cabe todavía cuando se trata de castigar, sus inconvenientes se tocan al llegar al terreno de las recompensas. Se corre entonces el riesgo de hacer hipócritas y desfigurar con la imprudencia del elogio la raíz y fondo íntimo de la verdadera piedad. Por otra parte, ¡cuántas veces no sucede que un individuo avergonzado por los superiores delante de los compañeros sale del colegio dispuesto á tomar revancha por medios innobles y solapados! Tal contraproducción de resultados no puede ser explicada certeramente sino por el espíritu intolerante de la Orden. La severa disciplina á que se hallan sometidos los discípulos de los jesuitas es una consecuencia natural del principio que domina en la Orden de que «la voluntad de todos debe identificarse con la del Superior, respetarse y ejecutarse como la voluntad de Jesucristo». El sistema de los jesuitas condena toda independencia y toda libertad, no sólo fuera del catolicismo, sino en el seno mismo de la religión católica (1). «Es la moral del religioso, que ha hecho voto de obediencia, dice Fouillée, más que la del hombre y el ciudadano libre. «Corres de aquí para allá, pero no hallarás reposo más que en la humilde sumisión á un jefe.» «¡Qué grande es no pertenecerse á sí mismo!» *¡Sui juris non esse!* La idea del derecho es lo que aquí se repudia, el comercio de los hombres lo que se rechaza y el hastío de la vida social lo que inspira estos sentimientos. Semejante doctrina fomenta la tristeza y la inercia: preocupada con el solo cuidado de aproximar el hombre á Dios, permanece indiferente ante las grandes injusticias sociales» y aun ante las grandes injusticias eclesiásticas. Esta fué la causa de las expulsiones que sufrieron.

Pero ¡las expulsiones! Ved aquí una página que no podéis quitar á la historia del jesuitismo y que más significativamente que ninguna otra indica lo siniestro de sus orígenes y de sus

(1) Paroz: *Histoire universelle de la pédagogie*, obra donde la erudición y la sagacidad corren parejas con la pureza de doctrinas. De ella me he servido con provecho.



finés. Los ultramontanos y los clericales se han esforzado en justificar con mil subterfugios la conducta de Clemente XIV, y siempre, á mi modo de ver, con poquísimos éxitos. La comparación que se ha querido establecer entre el proceder de aquel Pontífice y el del capitán de una embarcación que ante un naufragio inminente y total se desprende, á pesar suyo, y lanza al mar el cargamento más preciado para él: esta comparación, digo, no es exacta, y si se toma al pie de la letra resulta absurda. A menos que se quiera considerar á los jesuitas como una cosa inanimada en la Iglesia y como una *carga* para el Papa (lo que en realidad de verdad es bastante cierto), hay que reconocer que en aquella ocasión no entendieron bien la náutica religiosa y ni aun de lastre sirvieron. Ellos se llaman á sí mismos los «indispensables pilotos»; pero durante la mencionada borrasca la nave de Cristo, sin su técnica, llegó perfectamente al puerto.

La falta de apoyo en el Evangelio de las asociaciones religiosas es tal, que nadie en el clero secular ni en el regular ha intentado probarlo citando hechos históricos, y se ha tenido que apelar á las falsedades de la tradición. El Cardenal Sancha no ha citado tampoco ninguno, y le habría venido de perlas para concluir, como concluye que «la vida de los religiosos comenzó desde la predicación de los apóstoles», apoyándose en un texto discutible de Casiano y otro truncado del pseudo-Areopagita. El día que el Cardenal Sancha me presente un solo hecho bien probado que demuestre que el establecimiento de las congregaciones es de institución evangélica, borraré cuanto he escrito sobre este particular.

Queda una cuestión, que para el Cardenal Sancha no debe serlo, pues ni siquiera la menciona, y es que las órdenes religiosas de la España actual ejercen sin dispendio ni obstáculo alguno industrias de todas clases, con grave perjuicio de los industriales laicos. Me consta, por relación de testigos que viven y darán de ello testimonio si es preciso, que varias fábricas de esta corte se han arruinado y visto en la precisión



de llegar á inverosímiles recursos de baratura por causa de la competencia del industrialismo conventual. ¿Será, por lo tanto, posible que el Gobierno continúe tolerando y permitiendo á sangre fría una desigualdad tan irritante? ¿Habremos de fundar en la libertad de asociación un abuso tan marcadísimo y tan injustificado? Lo que se desprende clarísimamente de tal hecho es que no se ha extinguido aún completamente la raza de los que Jesús tuvo que arrojar del templo.

Por lo demás, como dijo hace tiempo Víctor Hugo, «los conventos ofrecen una cuestión compleja. Cuestión de civilización, que los condena; cuestión de libertad, que los protege». El dogma de la tolerancia, que predicamos todos, se aviene muy mal con las hazañas de Waldeck-Rousseau. Esas hazañas son, seguramente, irritantes arbitrariedades y apasionamientos odiosos. Sin embargo, no es preciso exagerar su extemporaneidad, pues que inconscientemente habían sido preparados por el espíritu unitario y anti-individualista de la Francia de todas épocas, ni, sobre todo, su tendencia inhumanitaria, porque no se ve que hayan provocado una protesta verdad en el resto de las naciones. En cuanto á España, baste haber consignado la perfecta impopularidad pasada y presente de las órdenes religiosas, haciéndoles, por otra parte, la justicia de creer que procurarán con el tiempo acomodarse y adaptarse al medio nacional, sin extralimitarse en el ejercicio de las funciones de su ministerio.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.



# EL RENACIMIENTO

## Y SU INFLUENCIA LITERARIA EN ESPAÑA (1)

---

Es el Renacimiento un período histórico caracterizado por la universal resurrección que en él se verifica de las formas y de las ideas antiguas. Comenzó imitando: así, Giotto y su escuela copiaban una estatua, un motivo ornamental; pero poco á poco se desligaba el artista de la sujeción al modelo, á medida que lo iba penetrando más. Por eso la resurrección á que nos referimos no fue una mera copia ó servil imitación de modelos más ó menos perfectos, sino que latén en toda ella ideales nuevos, tendencias de libertad y amplitud hasta entonces desconocidas, contradicciones de mera forma unas, de radicales principios otras. Y como sólo de la comparación racio-

---

(1) Son obras clásicas acerca del Renacimiento en general:—J. Burckhardt: *Die Cultur der Renaissance in Italien*. 2 vol. en 4.º de xxii-384 y viii-396 págs. Leipzig, E. A. Seemann, 1899. (7.ª ed.)

Georg Voigt: *Die Wiederbelebung des classischen Alterthums oder das erste Jahrhundert des Humanismus*. Dritte Auflage, besorgt von Max Lehnerdt. Berlin, G. Reimer, 1893. 2 vol. en 8.º de xvi-591 y 543 páginas.

Ludwig Geiger: *Renaissance und Humanismus in Italien und Deutschland*. Berlin, 1882.

J. Symonds: *Renaissance in Italy*. 2 vol. en 8.º—London, Smith, Elder and Co. 1898.

Eugène Müntz: *Histoire de l'art pendant la Renaissance*. Paris, Hachette, 1889, y sigs.



nal, del examen abierto, de la lucha de ideas, nacen las convicciones arraigadas y los progresos verdaderos, de ahí la excepcional importancia que semejante revolución ofrece para la historia de la cultura.

Universal decimos, fue semejante resurrección, ó lo que es lo mismo, no representó en sus primeros momentos tendencia hostil á instituciones ó sistemas determinados, porque empezó por ser casi exclusivamente formalista. Antigüedad sagrada y profana fue indistintamente objeto de las nuevas investigaciones, y al mismo tiempo que los humanistas y renacientes sacaban á luz á Horacio y á Juvenal, á Propercio y á Tibulo, á Lucrecio y á Ovidio, á Tito Livio y á Lucano, á Luciano y á Xenofonte, publicaban ediciones críticas de Prudencio y Yuvenco, de San Jerónimo y San Cipriano, de San Agustín y Lactancio, de Paulo Orosio y Eusebio de Cesarea, del Nuevo Testamento y de las *Vidas de los Santos Padres*.

Como toda impulsión nueva, trajo consigo el Renacimiento en sus albores, notables y muy varias exageraciones. Sadoleto, Bembo, Buonamico, Pablo Cortés, León X, llevan hasta el extremo su admiración entusiasta por el insuperable decir de Tulio. Policiano recuerda maravillosamente la manera de Ovidio en sus inmortales elegías, y la de Salustio en el *Comentario* acerca de la conjuración de los Pazzi, y el culto de la Antigüedad llegó á tal término, que, al decir de Brenckmann, guardábase en Florencia el famoso ejemplar de las Pandectas como depósito sagrado, dentro de una caja de riquísima labor, en el antiguo palacio de la República. Si algún viajero deseaba contemplar el precioso códice, los frailes y magistrados, con la cabeza descubierta y un cirio en la mano, eran los encargados de mostrárselo. El Cardenal Bembo, secretario de León X, contaba en el Sacro Colegio catorce Cardenales *paganos*; y Bessarión, Príncipe también de la Iglesia, deplorando la muerte de Gemistho Pléthon, le felicita por haber ido á reunirse con los *Dioses del Olimpo, y á celebrar con ellos el coramístico de Iaccho*.



El afán de ilustración era inmenso. Ejemplo curioso de ello ofrece el *Hodaeporicon* ó memorias de las aventuras y correrías escolares de Juan Butzbach, y las *Memorias* del profesor é impresor de Basilea Tomás Platter.

La narración de este último es típica, por lo cual vamos á insertar aquí algunos párrafos de la misma:

«Había crecido ya mucho—escribe—para ir por las calles cantando y recogiendo limosna. Me vi, pues, en gran miseria. Vivía en casa de una vieja; ¡sabe Dios el hambre que allí pasé! Cuando nada tenía que comer, rogaba á la vieja que me diese un poco de sal, que echaba en agua hirviendo y bebía luego para calmar el hambre... Esta desdichada vida duró hasta que entré en casa del Maestro Henrich Werdmuller para enseñar á sus dos hijos. Allí me puse á estudiar en serio. Quería aprender á la vez el latín, el griego y el hebreo. Privábame del sueño, y, para no dormir, me llenaba la boca de agua ó de arena que crujía entre los dientes. Sin ayuda de nadie estudié á Luciano y á Homero. En cuanto al hebreo, recibí algunas lecciones de Bibliandro, que había escrito una Gramática hebráica; como era pupilo de Myconio, iba á su casa por la mañana temprano y copiaba su Gramática mientras dormía, cosa que no ha llegado á saber nunca.—Este mismo año, Darmion Irmí, de Basilea, escribió á Pellicano, de Zurich, que marchaba á Venecia, encargándole trajese Biblias en hebreo á bajo precio. Le pidió doce; cada una costaba una *corona*. Yo poseía una *corona*, procedente de la herencia paterna que poco antes había recibido; compré una Biblia y comencé á estudiar. Pronto varios sacerdotes me rogaron les enseñase el hebreo; entre ellos había un anciano de ochenta años.—Vino por entonces á Zurich un joven de Lucerna, Rodolfo Collín, hábil é instruído, de oficio cordelero, que me llevó á Constanza. Una vez que se estableció en esta ciudad y que hubo obtenido el grado de Maestro, supliquéle me enseñase su oficio. Me respondió que no tenía cáñamo. Yo conservaba algún dinero de la herencia de mi madre; compré un quintal de cáñamo y



aprendí lo mejor que pude. Pero duraba en mí el amor al estudio, y cuando el maestro creía que dormía, copiaba en secreto sus versiones de Homero. Durante el trabajo, tenía siempre al lado á Homero y estudiaba al mismo tiempo que hacía cuerda. Echólo de ver un día, y me dijo:—«Platter, *pluribus intentus minor est ad singula sensus*; estudia ó trabaja.» Cierta día, durante la cena, me preguntó cuál era el primer verso de Píndaro;—

Ἀριστον μὲν ὕδωρ.

(El agua es ciertamente lo mejor),

respondí. Bueno (dijo riéndose), sigamos á Píndaro, y puesto que no tenemos vino, bebamos agua... Trabé amistad con varios estudiantes, que querían que yo recibiese el grado de Doctor y se ofrecían á presentarme á Erasmo, quien me recomendaría al Obispo. Ambos vinieron en efecto á buscarme un día que trabajaba en la plaza de San Pedro, donde ayudaba á hacer una gruesa cuerda; pero sus instancias fueron inútiles, porque yo estaba resuelto á aprender bien mi oficio.»

Pero si ese afán de ilustración era grande, no menos extraordinaria era la agitación de los espíritus, como puede verse en la correspondencia de Erasmo, ni menos considerable la extensión de los conocimientos. La erudición de los humanistas tenía, por punto general, carácter enciclopédico. A la manera que Miguel Angel y Leonardo de Vinci eran, á la vez que pintores, escultores, arquitectos, músicos y poetas, los eruditos del Renacimiento acostumbraban á llevar de frente todas las disciplinas. A la edad de veinticuatro años publica Pico de la Mirándola, en Roma y en las principales ciudades de Italia, sus 900 tesis *de omni re scibili*, desafiando á duelo literario á todos los doctos de su época; y para no hablar más que de nuestra patria, Lebrija, Vives, Fox Morcillo, el Brocense y Arias Montano, son, á la vez que gramáticos y retóricos, matemáticos, físicos, teólogos, políticos, filósofos y astrónomos.



No brillaba ciertamente la moralidad en los palacios de los magnates ni en las Cortes de los poderosos, como lo revelan, entre otros documentos de la época, las interesantes memorias de Benvenuto Cellini, pero muchos rivalizaban en proteger las letras y las artes. Ahí están para demostrarlo los nombres de Alfonso V el Magnánimo de Aragón, Francisco I de Francia, los Viscontis de Milán, los Estes de Ferrara, los Gonzagas de Mántua, León X y los Médicis de Florencia. Juan II de Portugal escribe á Policiano llamándole «*viro peritissimo et amico suo*»; «*honorabile devote dilecte*» llama Cárlos V á Erasmo, y Cosme, Pedro y Lorenzo de Médicis favorecen á Marsilio Ficino, regalándole una lindísima casa de campo, rentas eclesiásticas y pensiones. El último de los magnates citados hace donación á Policiano de una *villa* amenísima en la comarca de Fésoli, en cuyo delicioso retiro compone el gran poeta sus bellas elegías *Nutricia* y *Rusticus*. Y ocioso es hablar del favor dispensado á los artistas.

\*  
\* \*  
\*

Conviene distinguir, sin embargo, cuando de los humanistas del Renacimiento se trata, la que ha recibido el nombre de falange meridional, la de los Vallas, Policianos, Bembo, Sadoletos y Fracastorios, de la septentrional, principalmente representada por Erasmo, Agrícola, Reuchlin, Ulrico de Hutten, Santiago Locher, Conrado Celtes y Eobano Hesso. Empleando una comparación, cabría decir que median entre ambas direcciones relación y diferencia análogas á las que existen entre los dos grandes artistas Alberto Durero y Rafael de Urbino. Gusta el primero de lo abstracto y de lo filosófico, pero hay cierta exageración en los rasgos típicos de sus personajes; fáltale la gracia—dice Michiels—y todos sus cuadros «recuerdan al viejo bárbaro de las hordas germánicas». Más ideal el segundo, sabe imprimir en sus creaciones el sello de sobrenatural pureza y encantadora sublimidad que las caracteriza. Pues



otro tanto acontece respecto de las dos direcciones del Humanismo á que nos referimos; la septentrional profesa un culto menos devoto de la forma que la italiana, busca más bien la idea, detiéndose más en las cosas, y cuando lucha muestra menos arte, menos astucia, pero más energía y mayor rudeza que la segunda. En suma, como ha dicho muy bien el señor Menéndez y Pelayo, el Renacimiento en Italia y España es más artístico; en los países del Norte más batallador y agresivo.

\*  
\* \*

El Renacimiento del helenismo comienza verdaderamente en Italia en el siglo XIV, y tiene su principal foco en Florencia, á donde Palla Strozzi hizo ir en 1396 á Manuel Chrysoloras, «padre—advierde A. Didot—de toda una generación de helenistas». Después, Nápoles con Alfonso V de Aragón, Ferrara con los Estes, Mántua con los Gonzagas y Venecia con Aldo Manucio, continúan la obra y contribuyen poderosamente al esplendor del Renacimiento.

No es esto decir que el comercio intelectual entre griegos y latinos hubiese cesado por completo con el establecimiento de los bárbaros sobre las ruinas del Imperio de Occidente. La cultura hispano-goda; la que tanto resplandeció en la corte de los Hohenstaufen—Federico II y Manfredo de Sicilia;—el movimiento literario de Irlanda en los siglos VI, VII y VIII; el de la corte de Carlo Magno, y el de la de Alfonso el Sabio de Castilla, bastarían para certificarnos de lo contrario, pero preciso es reconocer que semejante comercio no pasaba de una superficialidad deficiente.

«Los hombres de la Edad Media—escribe Pedro de Nolhac en su hermoso libro sobre *Petrarca*—han leído y copiado con frecuencia, sin duda, las obras paganas; pero ninguno de ellos conoció más que un cierto número de las mismas, y ninguno tampoco las llegó á comprender por completo. Los maestros



de gramática han tomado en los autores ejemplos para la enseñanza técnica, los teólogos ó los filósofos les han copiado textos en apoyo de un sistema; ninguno ha penetrado ni aun llegado á sospechar la naturaleza del espíritu antiguo. Ciertos italianos, á la verdad, han conservado con veneración el recuerdo de los grandes escritores de Roma, desfigurado en la leyenda popular y tan vago aún en los literatos. Brunetto Latini es del número de estos discípulos intuitivos de la antigüedad. Dante, sobre todo, por el respeto que demuestra á los maestros de Grecia y Roma, la mayor parte de los cuales no son más que un nombre para él «reconoce en ellos los eternos educadores de la humanidad» [Gebhart]; pero ¡qué de confusiones y de errores en la visión del pasado por Latini ó por Dante, y cuán incompleta es su información! Aun los escritores cuya erudición es más vasta, un Albertano de Brescia, por ejemplo, no hacen más que amontonar citas, frecuentemente mal colocadas, ó desfiguradas por la interpretación de que son objeto. Es preciso que nuestro poeta aparezca, para que se produzca un movimiento duradero y un ilustrado retorno á los Antiguos.»

Por eso M. Arturo Piaget observa con fundamento que es un error, por lo que á Francia respecta, hablar de un *renacimiento* y de un *primer humanismo* en tiempo de Carlos V. El humanismo se caracteriza por haber reanimado la inteligencia y el sentimiento de la belleza antigua, y esto es de lo que no tuvieron idea los traductores del siglo xiv. Los Príncipes y señores que les encomendaban trabajos, no iban guiados por el sentimiento artístico, sino por el deseo de instruirse y de instruir á los demás en las verdades contenidas en los libros latinos y reservadas hasta entonces á los clérigos.

\*  
\* \*

Pero había cierto peligro en esa insaciable curiosidad de lo antiguo que tan generalmente se despertó en el siglo xv, y era



el de que no salieran bien libradas altas y seculares instituciones, porque del menosprecio de la forma á la censura de la idea va menos distancia de lo que á primera vista parece, así como va muy poca también del enaltecimiento absurdo del símbolo á la irracional mistificación de lo representado.

Muy luego pudo echarse de ver la realidad del peligro en aquella celeberrima corte literaria que á los Médicis rodeaba en Florencia. «A la vez que el racionalismo místico de Ficino, de Pico y de sus amigos y concurrentes al palacio de los Médicis—manifiesta Berti Domenico,—instaurábase en las letras el politeísmo, que pronto degeneró en un materialismo asqueroso. Los más ilustres literatos, sacerdotes, profesores de la Universidad, hombres de Estado, mancharon sus escritos con todo género de suciedades. Antonio Beccatelli, llamado *el Panormita*, publicaba, con el título de *Hermaphrodita*, una colección de poesías latinas obscenísimas, que dedicaba á Cosme, padre de la patria. Juan Pontano, que tuvo tanta parte en el gobierno de Nápoles, escribía versos que no cedían en lascivia al *Hermaphrodita*. Hacíanles coro Francisco Filelfo, con sus sátiras y su libro *De iocis et seriis*, y Poggio Bracciolini, su antagonista, con sus *Facetiae*. Venían luego Landino con su *Xandra*, Policiano con otros de menor cuantía, y á corta distancia Lorenzo el Magnífico con sus *Canti carnascialeschi*,»

De Gemistho Plethon cuenta Jorge de Trebisonda, en su *Comparatio Platonis et Aristotelis*, haberle oído decir en Florencia que no pasarían muchos años sin que todos los hombres adoptaran de común acuerdo y con idéntica inclinación una sola religión, luego que recibieran la instrucción elemental de sus principios. Añade que, preguntado Plethon si esa religión de que hablaba sería la de Cristo ó la de Mahoma, respondió el sabio humanista: «Ni ésta ni aquella, sino una tercera que apenas se distinguirá del paganismo.»

Filelfo y el mismo Trapezuncio, escribían al Sultán de Turquía elevándole hasta las nubes y aclamándole libertador del mundo, enviado por Dios para reunir la humanidad ente-



ra bajo su cetro. De Policiano refiere Manlio, que hacía más aprecio de las odas de Píndaro que de los salmos de David, y que aborrecía sobre todo la lectura del Breviario, hasta el extremo de declarar en cierta ocasión: «Helo leído una sola vez, y jamás he perdido el tiempo de peor manera.» Razón semejante, es á saber, el hablar mal del Breviario y el criticar el latín de los Evangelios, fue una de las que motivaron el proceso formado por la Inquisición al Brocense.

Análogas tendencias se descubren en el humanismo septentrional. Conocidos son los anatemas fulminados contra Erasmo por sus adversarios, á causa de haber censurado aquél á los Papas «*qui et silentio Christum sinunt abolescere, et quaestuariis legibus alligant, et coactis interpretationibus adulterant, et pestilente vita iugulant*», hablado mal de los frailes, condenado el celibato de los clérigos, y expuesto no muy católicas doctrinas acerca de la confesión auricular, el culto de los santos y de las imágenes, las indulgencias, etc., etc. Ulrico de Hutten, ó sus adeptos, escriben las inmortales *Cartas de los hombres oscuros—Epistolae obscurorum virorum*,— y en ellas presentan al clero torpe, vicioso, materialista y sensual, orgulloso de sus títulos académicos, pero ignorante, grosero y enemigo declarado de los amantes de la antigüedad clásica. Y no es para olvidada la original figura de aquel Pedro Luder, sacerdote y humanista alemán, instaurador en su patria de los nuevos estudios. Pobre como un escolar, de inalterable buen humor y devotísimo de Baco y de Venus, era Luder poco rigorista en materias de religión. Cuéntase de él que, habiendo tenido noticia en Basilea de que los teólogos querían denunciarle como hereje porque dudaba de la Trinidad, dijo que antes que dejarse tostar, creería, si se lo pidieran, hasta en la divinidad cuádruple.

Aun el mismo Cardenal Sadoletto, Secretario de León X, parece coincidir con el fundamento de las censuras, cuando, defendiendo á la Iglesia romana, decía en su carta á los calvinistas de Ginebra: «*Odisse forsitan personas nostras potestis*



(*si id ab Evangelio conceditur*), *doctrinam certé et fidem habere odio non debetis, scriptum est enim: Quae dicunt, facite*», palabras éstas últimas que Cristo aplicó á los fariseos.

Tales eran los principales caracteres de la revolución literaria que repercutió en España durante el reinado de los Reyes Católicos, y fue representada en primer término por el insigne Elio Antonio de Lebrija, quien después de amamantarse por espacio de dos lustros á los pechos del Renacimiento italiano, volvió á su patria con ánimo de desterrar la barbarie antigua y sustituir los Perottis y los Pastranas por nuevos y más científicos trabajos, empresa para cuya realización fue alentado por el ilustre D. Alonso de Fonseca, Arzobispo de Sevilla.

## II

No obstante, antes de tal época se habían señalado entre los españoles muchos y muy importantes precursores de aquel movimiento.

Merced á los trabajos de A. Jourdain, ha sido apreciada la importancia histórica del famoso colegio de traductores que reunió en torno suyo el gran Canciller de Castilla y Arzobispo de Toledo, D. Raimundo, de 1130 á 1150. A la cabeza de ese colegio estaba el arcediano Domingo Gundisalvo, y allí mismo trabajaron Miguel Escoto—primer introductor de Averroes entre los latinos,—Hermann el Alemán, Gerardo de Cremona, Alfredo Morlay, judíos como Juan Hispalense, y Andrés—auxiliar de Miguel Escoto—con otros varios. Como ha dicho Ernesto Renan: «la introducción de los textos árabes en los estudios occidentales, divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas perfectamente distintas»; ahora bien, al colegio de traductores toledanos se debe principalmente esta obra memorable.



Los nombres de San Isidoro de Sevilla, del Arzobispo Don Rodrigo, de Don Alonso el Sabio y de D. Juan Manuel, son buena prueba de que la tradición clásica no se había interrumpido entre nosotros, siquiera en los tres últimos predominara la corriente oriental.

Figura inolvidable en la historia de los albores de nuestro Renacimiento es la del gran Maestro de San Juan de Jerusalén, Fray Juan Fernández de Heredia, el autor de *La grant cronica de Espanya* y de *La grant cronica de los conqueridores*. Gracias á la solicitud de este ilustre prócer, la *Historia* de Eutropio, las *Vidas* de Plutarco, y otros importantes textos, fueron traducidos de los originales en dialecto aragonés. La *Société de l'Orient latin* ha publicado recientemente la *Crónica de Morea*, compilada por orden del mismo Fray Juan Fernández de Heredia.

El estudio de nuestras Bibliotecas medioevales—apenas iniciado—y el de la literatura de nuestros Cancioneros, habrían de arrojar mucha luz acerca de los orígenes del Renacimiento.

En ciertos recibos dados por Don Alonso el Sabio al Monasterio de Santa María de Nájera y Cabildo de Albelda, en Santo Domingo de la Calzada, á 22 de Febrero de la Era de 1308, reconoce el Monarca haber recibido en préstamo de los referidos Monasterios:—«Las ediciones de Donato, Statio de Tebas, el Catálogo de los Reyes Godos, el Libro Juzgo de ellos, Boecio de Consolación, un libro de Justicia, Prudencio, Georgicas de Virgilio, Ovidio, Epístolas, la Historia de los Reyes é de Esidro el Menor, otro Donato, el Barbarisio, Bolicas de Virgilio, Liber illustrium virorum, Preciano Mayor, Boecio sobre los diez Predicamentos, el Comento de Cicerón sobre el sueño de Scipión.» Dice que se le prestaron además otros libros: «el uno de ellos es el libro de los Cánones, é el otro el Esidoro de Etymologias, é el otro el libro de Casiano de las Collaciones de los Santos Padres, é el otro el Lucan.»



Hojeando los inventarios de las Bibliotecas de D. Enrique de Villena, del Marqués de Santillana, de los Condes de Haro, del Duque de Béjar, de los Condes de Benavente, de Batres, del Duque de Calabria, y sobre todo los de las librerías del Príncipe de Viana y de Isabel la Católica, se comprende cómo paulatinamente se fue acentuando el caudal de los elementos de instrucción en España y preparándose la era del Renacimiento. Ya el Príncipe de Viana posee á Demóstenes, Cicerón, Aristóteles, Justino, César, Elio Lampridio, Nonio Marcelo, Tito Livio (en epítome), Plinio, Tácito, Quinto Curcio, Diógenes, Laercio, Quintiliano, Plutarco, Séneca—que apenas falta en ninguna Biblioteca medioeval,—Valerio Máximo y hasta «*Los evangelis en grech*» y «*Un alfabet en grech.*»

La Corte de Don Juan II de Castilla es el preámbulo inolvidable del Renacimiento español. Cierto es que, á excepción quizá de Alonso de Cartagena y de Don Enrique de Aragón, ningún otro de los literatos de aquella época llegó á tener conocimiento del idioma griego; pero tampoco Dante ni Petrarca pudieron leer jamás á Platón ni á Homero sino en versiones latinas. En cambio, este último idioma era conocido con relativa perfección, y por tal medio se lograba tener noticia de las obras de la antigüedad clásica. Así, Pedro Díaz de Toledo traducía el *Axioco*, el *Fedro* y el *Fedon* y recordaba los argumentos de Sócrates para exhortar al desprecio de la muerte y á la condenación del suicidio en el *Razonamiento que fizo sobre la muerte del Marqués de Santillana*. Así este insigne prócer tenía en su Biblioteca las *Éticas* de Aristóteles y podía disfrutar á Homero, Laercio, Tito Livio, Lucano, Macrovio, Valerio Máximo, Eutropio, Floro, Virgilio, Horacio, Ovidio, Terencio, Estacio Papinio, Claudiano, Séneca, Plinio, Salustio, Suetonio, César, Cicerón, Quintiliano, Juvenal, Frontino, Casiodoro, Boecio, Dante, Petrarca, Aretino, Boccaccio, etcétera, si no en sus originales en versiones, pues el Marqués era de los que *caresciendo de las formas, eran contentos de las materias*; y así también Don Enrique de Aragón poseía, entre



o tros autores, á Platón, Xenofonte, Hipócrates, Catulo, Apuleyo, Aulo Gelio, Justino y Vegecio. El mismo D. Enrique de Villena traducía á Virgilio, Pero López de Ayala á Tito Livio, y Fernán Pérez de Guzmán y Mosén Diego de Valera se esforzaban por recordar en sus escritos la manera de Salustio y de Tácito.

En los poetas que figuran en los numerosos Cancioneros españoles del siglo xv y principios del xvi obsérvase claramente el prurito de mostrarse competentes en clasicismo, para lo cual á cada paso traen en sus versos recuerdos de la antigüedad. Ahí están Juan de Andújar, Diego del Castillo, Juan de Tapia, Carvajal, Juan de Mena y el Marqués de Santillana, en el Cancionero de Lope de Estúñiga; Alfonso Alvarez de Villa Sandino, Fray Lope del Monte, Diego Martínez de Medina y Micer Francisco Imperial, en el de Baena; Hernán Pérez de Guzmán, Gómez Manrique, Diego de Burgos, Jerónimo de Artés y Garci Sánchez de Badajoz, en el de Hernando del Castillo (1511), que no nos dejarán mentir, para no mencionar otros muchos.

Late en muchos libros, opúsculos y discursos escritos durante el siglo xv, un anhelo de clasicismo, un deseo de resucitar la majestad de pensamiento y la belleza formal de las obras antiguas, que revelan á las claras la proximidad de una nueva etapa de civilización. Juan de Lucena, familiar de Eneas Silvio Piccolomini (Pío II), en su *Libro de Vida Beata*; el Condestable D. Pedro de Portugal, hijo del Infante Don Pedro, en su *Sátira de felice é infelice vida*, y en su preciosa *Tragedia de la Reyna Isabel*; el Doctor Pedro Díaz de Toledo en su *Diálogo e razonamiento en la muerte del Marqués de Santillana*; el poeta Rodríguez de la Cámara ó del Padrón en todas sus obras, y muchos otros literatos del siglo xv, demuestran la afirmación precedente.

\* \* \*



De la importancia que llegó á atribuirse por entonces al estudio del latín, como un medio de penetrar los secretos de buena parte de la antigüedad clásica, nos certifica Gracia Dei en su curioso tratado: *Crianza e virtuosa doctrina, dedicada á la Reina Isabel*. Allí escribe:

«Entré una sala do ví enseñar  
 todos los pages á vn grand maestro,  
 por que fuese cada vno diestro  
 de ser enseñado y saber enseñar  
 en leer, escriuir, tañer y cantar,  
 dançar y nadar, luchar, esgrimir  
 arco y ballesta, *llatinar y dezir*,  
 xedrez y pelota saber bien iugar».

Y Juan de Lucena, en su *Epístola á Fernand Alvarez Zapata*, dice:—«El que latín non sabe, asno se debe llamar de dos piés», añadiendo empero:—«Ca sólo latin non és más saber que saber otra lengua, lo cual non solamente los omes, que aun las aves lo saben, papagayos, cuervos, picas, tordos, malvises, linerudos y todas las aves que tienen lenguas redondas hablarán latin, y aun greco, si les muestran.»

¡Qué dolor tan profundo y tan sencillo el de algunos de estos estudiosos del siglo xv cuando observan su ignorancia de los idiomas clásicos y la insuficiencia de los romances para expresar con galanura su pensamiento! Por eso, cuando hablan vulgarmente, todo lo latinizan ó procuran latinizarlo: vocablos, giros, sintáxis.

Es típico, y da á conocer con bastante exactitud el carácter de la época, el siguiente trozo del *Libro de Vida Beata*, compuesto en Roma por Juan de Lucena:

«EL OBISPO (1). Nuestra lengua primera bárbara, fecha romana despues, al guarismo se es tornada: si cerca es del latin, lexos es ya del palacio: palabra latina no se fabla de gala,

(1) Don Alonso de Cartagena.

E. M.—Febrero 1902.



y por desfrazo góticos, hahe letronizados de un palmo se scriuen. Nosotros, señor Marqués, no vayamos tras el tiempo; forcemos tornar el tiempo á nos otros; fablemos romance perfecto, y do será menester, fablemos latino: qui lo entiende, lo entienda; el otro quede por necio: murmuración invidiosa no temamos, y grosera redargución tengamos en poco: la una se roe royendo, y de grossa la otra, rebienta.

EL MARQUÉS (1). Bien veo, reverendo Padre, que por mi ocasión t'esfuerzas romanizar lo que apenas latino se pronuncia. Nascio en Grecia la philosophia. Sócrates la llamó desdel cielo. Después de Sócrates, el tiempo que Bruto liberó á Roma, Pithagoras la sembró por Italia. Tú agora trasplántasla en España. ¡Beata ella, felice Castilla! Para ella nasciste quando nasciste, no para tí solamente. Tú de cauallería, de re publica, de fe cristiana escreuiste vulgar, y las obras famosas del moral Séneca nuestro vulgarizaste. Si con Johan de Mena fables á solas, latino sermón razonarías. Yo lo sé. ¡O me mísero! Cuando me veo defectuoso de letras latinas, de los fijos de los hombres me cuento, mas no de los hombres. Fablar' e, pues, como supiere. Do errare, enmienda, y suple do vieres mi mengua.»

Vivió á fines del siglo xv un singular personaje, del cual apenas se tienen más noticias que las que á continuación damos. Llamóse el Doctor Ferrant Núñez, y fué del Consejo Real y médico del Duque del Infantado. A este magnate dedicó dos curiosos opúsculos, todavía inéditos, rotulado el uno: *Prohemio e declaracion del verdadero nombre de amor, intitulado al tractado de amiçia*; y el otro: *Principio et introduction a un excelente tractado de la bienauenturança*. En el preámbulo del primero se lamenta de ejercitar su balbuciente lengua «en este vulgar, que pierde el dulçor de la eloquencia et en que

(1) De Santillana.



ningún buen stillo se puede tomar como en la sacra lengua latina». En el segundo tratado, su confesión es más ingenua; terminando—no sin gran esfuerzo—el prefacio, dice á su protector:—«Et ante que comience, crea uuestra señoría que con tan grand pena se escriue en romance, que non puede ser cosa más penosa e de mayor trabajo.»

\*  
\* \*

En la corte de Alfonso V el Magnánimo, es donde mejor se echa de ver la transcendencia y significación de la reacción novísima; allí sorprendió á los entendidos la universal sabiduría de un Fernando de Córdoba; maravilló á los doctos la ilustración de un Príncipe de Viana; encantó á los cultos la discreción de un Eneas Silvio; regocijaron á los maldicientes las maliciosas agudezas de los Panormitanos, Trapezuncios, Vallas, Filelfos y Poggios, y pudo disfrutarse de los entusiasmos metafísicos de los Gazas y Bessariones. De aquella Corte, que rivaliza en esplendor con las de los Médicis y León X, en las que brillaron los Ficinos, Landinos, Policianos, Pulcis, Bembo, Sadoletos, Pomponazzis y Jovios, arrancan poderosos impulsos de nuestra cultura renaciente.

Algún tanto remisa anduvo España, sin duda alguna, en obedecer á la tendencia por el Humanismo representada, y preciso es reconocer también que una vez instaurado el último en nuestra patria—á lo cual no contribuyeron poco los trabajos de los erasmistas—todavía hubo rutinarios de aquellos perezosos é indolentes, de quienes dijo el Brocense «que aun después de descubierto el uso del trigo, continuaron alimentándose con bellotas, por no dejar los hábitos antiguos». Pero con creces indemnizó luego aquel retraso durante el siglo XVI, cual lo demuestra esa gloriosísima falange de filólogos, historiadores, filósofos, teólogos, jurisconsultos y literatos, entre los cuales baste recordar, aparte de Vives, á Lebrija, el Pinciano, Juan Ginés de Sepúlveda, Luis de la Cadena, Juan de



---

Vergara, los Valdés, Melchor Cano, Cardillo de Villalpando, el Brocense, Luisa Sigea, Pedro Juan Núñez, Fox Morcillo, Arias Montano, Gouvea, Juan Gélida, Matamoros, Pedro de la Rúa, Simón Abril, Páez de Castro (el cronista de Felipe II), Francisco Sánchez, Antonio Agustín, y mil más que sería ocioso mencionar aquí.

Después, ese movimiento cambió de rumbo, y en vez de llegar á la restauración del verdadero espíritu antiguo para lograr vivir la vida de aquellos pueblos que de modo tan superior la comprendieron, se trocó en una imitación estrictamente formal y en materia de curiosidad erudita. En tal sentido, la historia del Renacimiento, como la de los grandes hechos en general, enseña que ninguna evolución se realiza por completo en un momento dado, y que es en vano dar por terminada la obra de las revoluciones, cuando los ideales que representan encierran soluciones totales de la vida.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.



# UN GEÓGRAFO ESPAÑOL

---

D. RAFAEL TORRES CAMPOS

---

Si algún día se escribe á conciencia la historia interna de la España contemporánea, habrán de salir á luz personalidades modestas que, ocupando las primeras filas en sus respectivas profesiones, trabajando constantemente con lisonjero éxito por la cultura y el adelantamiento del país, sacrificándose muchas veces en aras de las empresas generosas á que su vocación las llama, no han realizado, sin embargo, grandes descubrimientos científicos, ni despertado la opinión pública al golpe de geniales arranques literarios, ni buscado en la política la fama que el Parlamento y la prensa otorgan con harta facilidad á tantas inteligencias mediocres y á tantos corazones corrompidos.

Silenciosamente, huyendo del brillo fugaz y de la gloria deleznable, con la vista siempre fija en un ideal elevado, van poco á poco estos utilísimos obreros haciendo su fecunda labor. No se pagan de vanas exterioridades, ni las pompas mundanas les seducen, ni el desdén del vulgo los contraría, ni los amedrenta la animadversión de los espíritus mezquinos. Miran las cosas desde muy alto y consagran lo que son y lo que valen á la ciencia y á la patria, prescindiendo sin esfuerzo de



todo otro interés. Y cuando, andando el tiempo, algún observador se asombra de que España no sea completamente africana todavía, á pesar de lo que para conseguirlo hacen la mayor parte de los españoles; cuando acá y allá, fijándose bien, se encuentran atisbos de civilización, señales de vida europea, progresos con que no se contaba, maravilla será que se acuerde nadie de que lo que parece obra del azar ha sido trabajosamente conquistado á costa de luchas sin término por personas cuyos nombres permanecen en la obscuridad, pero cuya fuerza latente se revela á cada paso y nos mantiene unidos á Europa más y mejor que las apariencias de un régimen constitucional y otras ficciones semejantes.

De esos hombres es D. Rafael Torres Campos. Sin duda lo conocen cuantos estudian y trabajan seriamente en España de treinta años á esta parte y cuantos en el extranjero siguen con algún interés la marcha de nuestros asuntos; pero si se pregunta por él fuera de este reducido círculo, pocos sabrán responder. El representante de cualquier distrito rural que haya acertado á mover un ligero escándalo en el Congreso, será cien veces más popular que este trabajador, cuya vida se ha gastado entera en educar á la juventud, en formar hombres y en dirigir la atención de las gentes hacia las cuestiones geográficas, tratadas con una elevación y una competencia que lo colocan al nivel de los primeros geógrafos de Europa.

La Academia de la Historia ha consagrado ahora sus grandes méritos, llamándole á ocupar el sillón que dejó vacante D. Luis Vidart; pero la inmortalidad relativa y discutida de nuestra Academia no quita exactitud á las observaciones precedentes.

## I

Geógrafo, Torres Campos lo es por convicción. Dedicado desde muy joven á la carrera de Administración Militar, hubo de encomendársele la cátedra de Geografía de la Academia de



Ávila, y desde entonces puede decirse que ni un solo momento dejó de consagrar su atención á este género de estudios. Profesor muy distinguido de la Institución libre de Enseñanza y de la Escuela Normal Central de Maestras y el colaborador más íntimo de D. Manuel Ruiz de Quevedo en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, la Geografía es, no obstante, la que da mayor relieve á su personalidad.

Pero la Geografía no es para él solamente una disciplina científica, á que pudo dedicarse con preferencia á otras; sino materia de educación y de ejercicio para el pensamiento, y á la par orientación hacia ideales patrióticos, sin los cuales España no saldrá nunca de su triste estado actual. Como se ha hablado recientemente de política hidráulica y de política pedagógica, puede y debe hablarse de política geográfica. La emigración, la colonización dentro y fuera de la Península, las relaciones internacionales, son problemas que en ella han de encontrar sus datos. Por abandono constante de esa política, por olvido de las enseñanzas de nuestros geógrafos, por desconocimiento de los términos en que se plantean en el mundo las cuestiones geográficas, hemos venido á parar en lo que somos: nación completamente aislada, sin rumbo fijo en cuanto á su vida exterior, víctima resignada de las injurias y los despojos de los fuertes.

El Sr. Torres Campos lo ha advertido así constantemente, y sus predicciones se han cumplido, por desgracia. Hablando de la utilidad de los estudios geográficos, decía en 1892: «De no poner mano España brevemente en este asunto con propósito reformista; si nos obstinamos en ocupar un lugar entre los pueblos que ignoran la Geografía y sigue el *statu quo*, el mal no tendrá remedio; lo que ahora nos sucede nos sucederá siempre. Serán raros los Ministros que conozcan nuestras posesiones y que se preocupen de nuestros intereses. Faltarán no sólo opinión que impulse á seguir una política amplia y á buscar en el exterior los recursos y los elementos de prosperidad que en el propio suelo nos falten, sino también funcionarios



que sepan gobernar y hacer producir á las colonias y comerciantes é industriales que puedan dirigir con fortuna sus negocios en vista de la complejidad de las causas, á veces lejanas, que actúan en el mundo y de las cuales dependen ya hoy la prosperidad y la ruína. La decadencia más y más acentuada, la anulación, el empobrecimiento, vendrán como natural consecuencia y merecida sanción de nuestro atraso y de nuestra incultura (1).»

En otro trabajo lamenta la indiferencia reinante respecto de estos asuntos. «España, dice, después de la modesta y seria labor de Cervera y Quiroga, de Iradier, Ossorio y Montes de Oca, no piensa en exploraciones, ni toma parte en la obra de los pueblos cultos para conseguir el cabal conocimiento del planeta; permanece totalmente separada del movimiento en favor de los viajes científicos... En colonias dominadas durante siglos, no hemos creado todavía medios de penetración, y existen en el interior de las islas españolas sábanas infranqueables, inextricables maniguas y misteriosos bosques, que sirven á maravilla para la prolongación de las guerras... El elemento español está profundamente dividido en las colonias, y resulta por esto casi impotente. Los partidos antillanos se han combatido á sangre y fuego, siendo muchas veces tratados como traidores los hombres que tenían el sentido de la realidad y tendían á evitar previstas desdichas, mediante una política de amplias concesiones que hoy todos aceptan, por desgracia demasiado tarde. (Esto se escribía en 1897)... Olvidando que ningún pueblo puede ser dominado por la fuerza sin una política de violencia que désacredite al país que la emplea y que suponga sacrificios desproporcionados con los beneficios que la colonia reporte, se sostiene que la dura represión, el mero escarmiento y el saludable efecto del terror constituyen eficaces recursos para combatir el filibusterismo y mantener

---

(1) Memoria presentada al Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano de 1892.



la tranquilidad en las colonias... Ignorantes en Geografía, no sabemos lo que pasa en el mundo y no podemos aprovechar las experiencias de fuera... Estamos tan desorientados, que cuando España se asocia á la obra común de los pueblos cultos y realiza algo que significa exploración de nuevas comarcas, creación de vías de penetración á países incomparables, adelanto positivo y valioso de la colonización española, la opinión, mal informada, reniega de la gloriosa campaña de Mindanao y la coloca torpemente entre las causas de la insurrección tagala.»

»De aquí, añade, nuestras desdichas; de tal conjunto de circunstancias sólo podían resultar las tristezas presentes. Por ellas se explica que cuando otros pueblos extienden y hacen prosperar sus dominios nosotros permanezcamos estacionados, si no decaemos, y por falta de acertada y oportuna aplicación de nuestros esfuerzos, malgastemos dolorosamente en sangriento duelo los elementos que debieron haber servido para el desarrollo de la prosperidad en los dominios coloniales... (1).»

No hay que decir que la opinión pública y el Gobierno no llegaron á hacerse cargo entonces ni después de los atinados consejos del Sr. Torres Campos. Vivíamos en pleno reinado de la *Marcha de Cádiz*, y á los directores de las fuerzas del país les parecía imposible dejar de dominar por la fuerza á los insurrectos de Cuba y Filipinas, cuya derrota, como después la derrota de los americanos, tenían ya descontada los estrategias de café. Era la época de la política condensada en la frase célebre: «sacrificaremos hasta el último soldado y gastaremos hasta la última peseta», de que tantos beneficios reportó España.

Pero sea la que quiera su eficacia, las frases copiadas señalan, á mi juicio, el sentido de toda la obra geográfica del Sr. Torres Campos. No es que prescindiera de la Geografía teórica; si tal hiciera, le faltaría la base de todos los trabajos ul-

---

(1) *La Geografía en 1897* (primer semestre).—Madrid, 1897.



teriores; pero procura, sobre todo, deducir de ella enseñanzas provechosas, que profusamente esparce por libros, conferencias y lecciones.

Bastarían para demostrarlo sus excelentes *Memorias* sobre el progreso de los trabajos geográficos, redactadas como Secretario de la Sociedad Geográfica de Madrid. Pocos libros podrían consultarse con más fruto para seguir el movimiento de la Geografía en las ideas y en los hechos; pero los asuntos en que se detiene con mayor complacencia son siempre aquellos de que cabe deducir una lección, y especialmente una lección para España.

Así, en la de 1896 estudia preferentemente la apertura de las Puertas de Hierro en el Danubio, la insurrección de Creta y la cuestión de Oriente; los conflictos entre Rusia é Inglaterra en Asia, el peligro amarillo; el fracaso de Italia en Abisinia, la expedición á Dongola y la invasión del Transvaal (1); en las de 1897, la cuestión de Oriente y la guerra turco-griega, los progresos de la colonización rusa, las exploraciones comerciales en Oriente, la exploración completa del Níger, las primeras disensiones entre ingleses y boers, preparación de la guerra actual, la federación en el Centro-América, la alianza de Colombia y Venezuela, la cuestión anglo-venezolana, el jubileo de la Reina Victoria de Inglaterra, la crisis de las nacionalidades en Austria-Hungría, la cuestión del Extremo Oriente, las competencias entre Inglaterra y Francia en el Africa, la anexión de Hawai á los Estados Unidos, etc. (2).

Todos estos asuntos son tratados con acabado conocimiento de sus aspectos más importantes, incluso desde el punto de vista del Derecho internacional, y con tal acierto, que en la mayoría de los casos se han resuelto como la manera de plantearlos las *Memorias* permitía prever.

(1) *La Geografía en 1896*.—Memoria leída en la Junta general de la Sociedad Geográfica de Madrid el 15 de Diciembre de 1896.—Madrid, 1897.

(2) *La Geografía en 1897* (primer semestre).—Madrid, 1895.—(Segundo semestre).—Madrid, 1898.



El mismo sentido campea en otros trabajos del Sr. Torres Campos, diseminados por varias Revistas, como el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, el de la *Sociedad Geográfica de Madrid* y la *Revista de Geografía Comercial*. No tienen, tampoco, otro carácter algunas de las conferencias reunidas en el notable libro que tituló *Estudios Geográficos*, tales como la Campaña contra la esclavitud y los deberes de España en Africa, el Congreso y la Exposición de Geografía en París en 1889, Portugal é Inglaterra en el Africa Austral, el reparto de Africa según los últimos tratados, los problemas del Mediterráneo, el Congreso y la Exposición de Geografía de Berna y la cuestión de Melilla, estudios de cuyo conjunto ha dicho, con su gran autoridad, el Sr. Coello que «puede sacarse un plan completo para la regeneración de nuestro país y para nuestra política colonial y exterior, plan que debería formar un Código común para todos nuestros partidos políticos, que se llevara á cabo invariablemente y sin suspenderlo ó modificarlo á cada paso (1)».

Aun en publicaciones que á primera vista parecen responder á otras miras, se advierte igual preocupación. *La Geografía en 1895*, Memoria sobre el VI Congreso Internacional de Ciencias Geográficas celebrado en Londres, (del cual fue el Sr. Torres Vicepresidente); *Nuestros ríos*, serie de conferencias explicadas en el Fomento de las Artes, verdadero modelo de esta clase de trabajos; las hermosas monografías tituladas *Recuerdos de la montaña* y *Un viaje al Pirineo y Santa Maria de Lebeña*, son buena prueba de ello. Hasta la conferencia del Ateneo de Madrid sobre *España en California y en el Noroeste de América*, y el Discurso de recepción en la Academia, aunque consagrados á dilucidar puntos históricos, no prescinden del aspecto geográfico, ni del interés nacional (2).

(1) *Estudios geográficos*, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Francisco Coello.—Madrid, 1895.

(2) *España en California y en el Noroeste de América*. Madrid, 1892. *Carácter de la conquista y colonización de las Islas Canarias*: Discurso



De este modo, el Sr. Torres Campos ha venido á ocupar con sus libros y folletos un lugar distinguido al lado de los que, como Rodríguez Arroquia, Gómez Arteche, Botella, Coello, Costa, Fernández Duro, Ferreiro, etc., etc., constituyen el núcleo principal de los geógrafos españoles contemporáneos; pero manteniendo una representación propia que le ha valido importantes distinciones de los Congresos geográficos de Londres París, Berna, Lorient, Budapesth y otros, á los cuales concurrió como Delegado de España.

## II

Escribir libros notables; seguir paso á paso, día por día, el movimiento científico en una rama del saber; traer á la patria las novedades, los progresos, las reformas que se realizan en países más adelantados, es ya mucho; pero vale más aún, en mi opinión, la obra pedagógica realizada por el Sr. Torres Campos, con esclarecido celo y verdadero tesón en la Institución libre de Enseñanza, en la Escuela de Institutrices, en la Escuela Normal de Maestras, en la Sociedad Geográfica, en el Centro del Ejército y la Armada, en el Ateneo, en el Fomento de las Artes, donde quiera que puede prestar algún servicio á la educación nacional, prescindiendo para ello muchas veces hasta de los cuidados que reclama su salud.

Muchas de las conferencias se han publicado y citadas quedan más arriba; pero de las lecciones profesadas con carácter familiar en las clases de aquellos centros de enseñanza pocas han trascendido al público. Y, sin embargo, son quizá lo más notable, y sin quizá lo más útil de cuantos trabajos ha realizado y realiza el Sr. Torres Campos. Hay que contem-

---

leído en la Real Academia de la Historia el día 22 de Diciembre de 1901.  
Madrid, 1901.



plarle ante el encerado explicando Geografía descriptiva; hay que ver cómo, sin ser dibujante, traza mapas con increíble rapidez y de memoria, poniendo de relieve lo que más interesa para cada lección; manejando continentes y mares, islas y tierra firme, naciones y provincias, datos y estadísticas, el conjunto como los detalles, con perfecto dominio del asunto y admirable habilidad pedagógica. Su palabra es entonces elocuente y persuasiva; su enseñanza, sencilla y clara; los alumnos la siguen con profundo interés.

Media un abismo entre la Geografía que casi todos hemos aprendido, reducida, por regla general, á una lista seca de nombres y de cifras, confiada á la memoria sin tener siquiera á la vista los mapas, y la Geografía viva, animada, *organizada*, si vale la palabra, que enseña Torres Campos; en la cual parece que cada accidente de la Naturaleza y cada transformación humana adquieren personalidad propia y desempeñan especial papel.

Él mismo ha expuesto su sistema al referir el estado de esta enseñanza en las naciones europeas más cultas. «La antigua cátedra desaparece; el aparato teatral y escolástico que servía para *levantar* al maestro y alejarlo de los discípulos para que difundiera el saber desde las *alturas*, comienza á ser una manifestación arqueológica, á que conservan afición los espíritus menos abiertos á las nuevas corrientes; y el laboratorio, el taller en que trabajan en común profesores y alumnos, el sitio destinado á la acción, reemplaza al aula ó templo de la oratoria didáctica.

«La Geografía no es un estudio que se puede seguir dentro de los cuatro muros de una clase en lecciones teóricas, dirigidas á un auditorio casi desconocido. Sirve la mera exposición para ofrecer los resultados adquiridos por la ciencia y para abrir camino; pero el medio de seguir éste, de recorrerlo con fruto y de que el alumno se forme por el propio esfuerzo como un investigador y como un maestro, es la obra del Seminario...

«No basta la Geografía recogida en los libros y en las car-



tas; es necesario el examen directo de los fenómenos terrestres, ponerse en contacto con la Naturaleza, estudiar los accidentes en sí mismos, único medio, después de todo, de que las descripciones usuales, las cartas ó los relieves, despierten imágenes reales y vivas, y nos hablen en lenguaje claro y significativo, merced al auxilio que para la interpretación de lo convencional presta el conocimiento de los tipos. Por eso las excursiones son un procedimiento en boga...

Aplica, pues, el ilustre profesor el método que M. Marion llamaba *activo*, y que puede considerarse como una de tantas manifestaciones del método intuitivo. Pero no señalando á los alumnos con nombres de naciones y provincias, para componer después los mapas haciéndolos cambiar de sitio,—parodia de los procedimientos racionales que tanto ha llamado la atención de los *dilettanti* de la Pedagogía en ciertas escuelas cuyo fundador es, sin duda, más digno de admiración y de alabanza por su generoso apostolado para establecerlas, que por las novedades pedagógicas que ha puesto en práctica. No; el método intuitivo es otra cosa, y más lo desacreditan que lo ensalzan quienes lo complican con semejantes puerilidades. Enseñar primero la Geografía que está al alcance del alumno; la que seguramente sabe sin darse cuenta de ello, desde el momento en que se mueve dentro de su casa, en la escuela, en la calle, en el campo; hacerle contemplar los fenómenos de la Naturaleza; mostrarle su representación en la esfera y en los mapas, después que aprenda cómo se construyen éstos; ponerle siempre que sea posible en contacto con la realidad, y elevarlo después al conocimiento de cuanto puede concurrir á su ilustración y á despertar el gusto por estos estudios, enlazando la descripción de la superficie de la Tierra con los datos que ofrecen la Geología de un lado y de otro la Sociología; y en todo esto considerar al educando como un elemento activo de su propia educación; interesarlo en ella; procurar que la verifique por sí mismo, sirviéndole el profesor de guía: tal es en sus líneas generales lo que hay que hacer para conformarse



con los cánones de la Pedagogía, y lo que el Sr. Torres Campos practica habitualmente en sus clases.

En este punto bien puede afirmarse que representa una verdadera renovación, comparable con la realizada por el señor Cossio en el dominio de la Geografía astronómica y de la Geografía física, con sus admirables lecciones normales del Museo Pedagógico.

Las excursiones escolares habían de ser, dado este sentido de la enseñanza, un instrumento precioso, y en efecto, el señor Torres Campos las recomienda en una interesante conferencia (1) y, lo que vale más, las practica con alumnos de la Institución libre (Santander, Asturias, Pirineos, Guadarrama) y con alumnas de la Escuela Normal y de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer (alrededores de Madrid, Guadarrama, Toledo, Alcalá de Henares, Guadalajara, etc.).

Sus mapas y pizarras para la enseñanza de la Geografía por el método gráfico y la excelente colección de mapas murales, que publicó en colaboración con M. Vidal de la Blache, completan en este punto su fisonomía científica.

Hay que considerar, pues, al nuevo académico,—y es el aspecto más simpático de su personalidad, con serlo tanto todos,—como un geógrafo-educador ó como un educador-geógrafo.

### III

Pero es, además, un practicante en la esfera de aquella política geográfica á que aludía al principio. No pertenece á la numerosa legión de los que lanzan al viento la semilla y creen con esto terminada su labor, sin preocuparse de que germine ó se pierda. Labra la tierra, coloca el grano en

---

(1) *Conferencia sobre viajes escolares.*—Madrid, 1882.



el surco en condiciones favorables, y cuando ha nacido la planta la rodea de cuidados hasta verla crecida y fuerte. Siempre ha permanecido en primera línea cuando se ha tratado de llevar á la práctica las ideas con tanta fe predicadas.

Citaré para demostrarlo sólo las campañas recientes de la Sociedad Geográfica, cuya Secretaría desempeñó con gran acierto varios años y en cuyo seno trabajó incesantemente al lado de los Sres. Coello, Botella, Fernández Duro, Ferreiro y Beltrán, y las de la Sociedad de Africanistas y Colonistas, después de Geografía comercial, que patrocinaron tantos hombres ilustres y especialmente el mismo Sr. Coello, que la presidió, siendo su alma un eminente polígrafo cuyos servicios á España se han señalado brillantemente en las múltiples esferas que abarca su actividad: el Sr. Costa.

Suele seguir el Sr. Costa en la organización de las fuerzas que lanza á la conquista de sus nobles ideales el sistema que para construir cañones recomendaba el artillero del cuento: se toma un agujero y se le rodea de hierro. Toma él también un agujero, lo rodea de personas prestigiosas, hablando á unos en nombre de la ciencia, á otros en el del patriotismo, á los de más allá en el del interés y á algunos en el de la vanidad, y hete formada una asociación heterogénea, en medio de la cual queda siempre el hueco que ha de llenar el fundador con su talento asombroso y su prodigiosa actividad. Así nació y vivió la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, á quien se debe lo poco que modernamente hemos hecho en Africa; así se formó la Sociedad de Geografía Comercial, organizadora de la memorable expedición de Cervera y Quiroga al Sahara y que tan grandes servicios prestó en la cuestión de las Carolinas, en la de Marruecos y en la de las posesiones españolas del Golfo de Guinea, desde el Níger al Gabón, determinando un movimiento geográfico que, de haberse sostenido con firmeza, quizá hubiera evitado muchos males. Así se hizo aquella *Revista de Geografía Comercial* que, dejando aparte la escasa intervención del que esto escribe, podía ponerse al lado



de las mejores Revistas geográficas. Así se formó una corriente de opinión, desgraciadamente más ficticia que real, respecto de las cuestiones coloniales y exteriores de actualidad. Así, en fin, llevando á remolque á ciertos elementos políticos, se celebraron aquellas hermosas fiestas en honor de Capello é Ivens, los exploradores portugueses que atravesaron el Africa austral de Mossamedes á Quelimane, fiestas en las cuales, al mismo tiempo que se rendía justo homenaje de admiración á los atrevidos viajeros del pueblo hermano, se perseguían fines patrióticos que dejaron malograr la inconstancia de la opinión y el abandono de los Gobiernos.

Pues bien, en todas esas campañas se halló siempre mezclado y en todas tomó parte muy activa el Sr. Torres Campos, Secretario muchos años de la Sociedad de Africanistas y Colonistas y de la de Geografía Comercial. Nadie prestó al Sr. Costa auxilio tan valioso como él. La correspondencia activa á que obligaba la Secretaría; las tareas de redacción de la revista citada; las exposiciones al Gobierno; la organización de expediciones; la colecta de fondos: á todo acudió con celosa solicitud.

\*  
\* \*

Tal es la obra del Sr. Torres Campos. Lo mismo que á diario lamentamos nuestro atraso respecto de los pueblos civilizados y nuestra profunda incultura, cada vez que un rayo de luz rasga estas tinieblas, hay el deber de señalarlo para que á todos nos sirva de guía, y de ejemplo de lo que pueden una inteligencia cultivada y una voluntad perseverante, aun en las deplorables condiciones que el medio ofrece aquí para el progreso de la ciencia.

ANICETO SELA.

E. M.—*Febrero 1902.*

8



Obras principales del Sr. Torres Campos, agrupadas  
por materias.

GEOGRAFÍA

*Viajes escolares.*—Conferencia en la Sociedad Geográfica de Madrid.—Madrid, 1882.

*La cuestión de los ríos africanos y la Conferencia de Berlín.*—Conferencia en la Sociedad Geográfica de Madrid.—Madrid, 1885.

*La enseñanza de la Geografía por el método gráfico.*—Cartas mudas de España.—París, 1889.

*El Congreso y la Exposición de Geografía de Berna en 1891.*—Madrid, 1893.

*La emigración á América.*—Ponencia presentada al Congreso geográfico hispano-portugués-americano de 1892.—Madrid, 1893.

*Colección de mapas murales* (en colaboración con P. Vidal de la Blache).—París, 1894.

*Aprovechamiento de las aguas fluviales en España.*—Conferencia en la Sociedad Geográfica de Madrid.—Madrid, 1895.

*Estudios geográficos*, con un prólogo de D. Francisco Coello.—Madrid, 1895.

*La Geografía en 1895.*—Memoria sobre el IV Congreso internacional de Ciencias Geográficas celebrado en Londres.—Madrid, 1897.

*La Geografía en 1896.*—Memoria sobre el progreso de los trabajos geográficos, leída en la Sociedad Geográfica de Madrid.—Madrid, 1897.

*La Geografía en 1897* (Primer semestre).—Memoria sobre el progreso de los trabajos geográficos, leída en la Sociedad Geográfica de Madrid.—Madrid, 1897.

*La Geografía en 1897* (Segundo semestre).—Idem id.—Madrid, 1898.

*Coello en las Sociedades Geográficas españolas.*—Discurso leído en la Sociedad Geográfica de Madrid el 29 de Noviembre de 1898.—Madrid, 1898.

EDUCACIÓN DE LA MUJER

*La mujer en el servicio de Correos y Telégrafos.* (En colaboración con D. Manuel Ruiz de Quevedo).—Madrid, 1883.

*La reforma en la enseñanza de la mujer, y la reorganización de la Escuela Normal Central de Maestras.*—Madrid, 1884.



---

*Las profesiones de la mujer.*—Ponencia presentada al Congreso Pedagógico hispano-portugués-americano.—Madrid, 1893.

## MILICIA

*Sobre enseñanza militar.*—Madrid, 1891.

*La contratación en el ramo de Guerra.*—Madrid, 1892.

*La Administración Militar suiza en las maniobras militares de 1891.*  
—Madrid, 1893.

*La cuestión de Melilla.*—Conferencia en la Sociedad Geográfica.—Madrid, 1894.

Discurso en honra y memoria de D. José Valero y Balenguer, en 21 de Noviembre de 1883.—Madrid, 1894.

## ARQUEOLOGÍA É HISTORIA

*La iglesia de Santa María de Lebeña.*—Madrid, 1885.

*España en California y en el Noroeste de América.*—Conferencia en el Ateneo de Madrid.—Madrid, 1892.

*Carácter de la conquista y colonización de las Islas Canarias.*—Discurso leído en la Real Academia de la Historia.—Madrid, 1901.



# IMPRESIONES ESPAÑOLAS

---

## UNA CIUDAD

A lo lejos, una campana toca lenta, pausada, melancólica. El cielo comienza á clarear indeciso. La niebla se extiende en larga pincelada blanca sobre el campo. Y en clamoroso concierto de voces agudas, graves, chirriantes, metálicas, confusas, imperceptibles, sonoras, todos los gallos de la ciudad dormida cantan. En lo hondo, el poblado se esfuma al pie del cerro en mancha incierta. Dos, cuatro, seis blancos vellones que brotan de la negrura, crecen, se ensanchan, se desparman en cendales tenues. El carraspeo persistente de una tos rasga los aires; los golpes espaciados de una maza de esparto resuenan lentos.

Poco á poco, la lechosa claror del horizonte se tiñe en verde pálido. El abigarrado montón de casas va de la obscuridad saliendo lentamente. Largas vetas blanquecinas, anchas, estrechas, rectas, serpenteantes, se entrecruzan sobre el ancho manchón negruzco. Los gallos cantan pertinazmente; un perro ladra con largo y plañidero ladrido.

El campo—claro ya el horizonte—se aleja en amplia sábana verde, rasgado por los trazos del ramaje ombrajoso, surcado por las líneas sinuosas de los caminos. El cielo, de verdes



tintas, pasa á encendidas nacaradas tintas. Las herrerías despiertan con su sonoro repiqueteo; cerca, un niño llora; una voz grita colérica. Y sobre el oleaje pardo de los infinitos tejados, paredones, albardillas, chimeneas, frontones, esquina-zos, surge majestuosa la blanca mole de la iglesia Nueva, coronada por gigantesca cúpula listada en blancos y azules espirales.

La ciudad despierta. Las desiguales líneas de las fachadas fronterizas á Oriente, resaltan al sol en vívida blancura. Las voces de los gallos amenguan. Arriba, en el santuario, una campana tañe con dilatadas vibraciones. Abajo, en la ciudad, las notas argentinas de las campanas vuelan sobre el sordo murmullo de voces, golpazos, gritos de vendedores, ladridos, canciones, rebuznos, tintineos de fraguas, ruidos mil de la multitud que torna á la faena. El cielo se extiende en tersa bóveda de joyante seda azul. Radiante, limpio, preciso, aparece el pueblo en la falda del monte. Aquí y allá, en el mar gris de los tejados uniformes, emergen las notas rojas, amarillas, azules, verdes, de pintorescas fachadas. En primer término, destacan los dorados muros de la iglesia Vieja, con su fornida torre; más bajo, la iglesia Nueva; más bajo, lindando con la huerta, el largo edificio de las Escuelas Pías, salpicado con los diminutos puntos de sus balcones. Y esparcidos por la ciudad entera, viejos templos, ermitas, oratorios, capillas: á la izquierda, Santa Bárbara, San Roque, San Juan, ruinoso, el Niño, con los tejadillos azules de sus cúpulas rebajadas; luego, á la derecha, el Hospital, flanqueado de sus dos minúsculas torrecillas, San Cayetano, las Monjas... Las campanas tocan en multiforme campaneo. El humo blanco de las mil chimeneas asciende lento en derechas columnas. En las blanquecinas vetas de los caminos pululan, rebullen, hormiguan negros trazos que se alejan, se disgregan, se pierden en la llanura. Llegan ecos de canciones, traqueteos de carros, gritos agudos. La campana de la iglesia Nueva tañe pesada; la del Niño tintinea afanosa; la del Hospital llama tranquila. Y á lo lejos,



riente, locuela, juguetona, la de las Monjas canta en menuditos golpes cristalinos...

\*  
\* \*

A la derecha de la iglesia Vieja—ya en la ciudad—está la parte antigua del poblado. La parte anti gua se extiende sobre escarpada peña en apretujamiento indefinido de casas bajas, con las paredes blancas, con las puertas azules, formadas en estrechas callejuelas que reptan sinuosas. Hondas barrancas surcan el arroyo; montículos pelados sobresalen lucientes. Y un angosto pasillo tallado en roca viva conduce á los umbrales, ó unas empinadas escaleras ascienden á las puertas. El sol de Marzo reverbera en las blancas fachadas. En las aceras, un viejo teje pleita ensimismado; una mujer, inclinada sobre aceitosa cabellera, va repasándola atenta hebra por hebra; del fondo lóbrego de una almazara sale un hombre y va colocando en larga rastra los cofines. Y la calleja, angosta, retorcida, ondulante, continúa culebreando hacia la altura. A trechos, sobre la blanca cal una cruz tosca de madera bajo anguloso colgadizo; en una hornacina, tras mohosa alambarrera, un cuadro patinoso...

El laberinto de retorcidas vías prosigue enmarañado. En el fondo de una calleja de terreros tejadillos, el recio campanario de la iglesia Vieja se perfila bravío. Misterioso artista del Renacimiento ha esculpido en el remate, bajo la balastrada, ancha greca de rostros en que el dolor se expresa en muecas horribas. Y en la nitidez espléndida del cielo, sobre la ciudad triste, estas caras atormentadas destacan como símbolo perdurable de la tragedia humana.

Junto á la torre, la calle de las Once Vigas baja precipitada en sus once resbaladizos escalones. Luego, dejada atrás la calle, se recorre una rampa, se cruza la antigua puerta derruida del Castillo, se sale á una pintoresca encrucijada. En el centro, sobre un peñón enjalbegado, se yergue una doble cruz verde



inquieta. La calle de la Morera desciende ancha. Y doblada la esquina, recorridos breves pasos, la plaza destartada del Mercado aparece con sus blancos soportales en redondos arcos, con su caserón vetusto del ilustre Concejo.

Y la edificación moderna comienza: casas anodinas, vulgares, pintarrajeadas; comercios polvorientos, zaguanes enladrillados de losetas rojizas. A ratos, una vieja casa solariega levántase entre la monotonía de las casas recientes; junto á los modernos balcones chatos, los viejos voladizos balcones sobresalen adustos; un enorme blasón gris se ensancha en pétreas filigranas entre dos celosías verdes... Van y vienen por las calles clérigos liados en sus recias bufandas, tosiendo, carraspeando; grupos de devotas que cuchichean misteriosamente en una esquina, carros, asnos cargados con relucientes aperos de labranza, labriegos enfundados en amarillentas cabazas largas. Las puertas están abiertas de par en par. Lucen adentro los rojos ladrillos de los porches, resaltan los trazos blancos de los muebles de pino. Las perdices, á lo largo de las ace-ras, picotean en sus jaulas metidas en arena. Y los canarios, colgados de las jambas, cantan en arpegios rientes.

#### UN CLÉRIGO

La casa fue terminada el día de la Cruz de Mayo. En la fachada, entre los dos balconcillos de madera, resalta en ligero relieve una cruz grande. Dentro, el porche está solado de ladrillos rojos. Las paredes son blancas. El zócalo es de añil intenso: una vira negra bordea el zócalo. En el testero fronterizo á la puerta, la espetera cuelga. Y sobre la blancura vívida de la cal resaltan brilladores, refulgentes, áureos, los braserillos diminutos, las chocolateras, los calentadores, las capuchinas, los cazos de larga rabera, los redondeles.



Ancho arco divide la entrada. A uno de los lados destaca *el ramo*. El ramo es unafiligranado soporte giratorio. Corona el soporte un ramillete de forjado hierro. Cuatro azucenas y una rosa, entre botones y hojarasca, se inclinan graciosamente sobre el blanco farol colgado del soporte.

A la izquierda, se sube por un escalón á una puerta pintada de encarnado negruzco. La puerta está formada de resalantes cuarterones, cuadrados unos, alargados y en forma de T otros, ensamblados todos de suerte que en el centro queda formada una cruz griega. Junto á la cerradura hay un tirador de hierro: las negras placas del tirador y de la cerradura destacan sus calados en rojo paño. La puerta está bordeada de recio marco tallado en diminutas hojas entabladas. Es la puerta de la sala. Amueblan la sala sillas amarillas con vivos negros, un ancho canapé de paja, una mesa. A lo largo de las paredes luce un apostolado en viejas estampas toscamente iluminadas: *Sanctus Joanes*—con un cáliz en la mano, del cual sale una sierpe,—*Sanctus Mattheus* — leyendo atento un libro, — *Sanctus Bartholomeus* — con la cuchilla tajadora,— *Sanctus Petrus, Sanctus Paulus, Sanctus Simon*... Encima del canapé hay un lienzo: encuadrado en ancho marco negro, un monje de bellida barba, calada la capucha, cogidas ambas manos de una pértiga, mira con ojos melancólicos. Debajo pone: *S. Franciscus de Paula; vera effigies ex prototypo quod in Palatio Vaticano servatur de sumpta*... Sobre la mesa reposan tres volúmenes en folio, y en hilera, cuidadosamente ordenados, grandes y olorosos membrillos. En el fondo, cierra la alcoba una mampara con blancas cortinillas.

A la derecha del porche se abre la cocina, de ancha campana. A los lados, adosados á la pared, corren dos poyos bajos. Dos armarios, junto á cada poyo, guardan el apropiado menaje. La luz, en la suave penumbra, baja por la espaciosa chimenea y refleja sobre las losas del hogar un blanco resplandor.

Cerca de la puerta del patio, en lo hondo, brilla en sus



primorosos arabescos, azules, verdes, amarillos, rojos, el alizar del tinajero. La tinaja, empotrada en el ancho resalto, deja ver el recio reborde bermejo de su boca. Y el sol, que por el montante de la cerrada puerta penetra en leve cinta, refulge en los platos vidriados, en los panzudos jarros, en las blancas jofainas, en las garrafas verdosas.

Dulce sosiego se respira en el ambiente plácido. En la vecindad los martillos de una fragua tintinean argentinos. A un extremo de la mesa de retorcidos pies, en la entrada, Puche, sentado, habla pausadamente; al otro extremo, Justina escucha atenta. En el fondo umbrío de la cocina, un puchero borbolla con persistente moscardoneo y deja escapar tenues vellores blancos.

Puche y Justina están sentados. Puche es un viejo clérigo de cenceño cuerpo y cara escuálida. Tiene palabra dulce de iluminado fervoroso y movimientos resignados de varón probado en la amargura. Susurra levemente más que habla; sus frases discurren untuosas, benignas, mesuradas, enervadoras, sugestivas. En plácida salmodia insinúan la beatitud de la perfecta vida, descubren la inanidad del tráfago mundano, cuentan la honda tragedia de las miserias terrenales, acarician con la promesa de dicha inacabable al alma conturbada... Puche va hablando dulcemente; la palabra poco á poco se caldea, la frase se enardece, el período se ensancha férvido. Y un momento, impetuosamente, el hombre indomeñado reaparece, y el manso clérigo se exalta con el ardimiento de un viejo profeta hebreo.

Justina es una moza fina y blanca. A través de su epidermis transparente resalta la tenue red de las venillas azuladas. Cercan sus ojos llameantes anchas ojeras. Y sus rizados bucles rubios asoman por la negrura del manto que se contrae ligeramente al cuello y cae luego sobre la espalda en amplia oleada.

Justina escucha atenta á Puche. Alma cándida y ardorosa, pronta á la abnegación ó al desconsuelo, recoge píamente las palabras del maestro y piensa:



Puche dice:

—Hija mía, hija mía, la vida es triste, el dolor es eterno, el mal es implacable. En el ansioso afán del mundo, la inquietud del momento futuro nos consume. Y por él son los rencores, las ambiciones devoradoras, la hipocresía lisonjera, el anhelante ir y venir de la humanidad errabunda sobre la tierra. Jesús ha dicho: «Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan, ni allegan en trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta...» La humanidad perece en sus propias inquietudes. La ciencia la contrista; el anhelo de las riquezas la enardece. Y así, triste y exasperada, gime en perdurables amarguras.

Justina murmura en voz opaca:

—El cuidado del día de mañana nos hace taciturnos.

Puche calla un momento; luego añade:

—Las avecillas del cielo y los lirios del campo son más felices que el hombre. El hombre se acongoja vanamente. «Porque el día de mañana asimismo se traerá su cuidado. Le basta al día su propio afán.» La sencillez ha huído de nuestros corazones. El reino de los cielos es de los hombres sencillos. Y dijo: «En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.»

Los martillos de la vecindad cantan en sonoro repiqueteo argentino. Justina y Puche callan durante un largo rato. Luego, Puche exclama:

—Hija mía, hija mía: el mundo es enemigo del amor de Dios. Y el amor de Dios es la paz. Mas el hombre ama las cosas de la tierra. Y las cosas de la tierra se llevan nuestra paz. «Y aconteció que como fuesen de camino, entró Jesús en una aldea, y una mujer que se llamaba Marta lo recibió en su casa.

»Y ésta tenía una hermana llamada María, la cual también sentada á los pies del Señor, oía su palabra.

»Pero Marta estaba afanada de continuo en las haciendas de la casa: la cual se presentó y dijo: ¿Señor, no ves como mi hermana me ha dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude.



»Y el Señor le respondió y dijo: Marta, Marta, muy cuidadosa estás y en muchas cosas te fatigas.

»En verdad una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada.»

El silencio torna. El sol, que se ha ido corriendo poco á poco, marca sobre el aljofifado pavimento un vivo cuadro. A lo lejos, las campanadas de las doce caen lentas. En la Iglesia Nueva suena el grave tintineo del *Ave María*. Puche cruza las manos y murmura:

—Virgen Purísima antes del parto. *Dios te salve, María, llena eres de gracia*, etc. Virgen Purísima en el parto. *Dios te salve, María...* Virgen Purísima después del parto. *Dios te salve, María...*—Después agrega dulcemente: «El Señor nos dé una buena tarde.»

Vuelve á reinar un ligero silencio. Justina, al fin, suspira:

—La vida es un valle de lágrimas.

Y Puche añade:

—Jesús ha dicho: sed buenos, sed pobres, sed sencillos. Y los hombres no son buenos, ni pobres, ni sencillos. Mas tiempo vendrá en que la justicia suprema reine implacable. Los grandes serán humillados, y los humildes ensalzados. La cólera divina desbordaráse en castigos enormes. ¡Ah, la angustia de los soberbios será indecible! Un grito inmenso de dolor partirá de la humanidad aterrorizada. La peste devastará las ciudades; gentes escuálidas vagarán por las campiñas yermas; los mares rugirán enfurecidos en sus lechos; el incendio llameará crepitante sobre la tierra conmovida por temblores desenfrenados, y los mundos, trastornados de sus esferas, perecerán en espantables desquiciamientos... Y del caos siniestro, tras la confusión del juicio último, manará serena la luz de la verdad infinita.

De pie, Puche, nimbada su cabeza de apóstol por el tibio rayo de sol, permanece inmóvil un momento con los ojos al cielo.

J. MARTÍNEZ RUIZ.

Yecla.



## LA JURISDICCIÓN CONTENCIOSO-ADMINISTRATIVA

---

La transacción entre el partido conservador y el liberal, en que se inspiró la ley de 13 de Septiembre de 1888, en cuya virtud se delegó en el Tribunal de lo Contencioso-administrativo, instituído en el Consejo de Estado, la jurisdicción de aquel nombre, hasta entonces retenida, conforme á la ley de 17 de Agosto de 1860, no ha dado el resultado que se prometían sus autores. Huyendo del peligro, á que obedeció principalmente la reforma, de que el Gobierno pudiera separarse de las consultas de la Sala de lo Contencioso, cosa que en el transcurso de más de cuarenta años sólo ocurrió, y esto por fundadísimos motivos, media docena de veces, la Comisión de reformas administrativas, nombrada por el Ministerio del Sr. Cánovas del Castillo, que presidió D. Manuel Silvela, compuesta de elementos conservadores y liberales, y de que formó parte el autor de estas observaciones, no tuvo inconveniente en proponer la mencionada delegación, con la garantía á que dió fuerza la ley citada de 13 de Septiembre de 1888 y amplió después la reformada de 22 de Junio de 1894. Consiste esa garantía en poder el Gobierno, en los casos dudosos y por razones de interés público, suspender temporalmente la ejecución de las sentencias, y por las mismas razones ó la de haberse hecho imposible material ó legalmente su cumplimiento, acordar la no ejecución de ellas. En el primer caso, ó sea el de la



suspensión, debe comunicarse al Tribunal la resolución y sus motivos, pudiendo llevarse á efecto lo mandado, si ya no lo estuviere, en la Real orden recurrida, y el Tribunal, por su parte, acordar en su vista la indemnización que haya de satisfacerse al particular por el aplazamiento, si procediere, así como el Gobierno, por la suya, dar cuenta, dentro del primer mes de estar abiertas las Cortes, á las mismas de la suspensión y sus fundamentos. En el caso de no haber posibilidad de cumplir la sentencia (1), el Gobierno está obligado á declararlo así en resolución motivada, de que tiene igualmente que dar cuenta á las Cortes en el plazo indicado, verificándose esto también cuando, pudiendo cumplirse la sentencia, estima el Gobierno, por razones de interés público, que no debe llevarse á efecto la ejecución. En este último supuesto, el Ministro á quien corresponda hacerlo, debe someter á las Cortes, dentro de los dos meses siguientes al día en que les participe su acuerdo, dictado con audiencia del Consejo de Estado en pleno, un proyecto de ley determinando la indemnización que debe concederse en equivalencia del derecho declarado por la sentencia, ó la manera de atender, en otra forma, á la eficacia de lo resuelto.

Nada cabe objetar contra el pensamiento de la ley, y mucho menos respecto á la manera de armonizar el respeto á lo juzgado con el interés público y de gobierno. Lo que no se explica, ni es fácil darse cuenta de ello, atendida la limitación de las causas ó motivos que pueden originar la suspensión y aun la no ejecución de las sentencias, es que sean tan frecuentes ó comunes los casos en que el Gobierno adopta tan graves determinaciones. En lo antiguo ó bajo el régimen de la jurisdicción retenida, muy superior en doctrina, al régimen actual, fueron muy contados los casos, como ya se ha dicho, en que se separó el Gobierno de las consultas de la Sala de lo Contencioso del

---

(1) Esto puede suceder en el caso de supresión de servicios contratados y otros semejantes.



Consejo de Estado, de la que formó parte, no escaso tiempo, el autor de este escrito. Apenas si había ocurrido eso media docena de veces, como se ha expuesto, cuando se dictó la ley de 13 de Septiembre de 1888, y en cambio ahora, tratándose de un régimen establecido para impedir que la Administración pueda separarse del criterio del alto Tribunal de lo Contencioso-administrativo, menudean las resoluciones en contrario, hasta sin visos de razón en ocasiones. Reconocemos que sin la garantía establecida en el art. 84 de la ley reformada de 22 de Junio de 1894, no podría mantenerse la delegación de la jurisdicción de que se trata; pero los que aceptaron, como yo, por espíritu de concordia el cambio, jamás pudimos temer, ni aun sospechar siquiera, que ocurriese lo que está sucediendo.

Cuando no hay posibilidad de cumplir la sentencia, y esto tratándose de los cambios y vicisitudes que experimentan los servicios del Estado, puede ocurrir, aunque no frecuentemente, el único remedio que se ofrece para armonizar el interés de la justicia con el público, es la indemnización de que habla el último párrafo del art. 84 de la ley en favor del derecho declarado por la sentencia.

Otro tanto sucede cuando, pudiendo cumplirse el fallo dictado, estima no obstante el Gobierno, por razones de interés público, que no debe llevarse á efecto su ejecución. Semejante facultad es la verdaderamente peligrosa, aunque la haya dictado un alto espíritu de previsión, pues se presta—y de ello se han visto ejemplos ya—á torcidas interpretaciones y á resoluciones injustas, suponiendo la existencia del interés público allí donde verdaderamente no existe, con daño del Estado, á cuyo cargo ha de correr la indemnización que lleva consigo la no ejecución de las sentencias. Ciertamente tiene el correctivo, al igual de la suspensión por imposibilidad de cumplir lo juzgado, de haber el Gobierno de dar cuenta de, su resolución, á las Cortes; mas esto no ha impedido que se decreten suspensiones injustificadas, que no sólo ceden en menoscabo de lo fallado, sino que hacen desconfiar de la justicia administrativa,



siendo hoy objeto de preocupación lo que nadie temía en tiempo de la jurisdicción retenida, y eso que entonces podía el Gobierno separarse libremente, aunque razonándolo, de las consultas de la Sala de lo Contencioso del Consejo de Estado, sin la obligación, como queda dicho, que le está impuesta ahora, de dar cuenta á las Cortes. (1).

Claro es que aquí donde el nivel de todo, en el orden político y administrativo ha bajado mucho, el actual Tribunal de lo Contencioso-administrativo y el Consejo de que forma parte no pueden compararse con la Sala de lo Contencioso y el Consejo de 1860; como éste á su vez no alcanzó nunca, ni aun en los tiempos en que lo presidieron Martínez de la Rosa é Isturiz y formaron parte de él Pacheco, Pastor, Díaz, el Marqués de Valgornera, Casaus y Mayans, y actuaba de Secretario Posada Herrera, la importancia del Consejo de Estado de fines del siglo XVIII y principios del XIX, sobre todo después de lo que elevó sus funciones la Constitución de 1812. Evidentemente, la causa de haber disminuído la importancia del Consejo organizado por la ley de 17 de Agosto de 1860, proviene de haberse ampliado las condiciones para facilitar el nombramiento de Consejeros y satisfacer aspiraciones; pero lo que, hablando en puridad, ha concluído con él, no es tanto lo que acaba de indicarse como la reforma del Sr. D. Francisco Silvela, siendo Presidente del Consejo de Ministros, que redujo á un Presidente y tres de Sección, esto es, á un Consejo sin Consejeros, el personal de treinta y tres fijado por la citada ley, sin disminuir en igual medida el número de asuntos en que debe ser oído ó consultado (2).

---

(1) De este asunto se ha ocupado recientemente en el Senado el Señor Marqués de Perijáa.

(2) Por razón de economías y por no parecer bien que coexistiesen como cuerpos consultivos el Supremo Consejo de Guerra y Marina y la Sección de este mismo nombre del Consejo de Estado, se suprimió la última, que constaba de cinco Consejeros, quedando reducido á veintiocho el número de los que componían dicho alto cuerpo.



Así no puede continuar: ó se suprime por completo, lo que sería un mal gravísimo, sobre haber necesidad entonces de reformar la Constitución y las leyes que exigen su concurso ó su audiencia, ó hay que deshacer la obra fundada en motivos de economía del Sr. Silvela, reorganizándolo en condiciones iguales á aquellas con que se creó y procurando enaltecerlo en vez de deprimirlo, ya que por ministerio de la ley precede á todos los Cuerpos del Estado después del Consejo de Ministros, cuyos individuos forman parte del mismo.

No servirá decir que, aun reducido á las condiciones en que se encuentra en la actualidad, funciona el Consejo, porque el milagro, si así puede llamarse, se debe al inteligente personal de oficiales que ahora y en todo tiempo se distinguió por su celo é ilustración en el mismo. De él formaron parte, además del Sr. Silvela (D. Francisco), ya citado, los señores Conde de Tejada de Valdosera, Albacete Gallostra, López Puigcerver, González (D. Alfonso), Alcántara, Morales y Serrano (actual Subgobernador del Banco de España), Frau y el modesto autor de estas líneas.

Atribúyese al Sr. Sagasta, lo que es de celebrar ciertamente, el propósito de someter á las Cortes la reforma del Consejo, enalteciéndolo, como era también el pensamiento de Cánovas, en vez de rebajarlo, como en los últimos años se ha venido haciendo. El pensamiento del segundo era formarlo sólo de ex Ministros, con la salvedad de los que hubieran desempeñado puestos de igual ó equivalente importancia, si bien disminuyendo algo el número de Consejeros. Desconocemos el plan del Sr. Sagasta, pero tal vez no se diferencie mucho del de aquél, haciendo que continúe formando parte integrante del Consejo el Tribunal de lo Contencioso-administrativo, contra el parecer de los que no sólo de pensamiento, sino aun de proyectos formulados, pretenden llevar el conocimiento de los asuntos que le están atribuídos al Supremo de la jurisdicción ordinaria.

No; ya fue un mal el cambio, en delegada, de la jurisdic-



ción retenida, pues sin la menor ventaja del Estado ni de los particulares que se creen perjudicados por las resoluciones administrativas, como está demostrando la frecuencia con que se suspenden las sentencias del Tribunal de lo Contencioso, se ha desnaturalizado dicha jurisdicción, la cual en su ejercicio no puede ser otra cosa que la revisión por la Administración misma, con las formas del juicio, de los acuerdos que adopte, cuando sean impugnados por haberse lesionado con ellos derechos amparados por la ley. Ninguna ventaja, antes inconvenientes, según se ha demostrado, ha traído consigo la reforma, y en cambio se ha desnaturalizado la jurisdicción, autorizando á un Tribunal á que revoque ó deje sin efecto las resoluciones dictadas á nombre del Monarca y aun autorizadas con su firma, cosa de todo punto inadmisibile en el orden de los Poderes públicos, puesto que somete en cierto modo el Ejecutivo, representado por la Corona, al judicial, aunque se trate de un organismo de esta clase de carácter administrativo.

E. CÁNOVAS DEL CASTILLO.



## CRÓNICA LITERARIA

---

*Historia de España y de la civilización española* (tomo II), por D. Rafael Altamira.—*La teoría básica (Bio-sociología)*, dos tomos, por Don Rafael Salillas.—*La raza negra es la más antigua de las razas humanas*, por D. Gervasio Fournier.—*Mallorca durante la primera Revolución (1808-1814)*, por D. Miguel S. Oliver.—Otros libros recientes.

El docto Catedrático de la Universidad de Oviedo é ilustrado publicista D. Rafael Altamira, acaba de publicar el segundo tomo de su *Historia de España y de la civilización española*. Estos adjetivos, docto, ilustrado, que tanto se prodigan y que hasta se han envilecido por la facilidad con que los pegan á cualquier nombre las letras de molde, son aquí reflejo de la realidad, expresión de cualidades verdaderas. Los que siguen con alguna atención el movimiento bibliográfico y no son ajenos á la vida de las Universidades, saben que el Sr. Altamira es uno de los miembros más cultos del Profesorado joven de dichos centros de enseñanza. De su laboriosidad infatigable dan testimonio numerosos escritos sobre diferentes materias históricas, pedagógicas y jurídicas, y en particular la *Historia de España* á que antes nos referimos le da derecho al título de historiador, que tan pocos pueden pretender ahora entre nosotros, aunque, si no muchos, hay bastantes que lo usurpan atrevidamente y se adornan con él sin merecerlo.

No es la *Historia de España* del Sr. Altamira uno de tantos



Manuales didácticos como se publican, más que por exigencias de la cultura y de la enseñanza, por necesidades económicas de los Profesores, á quien el Estado paga poco, y que tienen que buscar un suplemento de sueldo en el socorrido libro de texto. La obra del Sr. Altamira no se parece en nada á la inmensa mayoría de esos compendios. Los dos tomos que van publicados de ella permiten calificarla del trabajo más importante de conjunto que se ha publicado en estos últimos tiempos acerca de la historia de España.

El segundo tomo señala una innovación en el plan de la obra. Fue proyectada ésta en dos volúmenes; pero la extensión que ha ido dando el Sr. Altamira al estudio de las Edades Antigua y Media, le han obligado á ampliar su primitivo proyecto, agregando un nuevo tomo, según se lee en la advertencia final del volumen recientemente publicado.

Los aficionados á las lecturas históricas celebrarán seguramente que se ensanche el marco de esta obra, que por su extensión y condiciones es única en su tipo y clase en España.

El segundo tomo consta de 570 páginas, y comprende la historia interna de las diferentes regiones españolas desde mediados del siglo XIII á mediados del XV—parte que ocupa más de la mitad del volumen—y la historia externa é interna del período del establecimiento de la unidad política y de la monarquía absoluta (1479-1516).

Tratándose de un libro que lleva el título de *Historia de España y de la civilización española*, es natural la extensión que en él se da á la llamada historia interna, cuyo concepto coincide en gran parte con el de la historia de la civilización. Esta es una de las novedades que ofrece, pues aunque hace tiempo predomina en los estudios históricos la tendencia á dar importancia cada día mayor á la historia interna, pocos lo han llevado á la práctica entre los modernos escritores españoles de historia, y en muchos de los Manuales que circulan creen haber cumplido los autores con esta exigencia, agregando al final del relato de los acontecimientos de cada período



histórico algunas breves noticias de segunda mano sobre los monumentos arquitectónicos de la época y las personalidades que sobresalieron en las artes y en las distintas ramas del saber y de la actividad humana.

La historia interna es mucho más que eso, y hasta es otra cosa. En algún sentido puede afirmarse que no sólo representa una ampliación del objeto de la historia, sino una nueva orientación y un nuevo concepto de ésta. Señala el tránsito de la historia heroica á la historia anónima. Pone al lado de la historia de la vida pública, en sus más culminantes manifestaciones, la historia de la vida privada, por decirlo así: su verdadero sujeto no son los Príncipes y los grandes hombres, sino *los que no tienen historia*. Puede decirse que *humaniza* la historia echando un presente sobre el abismo que media entre la visión histórica, solemne y grandiosa, tejida de acontecimientos transcendentales y elaborada por personajes de casta superior, como la tragedia clásica, y la vida real en que los acontecimientos pequeños y la multitud sin nombre ni fama forman el caudal de la gran corriente en que sobrenadan aquí y allá algunos grandes sucesos y algunas grandes figuras. La historia interna es, desde este punto de vista, la gran clave para entender la historia. Al conocimiento de las grandes causas y de los grandes actores agrega el de una infinidad de causas pequeñas y de efectos menudos, y el de ese gran actor de los sucesos que se llama pueblo ó colectividad, y que por obrar en silencio, á la larga, movido muchas veces por impulso de una personalidad sobresaliente, pero transformando ó modificando siempre la fuerza recibida, queda relegado á segundo término en la historia pública,

Desvanece así la historia interna esa ilusión tan general que inconscientemente nos hace ver de distinta naturaleza que los actuales los tiempos pasados; poético, trágico y épico el ayer, lleno de comitivas solemnes, de dramáticas escenas, vivido por una raza superior; pálido y prosaico el hoy, en que sólo á largos intervalos ocurre algo que despierte en el espec-



tador la *emocion histórica*; ilusión semejante á la que nos da la óptica en un paisaje: en la lejanía todo se funde y se armoniza, ofreciendo una perspectiva pintoresca; en el suelo que pisamos, en los árboles que tenemos al alcance de la mano, vemos demasiado los permenores. La historia interna acerca, por decirlo así, el paisaje lejano, y nos hace ver sus detalles y particularidades.

La antigua concepción de la historia, como selección de sucesos memorables y de hombres ilustres, no es indefendible en absoluto. Desde el punto de vista estético y desde el punto de vista moral, como visión artística de lo pasado y como ejemplo, puede tener su justificación y su defensa. Pero aun los que profesan el culto de la historia entendida al modo clásico, no pueden negar la utilidad de esta otra clase de saber histórico que se designa con el nombre de historia interna.

Gran dificultad ofrecen las investigaciones de este género: su contenido enciclopédico requiere preparación enciclopédica también, y acaso en ninguna otra clase de trabajos históricos sea más necesaria la división del trabajo. Es más difícil hacer una historia de los precios que una historia de la guerra de los cien años; las fuentes que hay que consultar para la historia interna son innumerables, están diseminadas, y suelen ser ajenas las más de ellas á toda intención histórica. Para llevar á cabo esta empresa hay que desenterrar la vida privada de otros tiempos, removiéndolos restos que ha dejado en contratos, relaciones literarias, cuentas, documentos particulares y otras mil reliquias escondidas.

Aunque, como es natural en una obra del género de la suya, haya aprovechado el Sr. Altamira trabajos anteriores, es grande la labor que representa la parte consagrada en su libro á este aspecto de historia, sin que con esto queramos dar á entender que resulte sacrificada, ni sea inferior la historia externa.

Reune la *Historia de España* del Sr. Altamira las condiciones capitales que pueden apetecerse en esta clase de libros:



erudición abundante y sólida; crítica perspicaz y serena; forma esmerada y literaria. Hasta las condiciones materiales de la obra aventajan mucho á las que suelen tener los Manuales de historia, salidos de prensas españolas, y por su clara y elegante impresión y sus numerosos y bien elegidos grabados, honra esta *Historia* á la casa editorial barcelonesa de Gilí, que viene publicándola.

Al hablar de crítica, entre las condiciones que distinguen á este libro, podemos caracterizarle mejor diciendo algunas palabras sobre la clase de crítica de que usa el Sr. Altamira. Crítica en historia no significa siempre dictar fallos absolutos ó condenatorios; significa también explicar, interpretar, juzgar de las cosas no con nuestro criterio de hoy, sino con arreglo á la atmósfera social en que nacieron y existieron; juzgar de los personajes con arreglo á su psicología y á la psicología colectiva que influyó en ellos, verlos y representárselos desde su punto de vista, con arreglo á las ideas de su tiempo y á las circunstancias de su posición histórica, y, sobre todo, *comprenderlos* antes que juzgarlos. Género es este de crítica algo más difícil aunque menos pretencioso y petulante que aquella otra crítica *judicial*, por decirlo así, que instruye su correspondiente proceso á los personajes y á los acontecimientos de la historia, y quiere sentenciarlos aplicando opiniones ó maneras de pensar de hoy, es decir, con un criterio y un espíritu abstracto y antihistórico.

Tiene, en verdad, algo de cómico el espectáculo que ofrecen no pocos autores de Manuales ó Epítomes de historia, erigiéndose en miembros del Tribunal de los muertos á usanza egipcia, ó en jueces de instrucción y jurados populares á la moderna para seguir estas causas y dictar estos fallos, y verles, por ejemplo, emplazar á los Reyes Católicos, para que respondan de la expulsión de los judíos, y declararles convictos de que fueron unos fanáticos ó se dejaron alucinar por un Padre Montaña de entonces, como si en pleno siglo xix y en los albores del xx no hubiésemos visto renacer en Europa la cuestión



judía, bajo el nombre de antisemitismo; con los caracteres de problema étnico, social y religioso, que desde la Edad Media reviste, combinados, según los tiempos, en diversas proporciones, y con fuerza bastante para perturbar la vida social en una nación como Francia, regida por instituciones democráticas, y que blasona de ser la cuna y la depositaria de los tres principios de la Revolución: libertad, igualdad y fraternidad.

No es de este género la crítica histórica que emplea el Sr. Altamira, sino de la verdadera y legítima que aspira á comprender y explicarse lo pasado. Por eso su libro no lleva etiqueta ni sello de partido ó escuela, sino que ofrece la serena cuanto difícil objetividad del conocimiento, no encauzado artificialmente por algún fin demostrativo que se ha impuesto previamente el espíritu, cediendo á sugerencias del sentimiento ó del hábito.

Si, como es de esperar, el favor del público corresponde á los méritos de esta obra, sería muy útil que su autor hiciera un breve resumen ó epítome de ella, que podría resultar un excelente compendio para los grados inferiores de la enseñanza. En la colección de Manuales que publica la misma casa editorial de Gilí estaría muy en su lugar un resumen semejante, pues la extensión de esta *Historia de España*, que hace de ella un excelente texto para las Facultades de Filosofía y Letras y un libro precioso de lectura y consulta para la masa general del público culto, resultaría excesiva para los estudios que se hacen en los Institutos y Colegios de segunda enseñanza, y más todavía para la instrucción primaria. Como no abundan en nuestra literatura histórica libros de este mérito y de estas condiciones, conviene sacar todo el partido posible de los que se publican. Por eso me permito exponer esta idea, que probablemente se le habrá ocurrido también, sin que nadie tenga que apuntársela, al erudito autor de la *Historia de España y de la civilización española*.

\*  
\* \*



Otro libro importante, del que hubiera deseado dar noticia antes de ahora á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, es *La teoría básica (Bio-sociología)* de D. Rafael Salillas, libro que forma parte de la biblioteca de Derecho y Ciencias sociales que edita la librería de Suárez. Más de 1.500 páginas de compacta impresión suman los dos tomos de que consta esta obra, que, por ser más abstracta y más general que las anteriores del mismo autor, resulta menos accesible á la mayoría del público y requiere mayor preparación intelectual en el lector.

En su notable libro sobre el *Hampa* había bosquejado ya el Sr. Salillas la teoría básica al estudiar la antropología picaresca, y dentro de ella el caso típico de nomadismo que ofrecen los gitanos. Pero su nueva obra, concebida al principio como una teoría básica del delito, al llegar á la ejecución ha abandonado esta determinación especial, esta *diferencia última*, y, saliendo del terreno criminológico, ha pasado al de la Sociología y, en esfera más amplia, al de la Biología general.

No es, pues, la *teoría básica* que expone el Sr. Salillas una teoría básica de un fenómeno particular como la delincuencia, ni se contenta con ser una teoría básica de los fenómenos sociales en general, sino que, abarcando más amplio horizonte, pretende ser una interpretación general de los fenómenos de la vida, dentro de la cual tiene su lugar la interpretación de los hechos que ofrecen las sociedades humanas, como á su vez dentro de esta esfera está comprendido el fenómeno particular morboso que llamamos delincuente, delito, delincuencia.

Por esta indicación puede comprenderse cuán vasta es la materia que abarca la nueva obra del Sr. Salillas, y el dominio que requiere de las ciencias naturales y de las sociales un trabajo de esta especie. Punto menos que imposible sería compendiar la tesis de dicho libro en las pocas palabras que aquí podemos dedicarle, sin otra pretensión que la de llamar la atención de las personas ilustradas hacia obra tan digna de estudio. A la noción de organismo con que generalmente ha solido representarse la sociedad, sustituye la teoría básica



la noción de una arquitectura, de un orden de bases: base de sustentación física, base nutritiva, base psíquica. La base es aquello en que se apoya el sér, aquello que le sustenta y le hace posible, ya de un modo material, como el suelo en que nos apoyamos, ya sosteniendo sus energías y reparando sus pérdidas, mediante la nutrición, ó ya en el orden de la mentalidad á que aplica el Sr. Salillas los mismos principios. La teoría básica es, pues, una filosofía arquitectónica biológica y sociológica, una definición y explicación de los fenómenos desde este punto de vista, que tiene, á mi entender, mucho de metafórico, como la mayor parte de las explicaciones de las cosas que exceden de la representación sensible.

El segundo tomo de la obra en que hay aplicaciones de la teoría á casos históricos como el pueblo egipcio y los nómadas del desierto (en los libros titulados *El Nilo* y *El Sináí*), es muy interesante, y toda la obra acredita una vez más la competencia de Salillas en estos estudios. En algunos pasajes resulta un tanto obscura la expresión, ya por la concisión con que aparecen expresados los conceptos, ya por el uso del tecnicismo; por eso no es este libro de los que pueden leerse de prisa, sino que requiere la *lenta lectura* que deseaba Nietzsche. Leyéndolo así, lentamente, hasta los que no estén conformes con la teoría de Salillas, encontrarán en él un caudal de observaciones y de pensamientos de gran valor y de indudable fuerza sugestiva.

\*  
\* \*

Si los estudios históricos tuvieran más aficionados en España, sería más conocido el nombre de D. Gervasio Fournier, autor del *Ensayo de Geografía histórica de España*, de *El pueblo griego es de origen egipcio*, y de la reciente obra *La raza negra es la más antigua de las razas humanas*.

El Sr. Fournier se ha formado á sí mismo como cultivador de la historia, según declara en el prólogo del segundo tomo de su *Ensayo de Geografía histórica*, mérito no escaso y forma



de iniciarse en los estudios históricos que ofrece tantos inconvenientes como ventajas; la primera de éstas es que semejante especie de iniciación favorece la originalidad; el mayor de aquellos es la falta de método en los primeros pasos, que puede ser causa de que el espíritu se habitúe á una visión parcial y falsa de las cosas, y adquiera prejuicios difíciles de desarraigar.

En los libros antes citados viene sosteniendo el Sr. Fournier la teoría histórica de que en Egipto, y no en la India, hay que buscar los orígenes de la civilización y de los pueblos históricos. En justicia, no puede negarse que dichas obras acreditan una extraordinaria laboriosidad, una afición probada á la historia y muchas y meditadas lecturas de los historiadores antiguos y modernos, desde los clásicos de Grecia y Roma hasta los más recientes de los actuales tiempos.

El problema que estudia el Sr. Fournier en su obra acerca de la mayor antigüedad de la raza negra, excede en cierto sentido de los límites de la historia y penetra en el campo de la prehistoria y de la Antropología paleontológica. Por testimonios propiamente históricos no podemos determinar si fueron negras las razas primitivas de Canstadt y Cro-magnon; hay que acudir á los datos anatómicos, á conjeturas basadas en la configuración de los restos que se conservan de aquellos antepasados remotos. Las tradiciones de los pueblos antiguos, lo que dicen los historiadores de la antigüedad sobre la coloración de la piel de ciertos pueblos, desaparecidos los unos, transformados otros, es un dato auxiliar, confuso y dudoso muchas veces, pues no siempre es fácil, ni siquiera posible, descubrir la filiación de los pueblos que mencionan los historiadores clásicos, *identificar* con seguridad su personalidad étnica, ni establecer su descendencia.

Muchas son, por consiguiente, las dificultades que ofrece una demostración como la que ha emprendido el Sr. Fournier. Nuestros conocimientos de los tiempos prehistóricos y de los albores de la historia tienen mucho de hipotético y conjetural, que á cada páso puede ser modificado por algún nuevo descu-



brimiento. Unas veces el estudio de las lenguas y la investigación de lo que debieron ser las civilizaciones lejanas en las raíces de antiguos idiomas, desentrañando en la palabra el concepto y en el concepto el modo de vivir de los que le concibieron y le fijaron en el lenguaje; otras veces los ladrillos, cilindros y estelas descubiertos en las excavaciones arqueológicas, aportando nuevos textos epigráficos; otras, los estudios anatómicos de los restos humanos sugieren á los sabios nuevos argumentos en favor de la antigüedad de tal pueblo ó de tal raza, y de la manera de ser y de vivir en los tiempos primitivos. El tejer y destejer de Penélope es muy frecuente en el campo de la Protohistoria, por lo mismo que sabemos y podemos saber tan poco de aquellos lejanos orígenes.

El interesante libro del Sr. Fournier está basado en autoridades; es una interpretación de textos de los historiadores. Su tesis de que la civilización va aclarando el color de las razas, de que coexisten en muchos pueblos antiguos dos razas, una de tez clara, dominadora, y otra sojuzgada, de color obscuro; su afirmación de que pueblos blancos en la actualidad debieron de ser en remotos tiempos de piel obscura, resulta apoyada en gran número de testimonios históricos y citaciones antiguas y modernas. Como es natural en una obra de esta clase, no todas sus afirmaciones parecen igualmente seguras: algunas pueden tenerse por ciertas en el estado actual de los conocimientos históricos, otras por probables, otras por dudosas y hasta aventuradas.

En el prólogo de su libro sobre *La raza negra*, se lamenta el Sr. Fournier de la indiferencia con que el público y hasta las Corporaciones doctas acogen esta clase de estudios, y manifiesta que ha pensado alguna vez abandonarlos para «dedicar el tiempo, la salud y el dinero á los placeres de la vida». Indudablemente es esto más práctico, aunque sea menos elevado, que el escribir libros de historia; pero el pensador necesita tener alguna vocación al sacrificio, amar la verdad ó el saber por sí mismos y esperar confiadamente que lo demás se



le dará por añadidura, y si no se le da, como suele acontecer, resignarse con el papel de caballero andante del ideal y del progreso, sin el estímulo ni la codicia de premios temporales. Esto es lo que en definitiva ha debido de resolver el Sr. Fournier, puesto que sigue cultivando los estudios históricos y no vende, sino regala, los libros que publica.

Merece citarse también entre los libros de historia publicados recientemente, el notable estudio que con el título *Mallorca durante la primera Revolución (1808-1814)*, ha dado á la estampa el Sr. D. Miguel S. Oliver. El asunto de la obra es interesante, pues en el período comprendido entre ambas fechas ofrece la historia de las Baleares rasgos y acontecimientos tan curiosos como la cautividad de los prisioneros franceses, procedentes en su mayor parte de la capitulación de Bailén (que como es sabido no fue cumplida en lo referente á la repatriación de los franceses) en la isla Cabrera, y la numerosa emigración de los catalanes, que pasaron á las Baleares huyendo del rigor de la dominación napoleónica. Aunque menos típicos y excepcionales, el alzamiento contra la invasión francesa y el Gobierno intruso de José Bonaparte, y luego la lucha entre liberales y serviles, ofrecen también aspectos curiosos de la historia de Mallorca en ese período en que siguió el cauce común por donde corrió la de las demás comarcas españolas, si bien la posición insular de aquella provincia y la protección de las escuadras inglesas la libraron de los horrores de la guerra.

El Sr. Oliver revela verdaderas condiciones de historiador. Su obra supone un ímprobo trabajo de investigación en muy diversas clases de documentos y papeles de la época, y el relato está hecho con amenidad y soltura, que hace en extremo grata su lectura.

\*  
\*  
\*

Para terminar, citaré entre los libros recibidos recientemente la nueva novela de los hermanos Millares Cubas, nove-



listas bien reputados de Canarias: *Nuestra Señora*, superior, á mi juicio, en la pintura de tipos al desarrollo é interés dramático de la acción; otras dos obras de escritores canarios (que acusan un activo movimiento literario en aquellas islas): *A bordo*, *Boceto santanderino* del Sr. Betancort, que ha ilustrado el seudónimo de *Angel Guerra* con páginas literarias de mérito, y *De Padres á Hijos*, novelita de D. Benito Pérez Armas, premiada en los juegos florales de la Oratava; *Melita Palma*, otra novelita interesante de la Sra. Doña Blanca de los Ríos (publicada en la *Biblioteca Mignon* de Rodríguez Serra), y las bellas poesías de D. Salvador González Anaya, reunidas en los libros *Cantos sin eco* y *Medallones*. De algunas de estas obras, especialmente de las poesías del Sr. González Anaya, entre las cuales hay algunas de impecable forma y de perfume clásico que recuerdan los *Trofeos* del poeta francés Heredia, quisiera hablar con mayor detenimiento si se me ofreciera ocasión propicia.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

## REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—PSICO-FÍSICA: Causas psíquicas del miedo.—SOCIOLOGÍA: El felibrismo y el regionalismo en Francia.—TEOSOFÍA: La teosofía y el materialismo.—COSTUMBRES: Los desengaños de los multimillonarios.—El krach del divorcio.—FEMINISMO: Las supremacías de la mujer.—El movimiento feminista.—EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA: Las Universidades populares.—Las reformas técnicas en la segunda enseñanza.—BIOGRAFÍA: Deschanel.—Millerand.—Ribot.—IMPRESIONES Y NOTAS: El Emperador de los *trusts*.—La restauración de «La Cena», de Vinci.—Las iglesias nacionales.—El futuro Cónclave.—La curación del cáncer.—Fuerzas perdidas en los organismos sociales.—Transformación del traje femenino.—Culteranismo del siglo xx.

### PSICO-FÍSICA

CAUSAS PSÍQUICAS DEL MIEDO.—Interesante es el estudio del miedo hecho por Camilo Melinand en la antigua *Revue des Revues* de París, desde el punto de vista de la causa psíquica que lo produce.

El miedo es un estado muy complejo: es, ante todo, una emoción dolorosa, un sufrimiento (el miedo á una operación quirúrgica, el miedo al ladrón y al asesino, etc.); es también una tendencia ó un conflicto de tendencias (deseo de huir y de estarse quieto); es, por otra parte, un esfuerzo de adaptación al peligro; y es, por último, un pensamiento, una imagen obsesionante. Tal es el estado de lo que se llama miedo. ¿Cuál es su causa?

Hay que distinguir la causa inmediata, que es fisiológica,



de la causa inicial, que es psicológica. El cuerpo sufre una perturbación: nuestro corazón late más fuerte, nuestra garganta se oprime y se seca, temblamos, nuestros miembros se paralizan y nuestras vísceras se contraen; esta perturbación del cuerpo, según resulta de los trabajos de James, de Lange, de Ribot y de Dumas, sobre las emociones, es la que crea en la conciencia el miedo.

El vulgo y casi todos los psicólogos clásicos creen que el miedo es un sentimiento, un estado anímico que produce ciertos efectos físicos, latidos, temblores, etc.; pero esto es inexacto: el miedo está constituido por esa turbación corporal, y es la conciencia de esa turbación; los latidos y temblores no son efectos del miedo, sino sus elementos constitutivos; imaginarse un hombre con miedo cuyo corazón latiese normalmente, es contradictorio, porque ese hombre no tendría miedo mientras su corazón no se sintiera perturbado. El orden real de los hechos no es el que de ordinario se establece: visión de un peligro, emoción y turbación corporal; sino el siguiente: visión de un peligro, turbación corporal y emoción; ó mejor todavía: visión de un peligro y turbación corporal y mental á la vez que se llama miedo.

La causa del miedo está en nosotros y no fuera de nosotros; el peligro más grave, si se ignora, no provoca miedo alguno. No bastaría, sin embargo, contentarse con decir que es la idea de un peligro; porque ¿qué es un peligro? ¿Es el miedo de sufrir, es el temor á la muerte ó á un daño cualquiera? Lo que podemos afirmar, ante todo, es que el miedo es siempre provocado por una *espera*. La simple imagen, por viva que sea, de un accidente, no basta para que se tenga miedo: en un tren yo me imagino una catástrofe, y no por eso siento miedo mientras la marcha del tren es normal; pero si el tren se detiene en plena vía, y sabiendo que otro rápido viene hacia el nuestro oímos el ruido de su marcha que se acerca, entonces el miedo, el verdadero miedo, nos oprime. ¿Qué hay de nuevo? Una espera; de segundo en segundo esperamos el tremendo



choque, y nuestro cuerpo se encorva para recibirlo; ese es el miedo.

Este elemento del miedo se encuentra en los casos más variados: el *trac* del orador es la espera del momento en que aparece ante el público; cuando un ruido inesperado nos despierta de noche, el miedo está constituido por la espera de otro nuevo y decisivo ruido; el miedo de la tempestad en el mar es la espera de la enorme ola que ha de tragarse la nave. El caso típico del miedo está en el cuento de Edgardo Poe, *El pozo y el péndulo*: un condenado, que en el fondo de un pozo de la Inquisición asiste al descenso graduado, pulgada por pulgada, línea por línea, de un péndulo de acero cortante hasta el momento en que siente «el soplo del aire del trinchante» y el «olor del acero aguzado que se introduce en sus narices».

La causa del miedo es una espera; pero ¿espera de qué? Todos los casos del miedo pueden reducirse á cuatro tipos principales: miedo á la muerte, á lo desconocido, á los sufrimientos físicos y á las emociones; claro es que hay tipos mixtos, pero estas cuatro especies de miedo los resumen todos. ¿Qué hay de común en estas cuatro clases de miedo? Podría creerse que es el dolor ó el mal; pero no es esto del todo cierto, porque á veces se produce el miedo cuando se espera un placer: el estudiante formal, el día de los premios, cuando sabe que se acerca su llamamiento, experimenta una ansiedad que es realmente una especie de miedo; «la alegría da miedo», como dice el proverbio. Luego la causa no es el mal.

Supongamos la hipótesis de que la causa del miedo es siempre un *choque*, una *conmoción física ó moral*, una sorpresa, y tratemos de comprobar la exactitud de esta hipótesis en los diversos tipos del miedo. ¿Por qué tenemos miedo de la muerte? Por la inmensa sacudida que nos imaginamos; es verdad que hay en esto el miedo de lo desconocido, del más allá, de los dolores que preceden á la muerte; pero en ese doble miedo hay siempre la espera de un choque. El miedo á lo desconocido es del mismo género; la locura nos espanta porque



esperamos siempre una nueva explosión del espíritu en delirio; la máscara asusta á los niños é inquieta á los hombres, porque con ella es siempre inminente una sorpresa. El miedo al dolor no es sino el miedo del choque; cuando el dolor carece de sorpresa crece lenta y regularmente, y enerva ó deprime sin asustar. En cuanto á las emociones vivas, no necesita demostrarse que su miedo es el miedo de una conmoción; quien dice emoción dice sorpresa.

La causa psíquica del miedo es, pues, la espera de una sorpresa, de una sacudida; el caso típico se observa en el juego del escondite: un niño se oculta y otro llega, esperando á cada momento la aparición y el grito del compañero oculto, y tiene entonces un miedo mortal y delicioso.

Basta que se espere un choque para que haya miedo, aunque el choque no tenga nada de doloroso; yo sé que van á tirar un pistoletazo, espero la detonación, y aunque nada tengo que temer, experimento cierta ansiedad de la naturaleza del miedo; en el momento de entrar en el agua fría ó de recibir una ducha, hay siempre una opresión de corazón que se parece mucho á un ligero trac ó á la espera de una mala noticia. Y es más: aunque la sacudida sea agradable, hay miedo; la espera de un elogio solemne, de una buena noticia, de un gran placer, da miedo.

Merece fijar la atención el hecho misterioso de la opresión que sentimos cuando nos acercamos al término de un viaje. ¿Por qué ese oscuro deseo de no llegar, ese extraño espanto de la estación donde vamos á bajar? ¿Es simplemente repugnancia á pasar del sueño á la realidad? ¿Es vago temor de todo lo que nos espera? ¿Es secreta inquietud de no encontrar los corazones como los hemos dejado ó como los deseamos? ¿Es el sentimiento de que hay que producir cierto efecto y el temor de nuestra impotencia? En todo caso es la espera de un golpe en el corazón que quizá vamos á experimentar, la espera de una sorpresa, de un sobrecogimiento misterioso, del que no acertamos á darnos cuenta por ignorarlo. La obscuridad es-



panta porque es la perpetua posibilidad de sorpresas, choques y sacudidas; la angustia del marino que vaga entre nieblas es de este género.

He ahí por qué se dice que el oído es el sentido del miedo, porque es el sentido de la espera; un ruido nos hace esperar algo, mientras que la vista nos presenta ya el objeto mismo, y el tacto es el sentido de lo sólido, de lo real; en los animales sólo el olfato provoca tanto miedo como el oído, porque el olfato es también sentido que hace esperar la existencia de un objeto.

Podría objetarse contra la hipótesis sentada el hecho del miedo después del peligro; no esperamos el choque, puesto que ha pasado. Es verdad; pero aunque ha pasado, revive en nuestra imaginación produciendo todos sus efectos. Podemos, pues, decir, después del análisis hecho, que el miedo es la emoción producida por la espera de un choque, de una sacudida física ó moral.

¿Qué pasa cuando esperamos un choque? Que nuestro organismo se prepara á recibirlo, produciéndose en nuestro cuerpo todos los actos reflejos adecuados para esa preparación; de ahí sensaciones complejas, cuya conciencia confusa constituye el miedo. Las conclusiones á que hemos llegado tienden á probar que el hombre—como todo lo viviente—es un sér de hábito; está hecho para la fijeza, tiende á perseverar indefinidamente en cierto estado, evolucionando insensiblemente, y todo lo que rompe bruscamente la continuidad de su vida es contrario á su naturaleza. Tiene gusto por el cambio, pero es cuando no puede habituarse realmente al estado presente. Puede decirse, en otros términos, que nuestro estado normal es la adaptación al medio ambiente; cuando es perfecta no hay choques ni sacudidas; la sacudida y el choque revelan en ese medio la existencia de fuerzas con las que el hombre no se ha puesto en armonía.



## SOCIOLOGIA

EL FELIBRISMO Y EL REGIONALISMO EN FRANCIA.— Las diversas manifestaciones descentralizadoras de Francia deben dividirse, según Pedro Hostala lo hace en la *Rasegna internazionale* en dos grupos: los felibres y los regionalistas puros y simples.

¿Qué es el felibrismo? Una especie de regionalismo organizado de las provincias meridionales de lengua de *oc*, desde Burdeos hasta Niza. En 1854 se reunieron en Font-Segugne, en el Vancluse, siete amigos: Roumanille, Giera, Aubanel, Brunet, Mathieu, Mistral y Tavau, poetas que escribían en provenzal; tomaron el nombre de felibres y proclamaron su propósito de resucitar su lengua, contentándose con escribir obras en prosa y verso, y principalmente el *Armaná prouvençau* (1855). La publicación de *Mireio* de Mistral tuvo gran resonancia, y fue la piedra fundamental del felibrismo, cuyo programa no se reduce ya al puramente literario de resucitar el provenzal, sino también á la afirmación del pasado histórico de la raza.

En 1867 Víctor Balaguer, emigrado político, se une á sus hermanos del otro lado de los Pirineos, y al volver á España les remite una copa de plata que, con el himno de Mistral, *Coupo Santo*, vienen á ser el emblema del felibrismo. En 1874, para celebrar el centenario de Petrarca, se verificó en la fuente de Vanciuse una gran fiesta á la que asistieron provenzales, parisienses, italianos y españoles, y en la que se lanzó la idea de la federación latina, cuyos estatutos fueron votados en 1876 en la Sala de los Templarios de Aviñón.

Los felibres se dividen en dos grupos: los «mantenedores» y los «mayorales». Cada «mantenencia» corresponde á un gran dialecto de *oc* dividiéndose luego en «escuelas» ó subdialectos. Los mayorales son cincuenta, y forman el «consistorio» felibre. La administración se compone de un jefe, el *capoulié*, de un



asesor y un síndico por cada mancomunidad, un canciller, un tesorero y un secretario, elegidos todos por trienios. El 21 de Mayo, día de Santa Estela, los felibres se reúnen en asamblea general en una ciudad previamente elegida por el consistorio, y cada siete años se celebran juegos florales. Los mayores se distinguen por la cigarra de oro; el *capoulié* tiene una estrella de oro de siete rayos, y los mantenedores llevan la pervinca turquí.

En 1885 surgió con Javier de Ricarts y Augusto Fourés el felibrismo de acción social. Hoy, gracias al impulso dado por Mistral metódicamente, el felibrismo, menos alegre y burlesco, se ha extendido por todo el Mediodía, comprendiendo la Gascuña y el Bearne, y constituyendo el regionalismo de los países de lengua de oc.

El 4 de Marzo próximo pasado ha sufrido el felibrismo una pérdida difícil de reparar, con la muerte del *capoulié* Félix Gras, ocurrida en Aviñón. Gras venía siendo jefe de la Sociedad desde 1891, después de la muerte de Roumanille. Su amplitud de miras, su grandeza de alma y el positivo valor de sus obras han influido no poco para conquistar las grandes simpatías de que gozan los felibres en el mundo literario y en las esferas del Gobierno. Como exergo de su labor figuraba el lema:

Ame moun village mai que toun village;  
Ame ma Prouvinço mai que ta prouvinço;  
Ame la Franço mai que tout (1).

El 21 de Abril se reunió el Consistorio de los felibres en Arlés, eligiendo en sustitución de Gras para *capoulié* á un joven, Pedro Devoluy, poeta notable, pero principalmente un erudito, un historiador y un hombre de acción. Dadas las nuevas tendencias del felibrismo y sus propósitos de salir del campo

(1) «Amo mi aldea más que tu aldea; — amo mi provincia más que tu provincia; — amo á Francia más que todo». Hermoso programa, que tan bien armoniza el amor de la patria chica con el de la patria grande, que nuestros desdichados catalanistas se empeñan en poner en pugna.



puramente literario, no podía el Consistorio haber hecho mejor elección. Marco Varenne, comparando la acción de Gras con lo que se espera de Devoluy, dice: «Como los reyes constitucionales, el capoulié Gras no ha gobernado, ha reinado; Devoluy ha comprendido que la evolución debía acentuarse profundamente, y gobernará seguramente. Después de los poetas, de las leyendas y de la erudición, la acción se impone. Basta una palabra, y será.»

### TEOSOFIA

LA TEOSOFÍA Y EL MATERIALISMO.—Gran parte de la misión de la teosofía consiste en combatir el materialismo, dice en *Sophia* Alejandro Fullerton. Por materialismo suele entenderse el culto á la materia, atribuyéndola todas las formas y toda potencia de vida, ya que no la negación de mundo ó plano alguno fuera del físico. La teosofía sostiene que la vida no viene del mundo físico, cuyo valor se reduce á dar al supra-sensible medios para manifestarse y elementos con que enriquecerse. La teosofía tiene una doble misión: hacer revivir la creencia en lo invisible y hacer que lo invisible explique lo visible.

Hay dos materialismos: el grosero y el refinado; el que por cualquier motivo llega á creer que nada existe fuera de la materia y sus fenómenos, obra en armonía con esta creencia, y no viendo otro objetivo en la vida que el goce, procura satisfacer todos sus apetitos, reduciendo á tan pobres fines su existencia. Pero hay otra escuela de materialistas, formada por espíritus de alta inteligencia, investigadores pacientes que escrutan los maravillosos poderes de la Naturaleza; llenos de entusiasmo por sus descubrimientos y estudios exaltan, la fecundidad de la materia, pretendiendo explicarlo todo por sus leyes; tienen pasión por la verdad, abnegación y amor al trabajo y se sienten apóstoles de la ciencia. En cuanto el micros-



copio y el alambique les revelan nuevos estados de la materia, exáltase su pasión investigadora y se excita su celo por ampliar el campo de sus experimentos, con nobles fines y generosos instintos.

Entre estos dos tipos extremos del materialismo existen todos los grados y variedades imaginables, todos enlazados por la afirmación común de que la vida no es más que el producto de la materia organizada. No hay duda que entre todos estos hombres hay muchas personas de buena fe que no pueden encontrar ninguna prueba de que haya un mundo del espíritu mucho más real que el mundo visible, que haya un hombre dentro de ese tabernáculo de carne que perdurará cuando éste se disuelva en sus elementos. Hay millones de personas que viven como si no hubiera más que materia; pero probablemente es una minoría insignificante la que niega deliberadamente la existencia del espíritu, y más bien que excépticos ó materialistas, lo que hay son indiferentes é ignorantes.

No puede negarse la tendencia á considerar como real únicamente lo concreto y perceptible por los sentidos corporales. El hábito de la época es buscar la explicación de todos los fenómenos en causas materiales, conducta laudable en cierto sentido, pero vituperable por su exageración. Bien está que no se busquen lejos las causas de efectos que están cerca; pero á veces la explicación en esta forma es insuficiente y hay que completarla buscando otras causas. Puede ser conveniente rechazar explicaciones ocultas mientras no sean necesarias; pero muchas de las últimas conquistas de la ciencia en el terreno de los hechos son de tal naturaleza, que hay que apelar al esclarecimiento ocultista ó condenarse á ignorancia perpetua. Mucha parte del hipnotismo, el espiritismo y sus fenómenos, los sueños, la herencia, el genio, la clarividencia, las profecías y mil otros problemas son de esta clase.

La teosofía se halla frente á un estado social general, del que se ha borrado en gran parte la conciencia viva de poderes suprasensibles; de modo que se necesita una gran demolición



y reconstrucción antes de que los motivos más grandes entren marcadamente en acción. Uno de los hechos más lamentables es que la religión misma se ha infestado de materialismo. Examínense las diversas secciones, ritualistas y no ritualistas del Cristianismo, y se las verá impregnadas de materialismo. La afirmación más insistente de la católica es la de la necesidad de formar en sus filas para asegurar la salvación. ¿Y en qué consiste esa necesidad? La organización está sostenida por una ordenación física, una «imposición de manos» sin la cual no son válidos los sacramentos, que son los pasaportes para el cielo: el bautismo necesita agua; la confesión, palabras del penitente y del confesor; el matrimonio, votos cambiados y bendición pronunciada; la confirmación, óleos y manos episcopales; la comunión, hostias; la extremaunción, aceite y sacerdotes; á cada paso se enseña al creyente que su salvación sólo se alcanza por medio de ritos y funciones externas y corporales; la reverencia se inculca y el culto se mantiene por todos los medios adecuados para la enseñanza, por los ojos, por los oídos y por las manos; y en las peregrinaciones se empequeñece la comunión del alma con Dios al viajar por mar y tierra para alcanzar un lugar más cerca de la Divinidad, consagrado por un milagro material, una aparición ó una cura.

Claro es que se pretende que todas estas cosas no son más que una ayuda para la devoción; pero lo cierto es que la mente del devoto y aun la del sacerdote mismo sólo piensa en la forma material, y en un caso particular, en el de la provisión para el bautismo del niño no nacido, el materialismo práctico no puede ir más lejos, condicionando el bien espiritual por un rito físico. Todo se basa en cosas materiales; que falte el agua, el pan, el vino, el aceite y las ceremonias, y el alma se queda sin acceso á Dios. Dejádla en el gran templo de la naturaleza con el cielo por bóveda y la tierra por suelo, y se sentirá perdida y desamparada como un niño en el desierto.

Las iglesias no ritualistas no han llegado á igual grado de materialismo fetichista, pero también lo fundan todo en



un objeto sensible, pues hacen depender la bienaventuranza de la creencia en la crucifixión y muerte de Jesús; este acto de fe es el que transfiere al pecador el tanto necesario para libertarle de la responsabilidad personal y abrirle las puertas del cielo. Sus propios méritos de carácter, de espiritualidad, de altruismo, nada significan. La gran fiesta es la Pascua, y el hecho que se celebra es que por medio de la resurrección física de Jesús entre los muertos, los creyentes pueden también levantarse, siéndoles devueltos sus cuerpos por toda la eternidad. No se reflexiona que si el alma puede existir y funcionar perfectamente durante el tiempo que media entre la muerte y la resurrección, no hay razón para que no sea lo mismo después. Hacer que el asumir de nuevo un cuerpo físico sea necesario para la perfección de la existencia celeste, es una fase de materialismo tan extremado como el que más; esto sin contar con que la restauración del antiguo cuerpo sería todo menos una merced para muchos hombres dignos verdaderamente de la inmortalidad. La revivificación de un cadáver para contribuir á la dicha inmortal del alma, que se ha librado de él, es en todo caso un ejemplo del más extravagante materialismo.

Hay que encontrar algo mejor que todo esto para oponerlo á las tendencias materialistas y egoístas de la época actual, y que pueda satisfacer mejor las íntimas necesidades de los hombres serios. Una vez que se distingan debidamente las verdaderas relaciones entre la materia y el espíritu, la ciencia y la religión se fusionarán dejando de ser estudios hostiles y antagónicos, apareciendo como departamentos armoniosos de la gran filosofía de la vida que lleva el nombre de Teosofía.

## COSTUMBRES

LOS DESENGAÑOS DE LOS MULTIMILLONARIOS. —A medida que en los Estados Unidos aumenta el número de los millonarios, aumentan á su vez— dice Norvins en *La Revue de París*—las



historias dolorosas de sus desarreglos cerebrales, de los cataclismos de sus fortunas y de las desgracias de familia que les ocurren. Sus degenerados hijos revelan completa carencia de sentido moral, y sus mujeres é hijas, envenenadas por el contacto de la especulación, con su vida sin ideal y sin objeto, parecen servir de expiación á sus riquezas.

La versatilidad hace estragos entre las jóvenes casaderas; para una europea sería penoso y humillante verse separada de su novio, una vez aceptado oficialmente; en los Estados Unidos es cosa corriente la ruptura de un matrimonio proyectado para casarse con otro; el término *jilting*, que significa engañar y explotar el amor, no choca ya en aquella sociedad corrompida. En la sociedad nuevayorquesa no se oye hablar sino del último *jilting* de la linda nietecita de Astor, que ha sacrificado por otro á su prometido Harry Lher; de Ester Barrymose, que ha despedido á Dumaurier; de Ana Depew, que ha dejado al teniente Edie, y de tantas y tantas otras semejantes. Conocido es el idilio de mis S\*\*\* con el príncipe K\*\*\*; la riquísima heredera del famoso tratante en cerdos de Chicago ha recorrido toda Europa con su novio, y cuando ya estaba fijado el día del matrimonio, lo dejó plantado por casarse con un multimillonario de la última hornada.

Las jóvenes de Europa se venden también en matrimonio, pero tienen la disculpa de sus necesidades. En los Estados Unidos el culto al becerro de oro ha pervertido fundamentalmente los corazones y las almas. Y á falta de millones, cuando no pueden tenerlos, el preferido de la joven yanqui es... el que pueda llevar á su boda mayor número de multimillonarios, para que la prensa eche la cuenta del número de millones que estaban representados en la comida nupcial.

Las que en otro tiempo venían á Europa en busca de un título nobiliario que quisiera dorar sus enmohecidos y agrietados blasones, se han hecho «más prudentes», renunciando á toda vanidad aristocrática para no desear sino fortunas colosales que les permitan satisfacer sus más costosos caprichos.



Por eso, en lugar de interesarse como antes por las variaciones del Almanaque de Gotha, no se interesan más que por las emociones de Wall Street y por las fluctuaciones del mercado bursátil, yendo ellas mismas á la Bolsa para asistir á sus tragedias, para gozar de su movedizo y enloquecedor espectáculo. Preguntad á una nuevayorkina de diez y seis años, y os contará los escándalos de los triunfos y de las ruinas de la Bolsa, empleando hasta la jerga especial de los bolsistas, pues sabe distinguir perfectamente un *cordero* (lamb) novicio ignorante de los ardides de la especulación, de un *toro* (bull) que sabe buscar el momento del alza para comprar, y de un *oso* (bear) que vende cuando huele la baja.

Las tragedias reales y horribles de la Bolsa cautivan á las jóvenes americanas. Nadie ignora que los mates de la Bolsa tienen por consecuencia terribles apoplegías; un especulador afortunado ve de pronto destruído todo el andamiaje de sus combinaciones: el choque es tan violento, que llega al corazón y cae muerto como herido por el rayo; recogen su cadáver, y al día siguiente nadie se acuerda de él. Así sucedió, por ejemplo, á Juan Kee, hombre prudente que iba paso á paso con imperturbable calma labrando su fortuna, sin dejarse arrastrar por impaciencias peligrosas; en el mes de Mayo último colocó toda su fortuna en un solo valor, el *Union Pacific*; acechando siempre, é impasible en apariencia, ve de pronto bajar aquellas acciones de un modo extraordinario é inesperado; aquello era su ruina; Juan Kee palideció, y sin decir una palabra, cayó redondo; había dejado de vivir. Carlos A. Jones, un émulo de Vanderbilt, vió otro día cambiado el viento de su fortuna y se volvió loco; Nathaniel Jones, gran especulador de granos y multimillonario, tuvo que concluir por aceptar un empleo de escribiente, hasta que una noche se recogió su cadáver en una callejuela, y así muchos y muchos más.

Las comedias que se representan en la Bolsa para formar las convicciones de los tímidos son desopilantes. Los seductores, instruídos en su arte, unen el gesto á la palabra, y no hay



actor que les iguale. Los ejemplos de éxitos políticos se juntan para acabar de influir en el ánimo y lanzar en la especulación á los más timoratos; uno de los más recientes es el de la joven actriz miss Wilson: á fuerza de privaciones había llegado á ahorrar 2.000 duros; le aconsejaron que comprase un valor, lo hizo y ganó 2.500 duros; acalenturada por el éxito no pensó ya más que en jugadas y cotizaciones, perdiendo el sueño y el apetito; creyéndose ya hábil, compra y vende sin aconsejarse de nadie, y en tres días pierde todo lo que tenía; sin acobardarse juega sobre otro valor, y al fin de la semana se encuentra dueña de 500.000 duros; arriesga 10.000 y gana otros 250.000, y estupefacta de su suerte viene á Europa á gozar de su fortuna improvisada.

Esta fiebre de la especulación ocasiona víctimas á cientos todas las semanas; cuando el termómetro de la especulación está más alto, la estadística demográfica semanal revela un aumento de 25 por 100 en los fallecimientos: los hombres de cincuenta años forman el contingente principal de estas apoplegias fulminantes. Los médicos reconocen que se vive demasiado aprisa en aquella ciudad de negocios, multiplicándose de tal modo las enfermedades del corazón, que es difícil decir quién está completamente libre de ellas, lo cual se comprende fácilmente pasando revista á los quehaceres de un hombre de negocios, como Housman, por ejemplo, corredor afamado de Bolsa.

«Me levanto — dice Housman — á las seis y quince de la mañana; leo en seguida todos los cablegramas recibidos y tomo las disposiciones procedentes; esta lectura, aunque rápida, me lleva hasta las ocho, y entretanto, sin darme apenas cuenta de ello, he estado almorzando. Hecho esto voy á mi oficina, á pie cuando puedo, y cuando no en coche, tardando una hora en el primer caso y un cuarto de hora en el segundo, aprovechando en ambos casos el tiempo en hablar con mi acompañante de negocios. Llego á las nueve, y en mi mesa encuentro apilados cablegramas, telegramas y telefonemas;



los hojeo á escape, llamo á los jefes de mis servicios, les doy instrucciones, y á las nueve y cincuenta tengo que tener terminada toda esta primera parte del trabajo del día, pues la Bolsa se abre á las diez en punto. De diez á once y cuarto estoy en las operaciones del Stock Exchange y allí no tengo mío ni un segundo, pues tengo constantemente que responder ó llamar á mis cuatro teléfonos; de minuto en minuto me enteran de todos los movimientos de los valores, transmito órdenes á mis empleados y hablo con los clientes que necesitan una opinión ó una comunicación; á las once y quince corro á una asamblea, donde discuto mis intereses durante media hora; luego vuelvo a mis oficinas, asisto á las doce y treinta á otra asamblea, vuelvo á discutir en otra á las dos y treinta, y estoy de vuelta para tomar las cotizaciones del cierre; de tres á cuatro reunión de mis asociados para concertar las operaciones del día siguiente; pero la conversación queda interrumpida por una decena de campanillas eléctricas y otras tantas visitas urgentes de mis clientes. Entretanto, nuestro Consejo de Administración se ha enterado de nuestras transacciones y comentamos las fluctuaciones del día estableciendo los planes para el día siguiente, único medio de salir bien en Wall Street; esta tarea nos lleva hasta las siete ó las ocho, sin contar con que á cada instante me llaman por teléfono de unos ú otros despachos; corro allá, veo á este en el hotel, al otro en el club, como con uno y cambio unas palabras con otro. Hecho esto son las nueve. Entonces puedo volver á casa ó pasar media hora en un teatro si nadie me espera; pero lo más frecuente es encontrarme al paso con otra docena de personas, y pocas veces puedo acostarme antes de las once. Esa es mi vida, y siempre es lo mismo desde el principio hasta el fin de la semana.»

Y no es tanto la duración del trabajo como la constante tensión de espíritu lo que agota al financiero, no habiendo ninguna profesión en el mundo que esté sujeta á tal exceso de trabajo sostenido por la fascinación. Pierpont Morgan, ade-



más de la dirección de su gran casa de Banca, se ocupa activamente del Banco Nacional del Comercio, del que es Vicepresidente; dirige además *veintiuna* compañías de ferrocarriles, entre las cuales figura la Central, de Nueva York. No contento con estas tareas, que bastarían para llenar la vida de un trabajador empedernido, vigila activamente los negocios de la Compañía General Eléctrica, que es la mayor sociedad eléctrica del mundo; de la Compañía Pulman del Palacio del Gas, de la Sociedad de Seguros Etna, de la Compañía de la Unión Telegráfica del Oeste, de numerosas minas de carbón, y todavía, por añadidura, puede estar al frente del gigantesco *trust* del acero, de 5.000 millones de capital. ¿Qué cerebro resiste tantos esfuerzos?

En todo caso, estos multimillonarios, que por la robustez de su constitución logran evitar la enajenación mental ó la ruina de sus organismos, pagan en su primogenitura el tributo debido á este agotamiento de sus facultades, y basta atravesar uno de los más flamantes salones de los 400, para sentirse sobrecogido por la melancolía de ciertas parejas matrimoniales, en las que los jóvenes esposos aparecen ya fatigados y quebrantados por la vida mientras sus esposas se muestran singularmente ávidas de placeres que la vida les ofrece demasiado tardíamente.

\*  
\* \*

EL KRACH DEL DIVORCIO.—¿Sabéis una cosa?—dice Emilio Faguet en la *Revue Bleue*.—Pues es que ya no se divorcia la gente; nada absolutamente, sería demasiado decir, ni querríais tampoco, porque el divorcio es institución eminentemente recreativa para que no se la echara de menos.

Y no sólo es cosa divertida el divorcio, sino que es eminentemente moralizadora, pues es el único que asegura la indisolubilidad del matrimonio. Conocido es en cirugía que el miembro roto y soldado es más fuerte en el sitio de la fractura, y



así pasa en Francia con el matrimonio: el matrimonio simple puede ser disuelto, pero si se vuelven los esposos á arreglar, se hace indisoluble. El único medio de estar casado indisolublemente es casarse primero, divorciarse después y luego volverse á casar; ese segundo nudo no hay quien lo rompa. Una joven cristiana con prejuicios anticuados sobre la vida conyugal se casa, hace que su marido se divorcie, lo reconquista después, y le dice: ¿Sabes por qué he obrado así? Porque soy cristiana y no admito que el matrimonio no sea indisoluble, y como el único medio para conseguirlo en Francia es divorciarse, he procurado que nos divorciáramos para casarnos cristianamente.

Hay, pues, algo bueno en el divorcio, algo agradable, algo útil y aun algo moralizador. Y lo sensible es que ha cesado de agradar; la estadística nos enseña que en los dos años últimos el número de divorcios ha bajado de un modo que Naquet calificaría de inquietante. Apenas se divorcia nadie. Ya no hay evasiones ni liberaciones.

¿Cuáles son las causas de este cambio? La primera que salta á la vista es que había sin duda un gran número de separaciones que transformar en divorcios; se ha procedido á esta transformación, y agotado el stock, se ha detenido, naturalmente, la producción. Dudoso es, sin embargo, que esta sea la verdadera explicación del fenómeno; hace diez y ocho años que se estableció la ley del divorcio, y es evidente que la liquidación de las antiguas separaciones no se ha dejado para los años 1895, 1896 y 1897, sino que se hizo de 1884 á 1886.

Se dirá, con esa sonrisa con que el vencedor se dirige á un imbécil, que hay menos divorcios porque hay menos casamientos; pero eso es un error. Hay menos casamientos, pero muy pocos menos, y hay también menos divorcios, pero muchísimos menos; las cifras no son proporcionales, y no hay que argumentar con tantos aires de vencedor.

¿Y entonces? Pues, ante todo, la influencia de la moda. El snobismo no es precisamente el fondo del carácter francés,



pero es un elemento muy importante. La gente se ha divorciado como en 1859 se puso á llevar crinolinas y miriñaques; y ha dejado de divorciarse como en 1870 la dió por llevar faldas aplastadas. La gloria del divorcio ha durado trece años, que es el tiempo de una moda; la crinolina duró doce años y el divorcio trece, sin duda por ser cosa algo más seria. Una moda dura el tiempo que tarda una generación en cambiar de gusto y en notar que su gusto precedente no vale nada. El divorcio ha sufrido la ley común: agradó, y ha dejado de agradar; ha sido de buen tono, y ahora es de muy mal tono; no hay, pues, que extrañarse de que no se use tanto.

¿No hay causas más profundas? Puede haberlas, y las hay. ¿No pueden observar los divorciados que en el 90 por 100 de los casos el divorcio no remedia nada, y que si antes estaban mal luego, están peor? Nuestra desgracia, cuando existe, no viene del otro, sino de nosotros mismos, y nos acompaña donde quiera; no es del otro de quien tenemos que divorciarnos, sino de nosotros mismos, de nuestro carácter violento, débil ó caprichoso, que es el que nos hace desgraciados. ¿Por qué no han de ser muchos los que se hayan dicho esto?

¿Qué es, por otra parte, el deseo del divorcio? Pues es una forma del optimismo, que consiste en creer que todo marcha perfectamente en el mundo excepto nuestra casa. El que piensa así se divorcia, en busca de una mejora que no encuentra. Pero como el desengaño no tarda en venir y son tantos los desengañados, la opinión cambia. «¿Es posible—se decía antes—que yo tenga tan mala mujer, cuando todas las demás son tan buenas, y que mi casa ande tan mal cuando las demás son un paraíso?» Así razonaban los optimistas; y se divorciaban. «¿Con que somos así?—se dice ahora;—pues así seguramente son todos los demás; yo no lo veo, pero es porque el mundo me es menos conocido que mi cuarto y las mujeres de los demás sólo las conozco en visita; pero en su casa serán lo mismo que la mía, que también en visita es encantadora.» Así se razona hoy, con pesimismo lleno de cordura, y todos, en conse-



cuencia, se aguantan y nadie quiere divorciarse, y hacen perfectamente.

Es un cambio de filosofía con el que hay esperanza de que cambien las cosas. La disminución de divorcios es ya un síntoma. No es la sabiduría, pero es el principio del buen sentido.

## FEMINISMO

**LAS SUPREMACIAS DE LA MUJER.**—Los feministas que ven en el hombre y la mujer dos fuerzas antagónicas iguales, y los antifeministas que afirman la superioridad incontestada del hombre y la inferioridad no menos incontestada de la mujer, se equivocan igualmente, dice en la *Nuova Antología* Paula Lombroso: lo que hay en el hombre y en la mujer son elementos distintos que se completan; pero mientras las supremacías del hombre han sido desde antiguo reconocidas, las de la mujer están todavía aprisionadas en los archivos de la biología y de la historia.

La superioridad orgánica del hombre es cosa tan bien acreditada, que el apelativo de *sexo fuerte* para el hombre y de *sexo débil* para la mujer ha llegado á ser un lugar común. Pero ¿se apoya realmente esta superioridad (1) en argumentos

---

(1) Hace veinticinco años, en 1877, cuando nadie hablaba de feminismo, y cuando yo era todavía un estudiante en Salamanca, escribí un artículo titulado *El sexo débil*, del que no me había vuelto á acordar, y que seguiría hasta Dios sabe cuándo, entre mis legajos, si el interesante trabajo de Paula Lombroso no hubiera despertado su recuerdo en mi memoria. He aquí ligeramente extractado aquél artículo con el que no sin trabajo he logrado tropezar:

### EL SEXO DÉBIL

No comprendo por qué dicen  
Que es tan débil la mujer;  
Con sus ojos y su llanto,  
¿Quién la aventaja en poder?

(PEDRO MATA Y FORTANET.)



inexpugnables? Si por superioridad orgánica se entiende la más pronta y rápida adaptación á la vida y á las condiciones del medio ambiente, la mujer es incomparablemente superior al hombre desde que nace, como lo prueba el mayor número de mujeres que existe: en el momento del nacimiento, los varones son muchos más que las hembras, 105, 110 y 117 por 100, según los países; pero apenas nacidos, los hombres sucumben en mayor número que las mujeres, llegando éstas á sobre-

Cuantas veces oigo decir ó leo que la mujer es débil, no puedo menos de compadecer al hombre por la carga que con esa afirmación echa sobre sus hombros, ni puedo tampoco dejar de comprender que esa carga es el justo castigo de su desmedido orgullo, la pena de su voluntaria ceguera.

Vamos á ver: ¿donde está esa decantada debilidad de la mujer? ¿Está en la fuerza muscular? Demasiado sabéis que no: la mujer puede desempeñar y desempeña, llegado el caso de arrancarse la máscara de debilidad con que os habeis empeñado en cubrirla, los mismos trabajos manuales, los mismos oficios que vosotros, y fatigándose menos. ¿Queréis la prueba? Seguid los pasos de un criado y de una criada que vayan por agua; el criado, el *fuerte*, lleva sólo un cántaro, no muy grande, y á los pocos viajes está rendido; la criada, la *débil*, suele llevar dos enormes cántaros y apenas se descubre en ella el menor indicio de fatiga cuando su compañero ya no puede moverse; observadla acompañada por su novio y la veréis hacer largas paradas para dar largas á la conversación, con un cántaro lleno en la cabeza y otro no menos lleno estribado en las caderas. Y después de esto... decid que la mujer es débil.

Dentro, por otra parte, del mismo trabajo corporal, ejecutan operaciones las mujeres que jamás el hombre podría desempeñar sin graves trastornos para su economía. ¿Habéis visto velar un enfermo por una mujer y por un hombre? ¿Quién resiste más? La mujer, siempre la mujer, ese sexo tan... *débil*.

Pero sigamos el paralelo. Ya que podemos considerar que la mujer (y claro es que al hablar de la mujer se habla del tipo corriente, que puede estimarse como promedio y regla general) es físicamente, por su fuerza material y por su resistencia, igual al hombre, ¿habrá quien niegue que le es infinitamente superior en lo que á los sentimientos se refiere? No; en esto todos estamos de acuerdo: la mujer tiene una sensibilidad más exquisita. Sus fibras son más delicadas, sus nervios más sutiles, su corazón más grande, sus pasiones más ardientes. No hay más que ver sus formas redondeadas, turgentes, suaves, y compararlas con las nuestras, angulo-



ponerse al hombre en casi todas las edades, y sobre todo en la vejez, pues en Inglaterra hay 104 mujeres centenarias por 46 hombres, y en Francia 46 por 27; en Inglaterra las mujeres que llegan á ochenta y cinco años son 8.290, y los hombres no son más que 5.320.

Esta supervivencia de la mujer puede explicarse por esa mayor resistencia al mal que Lombroso ha llamado disvulnerabilidad de la mujer; de una información hecha por él mismo

sas, endurecidas, ásperas, para convencerse de ello. ¿Qué sentimiento iguala en vosotros al amor maternal? Ninguno. Sabido es de todos que entre dos que se aman, siempre ama más la mujer. La educación que el bello sexo recibe, la vida sedentaria que lleva, sus aficiones al patético, todo esto contribuye á desarrollar en ella el sentimiento hasta un grado infinitamente superior al del hombre. Es por lo tanto la mujer no débil, sino fuerte, fuertísima, por su parte sensible, por su delicado sentimiento. Si aún se pudiera dudar, yo os pregunto: ¿cuándo llega el amor de un hombre al amor que siente la madre por sus hijos? Por último, sabiendo que la mujer siente más que el hombre, ¿no sería lo natural que pudiera resistir menos que éste el impulso de sus pasiones? Pues bien; la mujer, fuerte en su sentimiento, es tan fuerte en su voluntad que resiste y triunfa casi siempre (sea por lo que quiera) de sus pasiones, mientras que el hombre sucumbe vergonzosamente á su yugo. Ese es el sexo... débil; á tan extraviada aseveración nos lleva nuestro orgullo y nuestra ceguera.

Una última esfera resta que recorrer: la de la inteligencia. En esta parte, os oigo decir, no diréis que la mujer no es débil. Es cierto que comparada una mitad de la humana especie con la otra mitad, en la masculina se hallan muchos más talentos, muchas más capacidades que en la femenina. Pero si tenéis en cuenta que en el Occidente habéis esclavizado á la mujer, que en Grecia la habéis prostituído y en Roma la habéis obligado á prostituirse; si no perdéis de vista que en la Edad Media la mujer era aún una cosa, y que aun en la Edad Moderna le dais, por una extraña preocupación, la educación más opuesta al desarrollo de su parte inteligente, y si después de todo esto recordais los nombres de Safo y de Stael, de Santa Teresa y de sor Juana Inés de la Cruz, de Roland y de Concepción Arenal, y tantos y tantos otros, gloria de las ciencias y de las artes, no podréis menos de confesar que aun en ese último baluarte de nuestra *fortaleza*, quedamos vencidos por la *debilidad* de la mujer.

(Alba de Tormes, 15 Agosto 1877.)



entre los más reputados dentistas de Turín, resulta que las mujeres soportan mejor que el hombre las operaciones dentarias, y lo mismo afirman todos los cirujanos. Pero donde esta superioridad aparece evidente es en lo que podría llamarse el genio de la especie: las investigaciones de Orchanski sobre la herencia demuestran que la mujer opone la resistencia más eficaz para transmitir y para recibir la herencia morbosa; dada una familia enferma, el peligro de heredar la enfermedad ó de heredarla agravada es siempre mayor cuando el enfermo es el padre que cuando lo es la madre; y un varón hereda la enfermedad mucho más fácilmente que una hembra. El hombre será más inteligente que la mujer, pero mientras toda mujer puede hacer un hijo y defenderlo desde antes de nacer, no todos los hombres saben hacer un libro, ni nacen con mejores disposiciones para leer y escribir.

Además de esta forma de supremacía orgánica que la mujer puede contraponer á la mental del hombre, tiene también otra no menos importante y original. Si el hombre ha inventado y dado forma á la vida civil y social, la mujer ha encontrado por su parte la fórmula de la vida doméstica: la casa, la medicina, el arte de hilar, de tejer, de coser, de cocinar, de teñir, son invenciones de la mujer. La invención del fuego es muy discutible; pero si no lo inventó la mujer, ella lo custodió y conservó siempre. La mujer puede alabarse además de haber sido la inventora de la agricultura, puesta bajo la egida de Ceres, Flora y Pomona, con todas las artes subsidiarias, especialmente la domesticidad de los animales.

Estas son las verdaderas y positivas excelencias de la mujer, que valen mucho más en su favor que las pretendidas conquistas de virtudes y cualidades varoniles que los feministas se afanan por atribuirle: poseer una virtud innata para proteger á sus hijos de la herencia morbosa, para atenuar todos los gérmenes de degeneración, y haber dado origen á la vida doméstica, á la casa, á la cocina, á la industria textil, á la agricultura y á la domesticación de los animales.



EL MOVIMIENTO FEMINISTA.—Interesantes son los datos que acerca de los progresos del feminismo nos suministra la señorita Kœthe Schirmacher en *La Revue*.

La coeducación realiza en Alemania grandes progresos, habiendo ya en el Ducado de Baden trescientas jóvenes que asisten á los Institutos, habiendo tenido gran éxito todas las que se han examinado, y habiéndose fundado una nueva escuela realista para señoritas en Mannheimy, otra reformada en Hamburgo. Las Universidades de Baviera han sido autorizadas para admitir á las bachilleras, pero sólo como oyentes. El Subsecretario de Correos y Telégrafos se ha declarado muy satisfecho del servicio de las telefonistas, de las que hay 800 sólo en Berlín, mejor retribuídas que las parisienses, pues éstas ganan de mil á dos mil francos de sueldo con 200 de indemnización de casa, y aquellas cobran de mil cuatrocientos á dos mil quinientos francos de sueldo y 600 de indemnización.

En Francia se ha fundado otra nueva sociedad feminista: la Sociedad del sufragio de las mujeres; su argumentación no deja de ser convincente: admitidas las mujeres como electoras y elegibles para los Consejos de *Prud'hommes*, para los Consejos provinciales de enseñanza, para el Consejo de Instrucción pública y para el Consejo superior del trabajo, ¿por qué no han de ser electoras y elegibles para los Municipios? Para apoyar su propaganda han inventado un sello feminista para las cartas, con la inscripción «derechos de la mujer». Las últimas elecciones para los Consejos de trabajo han dado el triunfo á dos *candidatas*: la señorita Levy en la sección de Banca y seguros, y la señorita Bouvier en la sección de vestidos. Las obreras libres se quejan de la competencia que les hacen las cárceles y los conventos: sólo la obra del Buen Pastor, que empezó hace sesenta años con cinco monjas, posee hoy 220 casas donde trabajan 47.385 obreras mal alimentadas y muy mal pagadas, siendo conveniente que se reclame como en Alemania, la reglamentación del trabajo á domicilio para poner coto á la explotación de la miseria.



En Bélgica las mujeres han dado una gran prueba de buen sentido, de tacto político y de previsión; allí se trata de establecer el sufragio universal sin distinción de sexos; pues bien, la Sra. Vandervelde, en nombre de las mujeres socialistas, ha hecho adoptar por el partido obrero un orden del día en el que se dice que, pudiendo comprometer el éxito de la reforma reclamada la reivindicación inmediata de sus derechos por el cuerpo electoral femenino, se propone la suspensión del movimiento de propaganda en favor del sufragio universal de las mujeres hasta que se logre el de los hombres. Quizá en esta actitud de las socialistas haya algo más, sin embargo, de lo que dice la colaboradora de *La Revue*, pues sabido es que las mujeres de los campos y de las aldeas están todavía dominadas por el clero, y la concesión del sufragio á la mujer podría ser un entorpecimiento para el logro de los planes fraguados por los progresistas, y un triunfo para el partido católico, de tanta mayor resonancia cuanto que había luchado contra la concesión del sufragio.

Las noruegas, que intervienen ya en las elecciones municipales y políticas, organizan reuniones y trabajan para hacer triunfar á sus candidatos en las elecciones próximas. En Dinamarca se va á conceder el mismo derecho á las mujeres contribuyentes para las elecciones municipales; y las cinco plazas recientemente creadas de Inspectores del trabajo se proveerán en los aspirantes que revelen mayores aptitudes, sin distinción de sexo.

En las elecciones de Bohemia las mujeres han representado un papel airoso, pues allí las grandes propietarios votan por poder, y las que pagan cierta cuota pueden votar directamente. En Viena se ha creado la primera colonia universitaria por un grupo de filántropos; Budapest acaba de ver establecer la primera *médica*, y en la Universidad de Agram, en Croacia, son admitidas ya las mujeres en la Facultad de Filosofía.

En Rusia el movimiento feminista universitario está en



auge, asistiendo 450 mujeres á las clases universitarias de Moscou, y contándose nada menos que 624 médicas. Para las súbditas mahometanas acaba de abrirse un Instituto, cuyo protectorado se ha dignado aceptar la Czarina.

De Italia no hay más que malas noticias: las telefonistas de Milán han tenido que declararse en huelga porque sólo ganan 35 francos al mes y piden 60.

En Inglaterra el feminismo está en huelga, absorta como se halla la atención del país por la guerra anglo-boer. En los Estados Unidos las mujeres han tenido la satisfacción de ver figurar á una de las suyas, Frances Villard, en el Panteón nacional de Washington. En Bulgaria, donde nadie sabía que hubiera feminismo, se piensa nada menos que en fundar una Federación de las veintisiete sociedades feministas que allí existen. En Egipto, el magistrado Casim Asim Bey continúa su labor de propaganda en pro de la transformación de la mujer mahometana, pidiendo su emancipación al igual de la mujer europea, con gran escándalo del clero musulmán. En el Japón, en fin, acaba de fundarse una escuela de enseñanza superior para la mujer en Tokio, y se hacen trabajos de propaganda para la reforma del traje nacional; en Nagano se ha fundado una sociedad de pureza social, cuyas adheridas se obligan á no casarse sino con hombres que tengan intacta su reputación moral.

## EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

**LAS UNIVERSIDADES POPULARES.**—Los experimentos ya hechos en Inglaterra con la *University Extension* y los que se están haciendo en París con la Universidad popular del barrio de Saint-Antoine, contienen enseñanzas que deben ser recogidas—como lo hace en la *Nuova Antologia* Carlos Sforza—por los pueblos convencidos de que el sistema exclusivo de las



conferencias y de las lecciones es ineficaz para levantar el nivel moral é intelectual de las clases obreras.

Una de las cosas que más llaman la atención al viajero que recorre Inglaterra, es asistir en el invierno, hasta en los pueblos más pequeños, á la serie de lecturas públicas, escuchadas religiosamente por todos los aldeanos y organizadas, ya por el *Squire*, ya por el maestro de escuela ó por el pastor ó *clergiman*. Treinta años van á cumplirse desde que la enseñanza universitaria, inaccesible al pueblo, ha venido á ofrecerse á todas las inteligencias. La Universidad de Cambridge atendió, en 1872, el ruego de muchas corporaciones y municipios, y la semilla cayó en tan buen terreno, que en el último semestre ha enviado más de cien conferenciantes á diversos centros, habiendo enviado otro centenar las Universidades de Londres y Oxford, todos inspirados en la idea de Pusey: «Se trata de hacer hombres y no libros.»

Los Comités locales organizan los cursos eligiendo las materias, y la Universidad suministra los profesores; los Comités fijan el precio de entrada, subiéndolo ó bajándolo, según las condiciones del auditorio, pero sin suprimirlo nunca, porque aquel pueblo práctico sólo se apasiona por lo que le cuesta algo. Esta organización de cursos, conferencias y Universidades populares es la que Italia—y lo mismo puede decirse de España—se pone á copiar, y de segunda mano, precisamente cuando Inglaterra reconoce la insuficiencia y casi la inutilidad de la enseñanza universitaria popular. Los asistentes á las conferencias eran personas que tenían ya el gusto del saber, y lo que urge dar al pueblo no son nuevos conocimientos, sino nuevas costumbres y mejores gustos: entonces, y sólo entonces, podrá elevarsele instruyéndolo.

El primero que pensando así puso sus obras de acuerdo con sus palabras fue un joven rico y estudioso, Arnoldo Tonnybee, que, abandonando los barrios ricos, se estableció en el East-End, fundando las verdaderas colonias universitarias (*University settlements*), la más importante de las cuales lleva



hoy su nombre. Tonybeehall abre por las tardes sus puertas á los obreros, que asisten allí á conferencias, leen diarios ó revistas ó conversan con los *residentes*, que son profesores, abogados, ingenieros y artistas que durante ciertos meses se obligan á residir allí, en modestas, pero pulcras habitaciones, donde permanecen durante sus horas libres, ocupándose de los pobres que les rodean, haciendo visitas y dando consejos y pareceres sobre la especialidad que cultivan. Allí tienen una sociedad de socorros mutuos y no les faltan agradables fiestas.

El tipo más perfecto de estas instituciones es la Politécnica, la *Poli*, obra, no de un grandioso impulso de generosidad colectiva como el que ha dado origen al *Palacio del pueblo*, su rival, sino á un solo hombre: Quintín Hogg era un joven rico, y para realizar su intento se metió á limpiabotas; cuando tropezaba en su oficio con un pobre diablo, le invitaba á ir á la casa por él alquilada, que de año en año ha llegado á convertirse en el gran palacio de la Poli. Para entrar allí no se deben tener menos de diez y seis años ni más de veinticinco, y hay que pagar un chelín anual, con lo que tiene derecho á los ejercicios de la palestra gimnástica, al gran lago de natación, á la biblioteca, al salón de lectura, á las conferencias de todas clases y á la caja de ahorros de la institución. El ambiente que allí se respira crea las más sanas costumbres. El número de asistentes es de 25.000; la mayoría son empleados, maquinistas, tipógrafos y electricistas; una tercera parte son albañiles, carpinteros y obreros de oficios diversos, y hay un centenar de maestros de escuela y unos cincuenta maestros de música.

En Francia, las esperanzas que hizo concebir la generosa idea de Deherme cuando en 1899 fundó la Universidad popular del *faubourg* Saint-Antoine, cambiada en 1900 en la *Cooperación de las ideas*, han resultado fallidas. Su mayor defecto pedagógico era la falta de enlace orgánico entre las varias conferencias; éstas, por otra parte, versaban, en general, sobre materias de erudición ó demasiado técnicas, que no lo-



graban atraer á los obreros, faltando así el principal objetivo.

La instrucción es buena, no ya por sí misma, sino por el bien que hace á los que la reciben. Las Universidades populares tienen pocas probabilidades de éxito en Italia y en España en las pequeñas ciudades; en cambio, pueden ser de gran utilidad en los grandes centros de población. De desear es que al hacerse algún ensayo se tengan en cuenta, no sólo los resultados obtenidos en Inglaterra y Francia, sino las condiciones especiales en que deben desenvolverse estas instituciones con arreglo á las exigencias y á las conveniencias locales.

\*  
\* \*

LAS REFORMAS TÉCNICAS EN LA SEGUNDA ENSEÑANZA.—Encargado por la Comisión ejecutiva de la Asociación de Catedráticos numerarios de Instituto de informar al Ministro de Instrucción pública sobre las reformas de carácter técnico que debieran introducirse en la segunda enseñanza, redacté mi ponencia, y aprobada por mis compañeros, la dirigí el 1.º de Agosto (el Real decreto de reforma es del 17) al Ministro, que la recibió con el más lisonjero aplauso. Publicada en *Nuestro Tiempo*, he aquí lo más substancial de su contenido:

«No es de ahora, ni es tampoco privativo de España, el estado de cosas que todos lamentamos; en mayor ó menor grado todas las naciones cultas lo han sentido y lo sienten, y todas le han buscado solución. Las exigencias de la vida moderna han mostrado en todas partes la insuficiencia de los tradicionales rutinarios planes y métodos de enseñanza, y la necesidad de acomodar los estudios á las imperiosas exigencias de la vida real. Más que el conocimiento de las civilizaciones que pasaron, como las de Oriente, Grecia ó Roma, nos interesa el conocimiento de las civilizaciones nacientes, como las de América ó el Japón; más que el dominio de las lenguas eruditas, el de las lenguas y dialectos vivientes; más que las grandes teorías cósmicas y físicas, las aplicaciones prácticas y los hechos



positivos; más que la sabia explicación de un teorema matemático, la pronta solución de un problema de contabilidad ó de ingeniería. El espectáculo de los vetustos pueblos asiáticos vegetando miserablemente, cuando no muriendo de hambre, en medio de su inagotable fecundidad filosófica y teológica frente á los modernos pueblos americanos, levantándose florecientes hasta un grado de riqueza y bienestar material jamás conocidos, es de tal modo sugestivo, que no es extraño que las ya carcomidas organizaciones europeas se preocupen hondamente de los medios de evitar caídas tan mortales como las de aquellos pueblos, buscando la manera de competir en bienestar con estos otros. Todos han comprendido que la raíz del mal está en la educación de la raza, y todos se han esforzado en transformar esa educación para adaptarla á las nuevas necesidades; el Japón, surgiendo en el Extremo Oriente como pueblo remozado y vigoroso que impone condiciones á la decrepita China y hace escuchar su voz en el concierto de los grandes Estados cultos, es ejemplo concluyente de lo que puede hacer una nación en poco tiempo, cuando, con clara conciencia de sus deberes y de sus aspiraciones, se decide á cumplir los unos para realizar las otras.

Forzados á buscar soluciones que se armonicen con la pobreza de nuestros recursos, y teniendo que desechar todas las que vienen indicadas por los más sanos y probados principios pedagógicos, como son las que se basan en la división y especialización del trabajo, porque esta división, condición indispensable de la intensidad, sin la cual no hay verdadero dominio discente, no puede obtenerse sino á costa de enormes gastos de personal y material, que, desgraciadamente, nos está vedado hacer, tenemos que pensar en otros procedimientos que nos permitan alcanzar, si no el ideal á que aspiramos, á lo menos mejoras positivas que nos acerquen á él lo más posible.

¿Qué objeto nos proponemos conseguir? Acabar con nuestra servidumbre intelectual; poner nuestra cultura al nivel de la cultura extranjera. Para esto necesitamos una verdadera



revolución, porque hay que cambiar nuestro sistema de educación para llegar á la transformación de nuestro carácter. Hay que empezar por la Escuela de párvulos y terminar por la Universidad, eslabonándolo todo, relacionándolo todo en un gran Código de Instrucción pública que guíe los pasos del ciudadano español por la senda del saber, capacitándole para el cumplimiento consciente de su misión individual, política y social.

¿Cómo podremos lograr que los cinco ó seis años de trabajo empleados por la juventud española en nuestros Institutos resulten verdaderamente fructuosos, de manera que esos establecimientos se transformen, de meras fábricas de bachilleres, en plantel de ciudadanos útiles? Añejo es ya el grito de combate, que predicando la cruzada contra el inmoderado afán de la familia española, trasunto fiel de la francesa ó la italiana, de hacer de sus hijos Doctores ó Licenciados, pretendía apartar á la juventud de los Institutos, para llevarlos á las Escuelas de Artes y Oficios, de Comercio ó de Náutica; pero la experiencia de los últimos años ha demostrado bien cumplidamente lo infructuoso de semejante campaña, que no ha logrado desviar la corriente de su antiguo cauce. Este fenómeno, cuyo alcance no debe desconocerse, puede servirnos de guía, indicándonos la conveniencia de agrupar en un solo centro todas las enseñanzas que teniendo un tronco común, guarden entre sí relación para que, recibida en común la educación general, irradien luego, como de un solo foco, las distintas especialidades, y salgan de ese centro único los futuros médicos y abogados, peritos y comerciantes, ingenieros y profesores. Tal vez parezca esta creación poco pedagógica; pero ya hemos hecho en este punto nuestras salvedades. En cambio, sobre ser más económica, será altamente política y moral, porque pondrá en contacto directo y fraternal á los representantes futuros de las demás categorías sociales, haciéndoles conocerse y estimarse, como miembros de una misma familia y órganos esenciales de un mismo cuerpo.



Los padres, por otra parte, que por preocupaciones disculpables envían sus hijos al Instituto, creyendo que al enviarlos á una Escuela Normal ó de Artes é Industrias se rebajan ó denigran, sentirán desvanecida esa preocupación al ver que del mismo centro salen los peritos mecánicos, agrícolas ó electricistas que los futuros Doctores, y esta consideración, por pueril que parezca, producirá seguramente excelentes resultados, empujando á las familias á optar por una carrera breve y de aplicación inmediata en lugar de una carrera larga, de problemático porvenir.

No dejará de ser tampoco una reforma plausible la de romper con la monotonía y la uniformidad de los actuales establecimientos docentes, todos acomodados al mismo tipo y ajustados á idéntico patrón. Conservando la uniformidad en las grandes líneas generales y en la armadura de los nuevos organismos, sería preferible dotarlos de órganos diferenciales, adaptados á las exigencias, medios y condiciones de cada localidad, para que no se repitiera el caso de que la Escuela de Artes é Industrias de Béjar, población eminentemente fabril donde la industria pañera tiene gran desarrollo, sea lo mismo que la de Almería, que se distingue por la riqueza de sus explotaciones mineras, cuando convendría, por ejemplo, dotar la de Béjar de una clase de tejidos y tintes, y la de Almería de otra de química aplicada á la minería. El ejemplo de Salamanca, cuyo Ayuntamiento sostiene desde hace más de veinte años una Escuela municipal de Artes y Oficios en la que se estudian las materias que la experiencia ha demostrado ser allí de más aplicación, presentando por lo mismo un carácter mixto de Escuela de Comercio, Instituto, Escuela Normal y Escuela de Bellas Artes, con tanta aceptación y éxito que su matrícula no baja ningún año de 400 alumnos, demuestra que ese es el camino que debe seguirse para llegar á resultados verdaderamente prácticos.

Nada, sin embargo, se lograría con tales innovaciones, como no fuera una perturbación más, mucho más honda que



todas las ya producidas, si al mismo tiempo no se procurara por todos los medios dotar á los establecimientos de enseñanza del personal y material necesarios para el cumplimiento de su misión. Hay que prever por unas y otras causas un aumento extraordinario en las matrículas, que aparentemente constituiría un triunfo del sistema, pero que en la realidad sería un tremendo fracaso si el Estado tuviera que confesar su impotencia cerrando por plétora las puertas de sus establecimientos y dejando sin pan intelectual á la juventud que acudiera á su llamamiento, ó dándoselo de menguada calidad y en cantidad insuficiente para su alimentación.

Salvada, como puede salvarse esa gran dificultad de orden material, ya repartiendo tan pesada carga de modo que las instituciones docentes no oficiales que se hallaran en determinadas condiciones y se sometieran á determinados preceptos pudieran estimarse como una prolongación ó extensión de las instituciones oficiales,—lo cual sería seguramente lo más práctico y tal vez lo más político,—ya acometiendo valientemente por medio de un empréstito, si es preciso, la reforma del material inmueble, y aumentando el personal auxiliar en la medida necesaria para que ningún Profesor tuviera á su cargo secciones ó clases de más de cincuenta alumnos,—lo cual, aunque constituye una solución definitiva del problema, sería costosísimo, y desde luego, por lo que toca á los inmuebles, de imposible realización inmediata,—quedaría todavía por resolver otra parte no menos delicada, la que es objeto especialísimo de la información abierta por V. E.: «las reformas de carácter técnico».

Tenemos ya en efecto — así queremos suponerlo — en cada capital de provincia un Centro docente, una «amplia unidad educativa», llámese Liceo ó Seminario, Gimnasio ó Instituto, Escuela ó Academia, donde se ha concentrado toda la actividad educadora del Estado para la obtención de todo el personal culto del país, y de donde han de salir, ya jóvenes completamente pertrechados para la lucha por la existencia, me-



cánicos, electricistas, químicos, mercantiles é industriales, ó como los maestros elementales, intérpretes, corredores de comercio, capataces, auxiliares de la Administración, Secretarios municipales, practicantes de medicina y de farmacia, etc., ya otros preparados suficientemente para ingresar en las grandes carreras universitarias, profesionales y superiores, civiles y militares del Estado; el Instituto, fábrica hasta el presente de bachilleres, se ha convertido en semillero de ciudadanos útiles, que, antes de pasar á ganar su sustento en una fábrica ó en una tienda, en un laboratorio municipal ó en una estación del ferrocarril, en una oficina del Estado ó en una farmacia, en una escuela ó en un Consulado, han de haber hecho durante más ó menos tiempo vida común, sentándose en las mismas aulas, recibiendo el mismo alimento intelectual y tomando parte en los mismos juegos y recreos; hemos salvado de uno ú otro modo las dificultades que ponen las rutinas y los prejuicios, y las mayores y casi insuperables de orden económico, y tenemos todo el personal en sus puestos, las clases funcionando y viviendo la nueva institución. Nada absolutamente habremos hecho si los encargados de dirigirla siguen siendo flojas voluntades y vetustos cerebros de fósiles rutinarios, ó si dejamos en pie los actuales procedimientos educativos.

Debemos en esta materia no pagarnos de palabras ni de equívocos y exponer con franqueza y lealtad nuestra opinión. ¿Qué es lo que necesitan las enseñanzas experimentales? Muchos experimentos, y para llevarlos á cabo, laboratorios, gabinetes, talleres, campos de experimentación, etc. ¿Falta algo de esto en los actuales Institutos? En mayor ó menor grado, no, pues todos ellos tienen sus gabinetes de Historia Natural y de Física, su jardín botánico y su laboratorio químico. Pero, ¿se saca partido de estos elementos? No; los ejemplares de Historia Natural suelen apolillarse sin que los toquen los alumnos; los laboratorios químicos no se utilizan casi nunca, y los jardines botánicos suelen servir únicamente para surtir de flores la mesa del director del Instituto. ¿Por qué así? Por la



misma razón que, á pesar de haberse ordenado repetidas veces, los alumnos no visitan fábricas ni talleres, museos ni monumentos de ninguna clase y por otros motivos aún más justificados. Por dos órdenes de causas: uno, el de nuestra ingénita apatía meridional y el ningún celo de los centros directivos, altos y bajos, por exigir á cada cual el cumplimiento de su deber; otro, el de la escasez ó nulidad de fondos para adquisición ó reposición del material.

Para remediar lo primero, importa colocar al frente de los establecimientos de enseñanza y de los altos centros directivos, sin consideración ninguna á ingerencias políticas ni á compadrazgos personales ni á mal entendidos respetos y sensiblerías, profesores de limpísima historia, de competencia probada, de celo indiscutible, encariñados con su profesión, identificados con el pensamiento de la reforma, y capaces de exigir á los demás el cumplimiento de sus deberes, empezando por darles ejemplo con el cumplimiento de los suyos. Para atender á lo segundo, no hay más remedio que arbitrar recursos para dotar, ante todo, á los establecimientos del material de experimentación que necesitan, en cantidad bastante para que todos los alumnos practiquen por sí mismos y de tal calidad, que sea siempre lo mejor y lo más moderno; cátedras experimentales en que sólo sea el profesor quien, á guisa de prestidigitador, dé una función de mecánica ó de electricidad, de química ó de psicología á sus alumnos, sin que éstos pasen de meros espectadores, no darán nunca el personal práctico y experto que se aspira á crear.

Pero para llegar á este resultado se necesitan dos condiciones: allegar recursos y asegurarse de su buen empleo. De nada serviría que el Estado impusiera á los contribuyentes un sacrificio más, si ese sacrificio resultara tan estéril como el de los actuales jardines botánicos; se consignaría una partida para adquisición y conservación de material científico, y esa partida, ó no se invertiría debidamente ó serviría para almacenar el material adquirido en una vitrina ó en un estante, sin provecho



para nadie. ¿Cómo evitar estas contingencias, que la experiencia señala, desgraciadamente, como posibles? Acabando de una vez con el doble error, dentro del cual se mueven y viven los establecimientos oficiales, especialmente los de segunda enseñanza, al ser estimados por el Estado como fuentes de ingreso y por las familias como establecimientos de beneficencia.

Es preciso que el Estado, que por boca de sus Ministros ha proclamado ya repetidas veces que la enseñanza es una carga y no puede ni debe ser un beneficio para el Tesoro público, invierta todos los productos de la enseñanza y todo lo demás que sea necesario en dotar á los centros educativos del material fijo, mueble é inmueble, que requiera la educación de la juventud; y es preciso también que los alumnos de las clases experimentales abonen las cantidades necesarias para sus prácticas, ejercicios y experimentos, á fin de reponer el material gastado sin temor á que se agote un frasco de sales ó se rompa una retorta ó se desgaste un tornillo. Posible es que ciertos padres de familia, de esos que se desprenden gustosos de veinte ó treinta duros mensuales por desentenderse de sus hijos, mandándolos á un Colegio y chillan después como energúmenos si les hacen gastar quince ó veinte pesetas en un libro para todo el curso, protesten airados contra esta nueva carga; pero el Estado debe cerrar los oídos á semejantes protestas y reemplazar con su acción tutelar el inconsciente abandono de esos padres, haciéndoles ver que lo que importa á la patria y á las familias mismas, no es tener sobresalientes ó aprobados, sino hombres que sepan, y que para saber es preciso estudiar y trabajar, no pudiéndose estudiar ni trabajar sin libros, instrumentos ni aparatos, que cuestan dinero y que hay que comprar, conservar y reponer.

No debemos, sin embargo, hacernos ilusiones. Estamos acostumbrados á hacer las reformas en el papel, y donde más importa hacerlas es en las costumbres. Nuestra juventud no trabaja con la constancia que debiera, ni la que enseña ni la



que aprende, porque no tiene fe en el trabajo, porque la experiencia la enseña que en España no suele premiarse el trabajo, sino la adulación, ni se asciende por méritos contraídos, sino por el favor del personaje influyente; nada se hará de provechosamente duradero, cualesquiera que sean las mejoras en la organización de la enseñanza, si aquí no nos decidimos á todos á proteger el mérito premiando la virtud, la honradez, la inteligencia y la laboriosidad. El convencimiento en la juventud de que el único camino viable para el logro de sus aspiraciones legítimas es el trabajo, que ennoblece y redime, hará más por la transformación del país que todas las reformas que pudieran implantarse.

Media docena de saludables medidas de rigor expulsando del Profesorado á los pocos que lo prostituyen y envilecen con su mala conducta pública y privada, harían más por la dignificación y prestigio de la clase que todas las mejoras que para ella pudieran recabarse. ¿Cómo se han de escribir buenos libros en un país donde sólo encuentran protección oficial los indocumentados de la literatura, y donde la difusión de un texto se halla en relación, no con su mérito intrínseco, sino con el tanto por ciento de utilidad que proporciona á quienes se prestan á recomendarlo? ¿Cómo han de verse concurridas las bibliotecas populares, que tan útiles pudieran ser para la difusión y vulgarización del saber, si las colecciones de que se componen, adquiridas y donadas por el Estado, constituyen indigesto fárrago de papel inútil? ¿Quién ha de sentir estímulos para el trabajo con jefes que toman á chacota sus deberes y con colegas que hacen gala de infringirlos, estando seguros de su impunidad?

Así se vician y desprestigian desde su origen las más nobles iniciativas y los más generosos deseos por falta de voluntad para el bien ó por sobra de voluntad para el mal, llenándonos la boca de palabras de regeneración, sin sentir un impulso en el corazón ni un movimiento en la voluntad para regenerarnos efectivamente.



Aplaudiendo en definitiva, y sin entrar en más amplias consideraciones, la circular del 10 de Julio, celebrando el espíritu que la inspira y la orientación que señala, y agradeciendo se dé oídos á la pública opinión en materia que tanto debe interesarla, la Asociación de Catedráticos numerarios de Instituto, acudiendo á la información abierta y haciendo las salvedades que requiere su conciencia profesional en orden al valor pedagógico y científico de la reforma al tenerla que subordinar á necesidades de orden económico, estima que puede llegar á las conclusiones siguientes:

1.<sup>a</sup> Es conveniente la transformación de todos los establecimientos de enseñanza destinados á la cultura del hombre adulto entre los diez y diez y ocho años, refundiéndolos en un gran centro en cada provincia, en el que, sobre la base de los actuales estudios de los Institutos, completados con todos los demás que sean precisos, se puede tener, no sólo un plantel de bachilleres como obligado vivero para la obtención de licenciados y doctores en las diversas Facultades, sino un plantel de jóvenes que al salir de un centro puedan, ya desde luego, ya con algún estudio complementario, ganarse la vida con provecho para sí mismos y para la patria, como maestros elementales, procuradores, agentes de negocios, peritos mercantiles, agrícolas, industriales, electricistas, químicos y mecánicos, fotógrafos, telegrafistas, aduaneros, agrimensores, corredores de comercio, empleados de la Administración, secretarios municipales, fieles contrastes, vigilantes, decoradores, ensayadores, ayudantes de laboratorio, practicantes de medicina y farmacia, capataces de cultivo, de minas ó de obras públicas, tenedores de libros, etc.

2.<sup>a</sup> Para llegar á esta transformación, es absolutamente preciso contar con locales adecuados y con personal y material suficiente para todas las necesidades de la enseñanza, de modo que no pueda haber *niguna clase que exceda de 50 ALUMNOS*, y que estos alumnos hagan por sí mismos todos los trabajos prácticos, ejercicios y experimentos que sean precisos en



los laboratorios, gabinetes, granjas, talleres y museos del establecimiento.

3.<sup>a</sup> Para atender á los gastos que ha de ocasionar la enseñanza práctica y experimental de las materias de estudio, se establecerá desde luego una matrícula especial para las clases prácticas á fin de que los alumnos satisfagan los gastos que ocasionen la conservación y reposición del material de laboratorio, gabinetes, talleres y museos que han de utilizar para su aprendizaje.

4.<sup>a</sup> Para atender á las exigencias á que ha de dar lugar el aumento de la matrícula y la nueva organización de los estudios, se acudirá á uno de estos dos procedimientos: el de dar carácter oficial para ciertos efectos á los establecimientos privados que reúnan las condiciones que se señalen en sus locales, material de enseñanza y personal docente, considerándolos como una prolongación del centro oficial, interviniendo sus trabajos y garantizando sus resultados por medio de notas mensuales de inspección del Profesorado del Estado, ó el de acometer valientemente la reforma mediante la contratación de un empréstito nacional de 125 millones de pesetas, destinadas á la transformación de los actuales Institutos, Escuelas Normales, Escuelas de Comercio y Escuelas de Artes é Industrias en un gran centro educativo en la forma requerida por las conclusiones anteriores, con amplios pabellones para el internado de los alumnos, con salas de estudio, dormitorios, cocinas, comedores, bibliotecas, patios y parque para juegos y ejercicios al aire libre y á cubierto, y todo lo necesario para hacer lo más grata y provechosa posible la estancia de los internos y medio pensionistas en el nuevo Instituto.

Dicho empréstito, que podría emitirse en obligaciones amortizables en un plazo máximo de cincuenta años y con un interés no superior al 40 por 100, tendría como garantía los edificios mismos que se construyeran, los productos que se obtuvieran del internado y medio internado, el exceso de ingresos sobre los gastos de los establecimientos, la garantía



subsidiaria de cada provincia por lo que á prorrata le pudiera corresponder por la parte de empréstito que en ella se hubiera invertido para la erección del centro correspondiente, y la garantía general del Estado.

5.<sup>a</sup> Los nuevos Institutos, aunque iguales en su organización administrativa y en lo esencial de sus enseñanzas y métodos, no deben ajustarse á un patrón único, sino que deben tener cada uno su nota característica distintiva en armonía con las necesidades y tradiciones industriales, artísticas y comerciales de la comarca en que se hallen enclavados, de modo que respondan á las conveniencias locales para la inmediata aplicación del personal apto que salga de dichos centros educativos.

6.<sup>a</sup> La Dirección de los nuevos Institutos será confiada á Catedráticos de probado y reconocido celo y competencia, cuyo amor á la enseñanza y entusiasmo por el prestigio de la clase sea firme garantía del cumplimiento de sus deberes profesionales.

7.<sup>a</sup> Se impondrá severo correctivo al Catedrático que falte á sus obligaciones, ya incurriendo en faltas de asistencia con pretexto de otras ocupaciones ó fingiendo enfermedades ó indisposiciones pasajeras, ya invirtiendo el tiempo de clase en explicaciones ó preguntas extrañas á la asignatura de que es titular, ya infringiendo los reglamentos ó disposiciones vigentes durante el curso ó durante los exámenes, ya dando motivo con su conducta académica á reclamaciones justificadas.

8.<sup>a</sup> No se permitirá á ningún Catedrático dar lecciones particulares de ninguna clase. Los Auxiliares podrán obtener autorización para darlas con la precisa condición de no poder intervenir en exámenes de asignaturas ni de grados de ninguna clase de alumnos, y de ponerlo en conocimiento del Jefe del establecimiento. La infracción de estas prohibiciones dará lugar á la formación de un expediente que terminará por la separación ó jubilación forzosa del Catedrático ó del Auxiliar, si resultara probado el hecho.



9.<sup>a</sup> Para nutrir las Bibliotecas de los establecimientos de enseñanza, cada Catedrático formará anualmente una lista de las revistas y obras nacionales ó extranjeras que estime más necesarias para el estudio de su especialidad; reunidas las listas de cada Claustro, los directores las remitirán á la Superioridad y una junta especial, nombrada al efecto, se encargará de elegir las que parezcan preferibles, para remitirlas á los establecimientos respectivos, consignándose anualmente en presupuestos la partida que al efecto sea necesaria. No se adquirirá por el Estado ninguna obra que no sea de las reclamadas en esta forma por los establecimientos oficiales de enseñanza, nutriéndose del mismo modo las bibliotecas públicas populares.

10.<sup>a</sup> Para el surtido del material científico de los gabinetes de Historia Natural, Física, Agricultura, Lingüística y Geografía, museos de Historia y de Bellas Artes, campos y granjas de experimentación, talleres, gimnasios, salas de dibujo, laboratorios de Química y de Psicología, los Catedráticos respectivos formularán sus notas expresando, á ser posible, los precios y puntos de venta de los objetos pedidos, y la Superioridad acordará la adquisición y envío de lo que juzgue más urgente y necesario, incluyendo en presupuestos la partida correspondiente.

11.<sup>a</sup> Entre los Catedráticos de cada especialidad que lo soliciten, el Ministro elegirá á uno todos los años que recorra una ó más naciones extranjeras para el estudio de su especialidad durante un curso, con la precisa obligación de redactar y publicar una Memoria dentro del año siguiente á su regreso, con los resultados obtenidos; estos Catedráticos disfrutarán de todo el sueldo y una indemnización de 2.000 pesetas, debiendo acreditar su residencia en el extranjero mensualmente por medio de certificados de los consulados respectivos, y sus visitas á los centros de enseñanza por medio de documentos fehacientes.

En ningún caso podrá salir de un mismo establecimiento



en el mismo año más que un solo Catedrático. Cuando sean varios los solicitantes se dará la preferencia á los que no hayan salido anteriormente ó á los que se ofrezcan á viajar por naciones distintas de las que hayan sido objeto de estudio en la misma especialidad en excursiones anteriores; en igualdad de condiciones, serán preferidos los más antiguos.»

### BIOGRAFIA

DESCHANEL. — El nombre de Pablo Deschanel hace pensar — como dice el anónimo articulista de la *Revue Bleue* — en aquella república ateniense de que tanto se hablaba antes. Deschanel tiene marcada inclinación al orden y á la disciplina; los cambios bruscos no le dicen nada; ama el progreso, pero á condición de que éste se produzca metódicamente. De ahí que, alejado por su moderación de los que bullen, aparezca en cierto aislamiento como un aficionado á la política. La política, sin embargo, le interesa, pero no le apasiona. Su temor es que democracia y mediocridad se conviertan en términos sinónimos que expliquen el bastardeo de las conciencias y todo lo vulgar, estrecho y mezquino. En semejante estado ve la negación del progreso, y por consiguiente, la decadencia, y eso le mantiene á la expectativa, porque desconfía de que llegue un día en que el pueblo deje de ser la entidad interesante que provoca sacrificios y abnegaciones, para convertirse en una entidad colectiva semejante á esos individuos á quienes se califica de «pobre hombre».

Pablo Deschanel ha nacido durante el destierro de su padre, el proscrito de 1851 que más gratos recuerdos ha dejado en Bélgica; y sus primeros años han pasado en una atmósfera en que la idea de *patria* tenía un sentido casi sagrado. Aquellos proscritos no eran ideólogos; no trataban á Proudhon, y veían la República al través de la moral de Sócrates, entusiasmándose con Jenofonte, aquel aristócrata que tan vivo cuadro



nos ha pintado de la plebe ignorante, turbulenta, mala, interesada, y sólo enamorada de las medianías. La República que soñaban se basaba en la virtud, y se parecía poco á la República actual. La mayor parte de aquellos expatriados eran republicanos; pocos eran demócratas; en el fondo temían todos el cesarismo demócrata y socialista.

La personalidad de Pablo Deschanel es producto en cierto modo de todas estas ideas. Llegado á la mayor edad, poco después de la guerra, ha completado su educación viendo lo que pasaba en torno suyo, y comprendiendo la gran distancia que hay entre aquella República soñada, que se parecía á la de Salento de Fenelón ó á la ciudad del Sol de Campanella, y esta realidad brutal, cuyos elementos se componen de la masa obrera palpitante é insubordinada, que no tiene otro fin que el de mejorar sus condiciones de vida.

Los hombres políticos deberían tomar un partido ante el hecho de la lucha entre el capital y el trabajo; pero cada cual permanece en acecho, preguntándose qué va á salir de ese antagonismo; sería injusto condenarlos, porque nada les ha preparado para la revolución que se está llevando á cabo. No son ellos los que se equivocan, sino la historia, que pasa de la Revolución al Imperio y á la *Commune*. Deschanel, desde lo alto de su posición, se parece al gran Carnot bajo el Directorio. Así, por la fatalidad, se verá lanzado á un partido cuya debilidad conoce, pero al que tendría que sufrir. Hay situaciones en que el honor no permite avanzar ni retroceder, y en las que hay que permanecer enlodado, hasta que una conmoción violenta os saque de ellas y os salve ú os mate. ¿No es de temer que el republicanismo de buena ley de Pablo Deschanel sea pronto sinónimo de reacción?

\*  
\* \*

MILLERAND.—El día en que el *Officiel* puso en conocimiento del país que Millerand era Ministro, pudo afirmarse que daba



comienzo la revolución; la extrema izquierda, convertida en partido de gobierno por este hecho, explica los excesos de una mayoría desenfrenada que se coloca por encima del derecho, como si estuviera ya barrida la Constitución. Millerand es tanto como una amenaza, una indicación. Al revés de Clemenceau, no es un simple agente de protesta, de contradicción ó de negación; llega el momento de que su partido haga papel é imponga su voluntad, y toma una cartera para conseguirlo. No es un sectario, es un político consagrado á traer la revolución por vías racionales, en oposición con las miras simplistas de la mayor parte de sus correligionarios.

Si en el partido socialista, Guesde representa el principio ó el derecho, Millerand representa el hecho; esa es su fuerza, aunque sea mañana su debilidad. El hecho se impone como cosa consumada, como una fatalidad. Para el vulgo es lo tangible y lo admite, no por ser bueno ó malo, sino porque es. Toda la historia nace de hechos afortunados ó desgraciados; sus fautores han sido á veces hombres sabios ó de genio, y frecuentemente aventureros ó malhechores; los pueblos apenas los han distinguido; han consentido el hecho, y han aceptado con más ó menos resignación sus consecuencias.

De aquí la importancia de Millerand para sus amigos, para su partido y para el país; más que un iniciador es un amo, al que va á ser preciso seguir y escuchar, y cuya autoridad irá en aumento. Hombre de hecho, tiene que ser hombre de audacia. Hay en él más de Tarquino que de Bruto; como la mayor parte de las gentes de su tiempo y de su partido, es autoritario, y se acerca más á Maquiavelo que á Rousseau. Es de los que sólo adulan al pueblo para dominarlo. Es difícil predecir si será un Pisítrato, un Aristodemo, ó uno de esos amigos del pueblo, cuyos nombres saltan en la memoria en cuanto se piensa en la democracia; pero no es difícil prever que obrará forzosamente como todos esos demagogos que, para mantenerse, «satisfacían las codicias de la multitud y alimentaban sus pasiones».



Millerand conoce el pasado, tiene el instinto de lo que ha de ser el porvenir; falta saber si desconoce el presente, y si á pesar de sus cualidades de táctico político, no le falta el instinto de la realidad.

\*  
\* \*

RIBOT.—Gambetta decía de Ribot: «Es más pérfido que hábil.» Pertenece entonces—dice Aringes—al centro izquierdo, coqueteaba con el centro derecho, hacía alarde de su entusiasmo por las instituciones inglesas, y era la esperanza de la juventud. Los acontecimientos no confirmaron del todo aquella confianza que en él se tenía; Ribot podía tener el talento de argumentar sobre muchas cosas, pero le faltaba la fe, sin la que no se hace nada grande.

La toga de Fiscal sustituto que había llevado en París al fin del Imperio, le había hecho adquirir malas costumbres; su inclinación á los hombres y á las cosas británicas debía, por otra parte, impedirle ver con claridad de qué lado estaban los verdaderos intereses de su patria; creyendo ser clarividente, no fue más que torpe. El defecto de Ribot ha sido creerse un personaje necesario, é imaginarse que los asuntos políticos se estudian como los expedientes de un tribunal. No se le ocurrió que para un hombre de Estado importa conocer á los hombres; por eso no ha llegado á ser el gran Ministro que sus amigos se imaginaban.

No por eso deja de ser Ribot una figura: es el gran hombre de provincias que se encuentra desorientado en París. Lo que ha faltado siempre á Ribot es la independencia del hombre emancipado de todas las fórmulas y de todas las vanidades. El partido liberal ha perdido con él más de lo que ha ganado, habiendo dejado de ser aquel gran partido de otros tiempos. En lugar de hablarse de él, no se oye hablar más que de Ribot, cuyo mérito es evidente, pero que lejos de atraer, espanta, y produce el vacío en torno de su persona.



Es innegable que Ribot siente deseos de hacer revivir este partido; pero le dejarán hablar, le escucharán en silencio, le utilizarán, y no tratarán jamás de unirse á él con semejante fin. Ribot carece de atracción, no tiene simpatías ni inspiración. Su liberalismo carece de convicción. Con él no sabe nadie dónde se detendrá; quizá en una República más en armonía con las necesidades políticas y económicas de la hora presente; quizá en algo mucho menos democrático.

### IMPRESIONES Y NOTAS.

EL EMPERADOR DE LOS TRUSTS.—Así llama Candiani al famoso Pierpont Morgan, el Napoleón del acero (*Steel's Nap*) como le llaman sus compatriotas los yanquis. Tiene sesenta y cuatro años, y hace veinticinco apenas era conocido, aunque no es uno de esos hombres hechos por sí mismos (*sel pamde man*) como Astor, Vauderbilt, Carnegie y otros, puesto que su padre le había dejado algunos millones. A los catorce años, sin otra instrucción que la primaria, su padre le envió á Inglaterra á un Instituto de Londres, de donde pasó á la Universidad de Gotinga. Apasionado de las matemáticas y de la poesía, las primeras triunfaron de la segunda.

Es un hombre alto, ancho de espaldas, grueso, pero todo músculos, con cuello vigoroso, cabeza cuadrada, nariz enorme, barba de dogo, ojos brillantísimos y bigote espeso. Come como un ogro, no prueba el vino ni los licores y fuma con frenesí. A título de principal accionista y dictador de la Compañía del acero, dirige un presupuesto anual de ingresos y gastos que se acerca bastante al del Imperio de Alemania: sirve los intereses de una deuda pública tan elevada como la de cualquier Estado de segundo orden; da trabajo á 250.000 obreros y empleados, y le bastarían algunos esfuerzos para arruinar en Alemania, en Francia ó en Inglaterra la industria del hierro de la fundición y del acero con todas sus derivadas.



Como todos los Cresos de los Estados Unidos, Pierpont Morgan practica el mecenismo; sus liberalidades no son tan frecuentes ni tan considerables como las de Carnegie, pero superan, sin embargo, á todas las que se hacen en Europa. Entre ellas figura la fundación de la escuela industrial de Nueva York (2.500.000 francos); un hospital al borde de la Segunda Avenida (6.750.000); una iglesia en la calle 16.<sup>a</sup> (1.500.000); á la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard, 5.000.000; á un hospital de tuberculosos, 2.500.000; á las Bibliotecas de Holyoke y de la Asociación de jóvenes cristianos, medio millón á cada una; al Museo Americano de Historia Natural, una colección de piedras preciosas; al Museo Metropolitano de Arte, una colección de antigüedades griegas, etc.

\*  
\* \*

LA RESTAURACIÓN DE «LA CENA» DE VINCI.—El famoso fresco de Leonardo de Vinci, *La Cena*, que se halla muy deteriorado y corre grave peligro de desaparecer, va á ser restaurado cuidadosamente, según acuerdo del Gobierno italiano. Para llevar á cabo esta restauración, confiada á peritísimas manos, se empezará por destruir todos los organismos micróbicos que deterioran la pintura, luego se preparará el muro convenientemente para que no le penetre la humedad ni ninguna otra causa de degradación, y en seguida se procederá á la restauración, teniendo á la vista las copias más antiguas y más autorizadas de la famosa creación de Vinci y los mejores grabados que de ella se han publicado.

\*  
\* \*

LAS IGLESIAS NACIONALES.—Fernando Brunetière, el ilustre polemista, dedica uno de sus siempre comentados artículos de la *Revue des Deux Mondes* que dirige, al estudio de si debe ó no quererse una *Iglesia nacional*. Aunque el trabajo en cues-



ción se refiere sólo á Francia, su alcance es mayor y sus conclusiones pueden estimarse como generales.

¿Puede la Iglesia Católica ser *nacional* sin dejar de ser *universal*, ó son incompatibles ambos términos? Brunetière afirma la incompatibilidad: la Iglesia no puede hacerse nacional sino á condición de compartir las preocupaciones, las pasiones, los intereses y hasta el temperamento de un pueblo, y al localizarse así renegaría de su razón de ser, que es tender á la universalidad por encima de todas las razas y fronteras históricas. Una Iglesia nacional, convertida forzosamente en un instrumento de imperio en manos del poder civil, no sería otra cosa que una rama más de la administración. No ya en nombre de la Iglesia, cuyos intereses están evidentemente encontrados con toda idea de nacionalización, sino por el interés mismo de la patria, Brunetière combate el propósito de crear una Iglesia nacional, estimándolo como vanidad tan inútil como peligrosa en que no incurrieron ni Luis XIV ni Napoleón.

\*  
\* \*

EL FUTURO CÓNCLAVE.—En la *North american Review* consagra R. de Cesare un artículo al examen de los elementos y tendencias del futuro Cónclave que ha de elegir el sucesor de León XIII. Para el autor no ofrece duda que el elegido será un italiano y que el Cónclave se reunirá en Roma, señalándose entre los electores tres tendencias: el sostenimiento de la política de León XIII, el cambio gradual de esta política conciliadora y la reivindicación inmediata del poder temporal.

En cuanto á los *papables*, de los designados hace años en un famoso folleto, sólo dos han sobrevivido, y ambos parecen excluidos ya: el Cardenal Parocchi, por demasiado conciliador, y el Cardenal Capecelatro, por demasiado liberal. La elección parece que ha de ser disputada por Girolamo Gotti, Serafín Vannutelli, Domingo Svampa, José Sarto y el Cardenal Rampolla, que seguramente tendrá bastantes votos.

\*  
\* \*



LA CURACIÓN DEL CÁNCER.—Los americanos no se cansan de inundar al mundo de descubrimientos, que hay siempre que recibir con cierta reserva por las condiciones especiales de aquel pueblo. «¿Habrá—dice en la *Revue*, de París, el doctor Caze—que tener el mismo excepticismo respecto del último descubrimiento para la curación del cáncer?»

Se trata del hecho recientemente por el Dr. Gilman, Profesor de la Academia de Chicago, que afirma haber tratado con éxito 50 casos de cáncer. No es tarea fácil comprobar la exactitud de los datos indicados; pero en dos casos en que se ha podido hacer averiguaciones, el método preconizado ha obtenido resultados inesperados. El método se reduce á la aplicación de los rayos X, que atraviesan los tejidos cancerosos, destruyéndolos radicalmente.

Como se trata de una diátesis, en la que el mal renace siempre, la influencia de los rayos se reduce en todo caso á la de una operación quirúrgica que destruye la substancia morbosa, pero que es impotente para extirparla. Los rayos X, sin embargo, son todavía un misterio, y no debe vacilarse en aplicarlos á título de ensayo, porque, no siendo nocivos y habiendo dado buenos resultados, pudiera realmente suceder que fueran eficaces para la extirpación del mal.

Con este motivo, puede apuntarse una observación de varios médicos ingleses que no carece de interés: la de que una de las causas que parecen determinar la aparición del cáncer es el exceso de sal en nuestro organismo, atribuyendo la frecuencia del cáncer al consumo excesivo de carnes saladas y de embutidos. Hay, además, la particularidad de que, según Macfadyeau, sólo el puerco, de todos los animales domésticos, es refractario al cáncer, siendo el único de todos ellos que repugna la sal. Según esto, el abuso de las carnes saladas, y en general de la alimentación carnívora, que es la de las clases acomodadas, lleva en sí misma su castigo, del que se ven relativamente libres las clases pobres. ¡Siempre es un consuelo!

\* \* \*



FUERZAS PERDIDAS EN LOS ORGANISMOS SOCIALES.—Así llama Jorge Picot en la *Revue des Deux Mondes* á la colaboración entusiasta y generosa que muchos espíritus elevados están siempre dispuestos á prestar al Estado en los diversos ramos de la Administración, rechazada por la rutina y por el exclusivismo. Un francés—y lo mismo puede decirse de un español—que no ejerza funciones administrativas ó electivas y que pretenda ingerirse con su consejo ó su acción en la acción burocrática, es siempre visto con malos ojos y rechazado con empeño hasta que se retira convencido de que no se quiere aprovechar su generosa iniciativa. Los padres de familia podrían prestar positivos servicios á la instrucción pública en los consejos escolares; los particulares podrían intervenir en la beneficencia con gran ventaja para tan interesante servicio; las visitas á las cárceles por los mismos serían de excelentes resultados. Nada de esto se hace, porque á todo ello se opone la rutina y el exclusivismo de los que pretenden monopolizar estas funciones del Estado.

\*  
\* \*

TRANSFORMACIÓN DEL TRAJE FEMENINO.—Una mujer, y en esta ocasión toda una Princesa, declara abiertamente la guerra al traje femenino de la *North American Review*. Se trata de la Princesa María de Isenburg, de la casa alemana de Reuss, que no se contenta, como la Reina Amelia de Portugal, con anatematizar el corsé, sino que va mucho más lejos, aspirando á transformar el traje de la mujer, cambiando el ideal de la belleza femenina.

Para ello, lo primero que ataca es el talle, declarándose enemiga de todo lo que contribuya á dar relieve al cuerpo, y estimando que el traje ideal es una blusa corta que caiga recta de las espaldas, algo así como una chambra casera suelta. Aparte de esto, desea que los cuellos de esas blusas—y en esto sí que tiene razón—dejen descubrir completamente desnuda



la garganta; que las faldas no pasen nunca de la canilla; que desaparezcan los tacones; que el calzado sea calado; que no se lleve, bajo ningún pretexto, velo ni velito de ninguna clase, y que no se admita, para cubrir la cabeza, más que una toca en invierno y un panamá en verano.

Las consideraciones históricas, estéticas é higiénicas en que se apoya son numerosas; pero de temer es que la Princesa María de Isenburg pierda el tiempo con sus predicaciones.

\*  
\* \*

CULTERANISMO DEL SIGLO XX.—Las revistas y periódicos de ambos mundos han publicado el discurso que el General Hale ha dirigido al Congreso anual celebrado en Denver (Colorado) por la Asociación americana para el adelanto de las ciencias. Es un trozo de oratoria nuevo siglo que da quince y raya á los latiniparlantes del siglo XVII y á los más cultos gongorinos:

«Señores—les dice:—el Colorado entero os tiende la mano. Esperamos que vuestras afinidades os permitirán realizar una base sincera y sólida; que las corrientes multifaseadas de vuestras diversas actividades trabajarán en sincronismo y determinarán el irresistible impulso destinado á revolver el mundo; que vuestra sangre no será contaminada por el bacilo de la fiebre que causa el *delirium tremens*, ó por el de la tuberculosis, que lleva á la consunción; que la resultante de vuestros esfuerzos se orientará en el sentido del progreso verdadero, y que la fuerza centrípeta que os reúne aquí en una órbita conservativa, se equilibrará con la fuerza centrífuga, que determinará las ideas nuevas cuando os escapéis por la tangente. Podríamos desear que permanecieseis en el perihelio del sol de prosperidad; pero eso significaría un estado de reposo, con el estancamiento consiguiente. ¡Ojalá vuestra velocidad se acelere, por el contrario, y el coeficiente diferencial de vuestra curva varíe al infinito hasta que vuestro camino llegue



á ser asintótico á la línea recta de la perfección! ¡Ojalá la final integral de vuestra órbita se confunda con la suma de todo lo que conviene saber!»

Lo hemos traducido literalmente. Para soflama de un General no está del todo mal ese galimatías de nuevo cuño, ¿eh?

FERNANDO ARAUJO.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Estudios histórico-artísticos relativos principalmente á Valladolid. . . .**  
por D. José Martín y Monsó.

Si deseas sentir la España del siglo XVI á vista de ojos, no tienes más que pasarte por Valladolid: la inmensa llanura en que brota te dará idea de la apacible holgura castellana; su modernismo te enseñará que aquella España ya no era la de la Edad Media, ni la de Fernando é Isabel; la amplia gravedad de sus edificios te hará comprender á los vasallos de la Casa de Austria... No sé si contemplado esto gozarás mucho con su recuerdo; pero de hecho que sí llevarás la ventaja de haber respirado ambiente de aquel siglo, y ya graduarás mejor los quilates de su gloria.

Valladolid no carece, en verdad, de timbres más antiguos; pero le resultan del todo exóticos, y nada inspiran: en vano su plaza del Ocho te ayudará á reconstituir la ejemplar escena de D. Alvaro decapitado; Santa María la Antigua y el arco de las Huelgas no son allí menos incomprensibles que el obelisco de Lucsor en medio de París. Allí hay que empezar mirando en la fachada de San Pablo, y, sobre todo, en San Gregorio, la vitalidad con que salía España de la Edad Media, su fuerza creadora, su fantasía, algo como un himno de adoración al ideal cristiano, bajo formas poéticas y vagas que revelan, más que hartura y cansancio, juvenil anhelo de libertades



y expansiones. Causas exteriores atajaron este impulso, y en vez de abrir camino por sí mismo, se tomó el ya trillado, convirtiéndonos de nuevo en siervos é imitadores. Las comunidades habían caído con afrenta; Castilla se niega á sí misma y el Emperador Carlos rompe las fronteras, por las que salíamos á buscar odios, mientras se nos entraba lo extranjero en forma de cultura y de arte, avasallándonos por amor. Traed á la memoria aquellos místicos y ascetas, humanistas y filósofos, poetas y artistas de toda clase; ellos sí que forman la corte espléndida de Carlos y de los Felipes, ellos sí que hacen amable nuestro siglo de oro.

La historia de las ambiciones y miserias demasiado notorias, y ojalá pudiésemos borrar las más de sus hojas; pero la de nuestras fuerzas vivas, de lo íntimo y espiritual de la España de entonces, eso apenas vamos vislumbrándolo á fuerza de fatiga y de la labor generosa de muchos. En esto, lo más atrasado aún es lo concerniente á artes figurativas: estamos acopiando materiales; los más difíciles de extraer son precisamente los que han de servir para cimientos, y hasta lograrlos, toda labor es efímera y peligrosa. Pero, ¡cuánta fatiga para arrancar sus secretos el tiempo! ¡Cuántos pasos en balde hasta tropezar con la huella de un sendero! ¡Cuántas decepciones frente á un hallazgo afortunado! Y sin embargo, ¡cuánto seduce y atrae la caza de la verdad, sobre todo cuando es de condición tan pura y deleitosa como el arte!

Así se comprende el libro del Sr. Martí, cuyo título más honroso gusta verlo estampado bajo su nombre. *Pintor* se declara, y si las obras de sus pinceles no bastasen á honrarle, ahí está el libro mismo, ya con la primorosa exactitud y carácter de sus dibujos, ya con lo pintoresco y fácil de su pluma. Allí se descubre la vocación artística, que pide humildad, sinceridad, un espiritualismo algo infantil é inconsciente, desasimiento de lo personal en aras de la Naturaleza, amor puro á toda obra de Dios creador, como de discípulo que, reverente, persigue la huella de su mano. Su ideal hace al artista desde-



ñoso con todo lo que es positivismo y estudio; pero su obra, la forma estrecha siempre, pálida encarnación de su fantasía, le hace descontentadizo de sí mismo y humilde; sí, que la humildad es la piedra de toque del arte verdadero. Ella le rodea con aureola de simpatía; así subyuga sin razonamientos, como la belleza, hasta para el artífice es en cierto modo espontáneo y superior á sí mismo: es un don y no una virtud.

Muchos discurren sobre arte, pero muy pocos hablan en lenguaje de arte; y en verdad que muy mal vienen gongorismos y pedanterías para henchir el alma con el goce virginal de la belleza artística, y así vemos también con harta frecuencia desbarrar á los sabios cuando se les pone frente á una ecuación de este género. Los artistas no sabrán de razones, pero sí saben decir: tiene sentido artístico, que no se gana por esfuerzo, sino que viene de Dios y divide á los hombres con barrera infranqueable. Pero el artista no sabe expresar sino con su instrumento profesional, de modo que en tocando á las artes plásticas, la crítica, ó balbucea y enmudece en boca de los prácticos, ó se anda por las ramas y desatina guiada por los intelectuales. No olvido la frase de uno de nuestros maestros, cuando le preguntaba su opinión respecto de un discurso académico que acabábamos de oír: «Si fuera artista—me respondió sencillamente—no diría esas cosas.»

Un plástico-filósofo en grado eminente sería un tesoro para la ciencia del arte; pero como trabajar y hablar se avienen mal, hemos de contentarnos recogiendo con veneración las palabras escapadas á un Ghiberti, un Durero ó un Miguel Angel. A más bajo nivel ya, los escritos de artistas secundarios merecen predilección, si no por la autoridad de sus juicios, por el aire del taller en que se compusieron y por el sabor técnico de su estilo. Arfe, Pacheco, Martínez y Palomino, con todos sus lunares, vibran muy por encima de las sequedades de Cean y de las hinchazones académicas del siglo último. El Sr. Martí nos trae á última hora un libro grande y bueno por todos conceptos, como que, dentro de su plan, casi es intachable; su



fama, sobre todo en la gallarda dedicatoria al lector y en los primeros artículos, es de todo un artista que da color y relieve á la idea que elige con buen gusto y armoniza los matices, enfocando de manera que impresione; después se hace más crítico, el dato va abrumándole progresivamente, las figuras se aislan, la escena se complica y ya no es posible dar unidad al cuadro; pero allí revélase mejor otra cualidad excepcional, que es el golpe de vista, la serenidad, medida y discreción con que maneja los textos, la firmeza de sus conclusiones, y todo esto sin despojarse de la artística ingenuidad, sin artificio, sin escrupulosidades ni digresiones, pues, afortunadamente, no ha contaminado su gusto la lectura de nuestros críticos modernos, y si ha tomado algún modelo, quizá con demasiada insistencia, es el alemán Justi, y en verdad que esto sólo comprueba su buen tino.

¡Y cómo gusta descubrir el cariño con que el Sr. Martí procede en sus investigaciones; la fruición con que va desarrollando sus análisis; el justo orgullo con que de vez en cuando exclama: «esto no se sabía antes de ahora»! Quien no haya descubierto algo, no puede adivinar el gozo que hizo brotar estas palabras. Quien no sepa lo que es registrar un archivo y muchos archivos buscando algo, no tiene idea de la fatiga y abnegación ímproba que representa su trabajo. La crítica del Sr. Martí es, desde luego, esencialmente documental, y la lleva hasta sus últimas consecuencias, apurando, como quien dice, la materia. No se satisface con lo directamente útil y notable, sino que avanza y extiende el campo de exploración hasta límites que asombran. Persigue al artista en su ascendencia y descendencia, en sus flaquezas y luchas por la vida; nos enseña su casa y taller, nos copia su letra, relata fundaciones y patronazgos, fiestas, hechos históricos... Por eso, si dije al principio que Valladolid es la representación artística de nuestro siglo xvi, ahora puede añadirse que en el libro de que hablo tenemos el hilo de Ariadna para recorrerla y saborear á conciencia sus monumentos.



A primera vista, mucha de esta erudición parecerá fútil y de ningún provecho. Ciertamente que nada acrecienta el mérito de una obra el saber que la hizo Juan ó Pedro, ni que éste sea hijo de Lucas ó de Andrés, y que muriera en tal año ó en el siguiente; pero, sabido el nombre del autor, relacionaremos bien las obras que salieron de cada mano; podremos averiguar su patria, conocer las influencias y corrientes artísticas, los efectos de raza y de clima, las herencias de sangre y las genealogías de arte; una incidencia baladí nos descubre relaciones entre los artistas, que dan la clave para inducir aprendizajes y compañerismos; una fecha exacta basta para sostener ó echar al suelo toda una teoría; una firma, un dato, tienen más solidez que las críticas mejor argumentadas, y son tan sutiles y engañosos los juicios especulativos en esta materia, que rara vez concuerdan los pareceres, llegándose hasta las más encontradas y visibles paradojas.

En tiempo de Ponz, bastaban unas cuantas docenas de nombres para bautizar todas las obras, y parecía nuestro arte tan llano y conocido que daba gusto. Cean y Bosarte vieron ya embrollarse el asunto por la afluencia de artistas olvidados, que venían pidiendo plaza y reclamando obras; pero aquella fiebre investigadora se calmó; creyóse llegada la hora de edificar, y los románticos, abastecidos por Cean y Llaguno, no se han dado reposo en todo el siglo, fabricando castillos en el aire, con un aplauso que mal justificaban lo frágil y hueco de su labor. La ocasión llegó, aunque tardía, demoliendo y aportando mejores materiales, y en esta faena nos ejercitamos al presente.

Uno de los buenos operarios resulta el Sr. Martí, y con él da un paso decisivo la historia de nuestro Renacimiento. Todavía, y al parecer definitivamente, señorea Berruguete como el gran campeón de Castilla; es nuestro Donatello; pero Felipe de Borgoña exige puesto aún más glorioso, no de rival, sino de precursor y quién sabe si maestro, como lo sería de Ordóñez, Diego Siloee, Andino y tantos otros; Juni no apa-



rece ya como una excepción, sino rodeado de discípulos, con el último de los cuales, aunque indirecto, Gregorio Fernández, acapara la herencia de todo el siglo xvii en Castilla, saltando por encima de Becerra, cuya influencia clásica tiene que compartirse ampliamente ya con la de Pompeo Leoni. Estos y otros nombres famosos se registran en el libro, á vueltas de preciosos datos, de obras totalmente desconocidas; y haciéndoles coro, cientos y cientos de artistas de todo género salen del olvido, ya rodeados de un prestigio que invita á rebuscar sus creaciones, ya ostentando de improviso retablos, sillerías, portales, sepulcros y pinturas. Así, citaré á Inocencio Berruguette, Isaac de Juni, Cristóbal Velázquez, Isidro de Villoldo, apenas vislumbrado en este libro, pero con el honor que acreditan sus obras avilesas; Picardo y Manuel Alvarez, de quienes aguardamos á ver buenas esculturas; Antonio de Riera, maestro del todo ignorado, que recobrará, mediante un insignificante rastro, sus obras de Madrigal, Avila y Jaén, Tordesillas, cuyo San Antón más bien deberá de atribuirse á Juni; Ancheta toma por fin su verdadero nombre de Juan; el pintor florentino Benedetto Rabuyati presenta como discípulo honorosísimo á Gregorio Martínez, uno de los más felices descubrimientos del libro; el gran Velázquez, su suegro y otros, contribuyen con cartas inéditas á darle mayor interés, y así sucesivamente, pues cada página es un arsenal inexhausto, donde el lector avisado encuentra ancho campo de investigación y de sorpresas.

No se concreta á Valladolid la tenaz rebusca del crítico, sino que recorre la provincia con su máquina fotográfica y su lápiz, trayendo preciosas nuevas de Medina de Rioseco, Simancas, Tordesillas, Tudela de Duero, Coca, Paredes de Nava y Medina del Campo; avanza hasta el Burgo de Osma, Nájera y Santo Domingo de la Calzada, y desciende á Cáceres, Toledo y muchas otras poblaciones, más ó menos ilustradas en sus monumentos por los archivos vallisoletanos.

He omitido hasta ahora cuanto atañe al arte gótico y al



primer Renacimiento, que como precioso y menos trillado, reservaba para saborearlo algo despacio: no es mucho, pero selecto. Así tropezamos con aquel Michel, flamenco, pintor de la Reina Católica, descubierto por Zarco; pero hasta ahora no sabíamos el apellido Sytiun con que firmaba, ni que era criado de la Princesa Doña Margarita, datos ambos que consolidan la sospecha de Justi de ser el mismo Michiel Zittoz que trabajaba para la dicha Princesa en Flandes, poco antes de venir á Valladolid á saldar cuentas con los testamentarios de la Reina. Enteramente nueva es la noticia de un Ruberto alemán, escultor también de la misma, á quien se deberán ciertas imágenes de la Virgen que se conservan en Granada. Pero mucha más transcendencia tienen los escasos datos concernientes á San Gregorio de Valladolid.

Ahora sabemos que el sepulcro de su fundador no lo hizo Berruguete, sino Felipe de Borgoña, y que el celebrado retablo de la capilla salió de manos de Diego de la Cruz y de maestro Guilles, escultores, vecinos de Burgos, hacia 1489. Acerca de ello discurre acertadamente el Sr. Martí, pero creo que no atina respecto del Guilles, corrigiéndolo en Guillén y confesando ser aun así desconocido, pues Guilles seguramente es el *Gilles* francés, ó sea Gil, y no cabe duda que se refiere al famoso Gil de Siloe, compañero de Diego de la Cruz pocos años después en Miraflores. Tan sencilla aclaración da margen á creer francés á Siloe, ó Siloce, como siempre firmaba su hijo; á vindicar por suyo y de Cruz el retablo de Santa Ana en la catedral burgalesa, y á suponer también obra de ambos las magníficas fachadas de San Pablo y de San Gregorio, idénticas en estilo á lo de Burgos y terminadas hacia 1492. A propósito de la de San Pablo, mi opinión es que, lejos de corresponder al siglo xvii su parte alta, es toda lo mismo de antigua, salvo los escudos y cuatro figuras sentadas de alto relieve, y contituye uno de nuestros primeros pasos hacia el Renacimiento.

Otra cuestión interesantísima que resuelve el Sr. Martí es



la del sepulcro de los Reyes Católicos, creído durante algunos años obra de Ordóñez, hasta que Justi probó el error y lo atribuyó á Domenico Alessandri Fancelli, con entero acierto, pues al aparecer ahora la escritura otorgada por el Florentino encargándose de labrar el sepulcro de Cisneros, consta explícitamente que ya antes había esculpido el del Príncipe Don Juan y «del Rey e de la Reina questán en Granada».

Por último, y no obstante la mesura y desconfianza con que el autor toca este punto, bien puede gloriarse de haber planteado un problema del mayor interés poniendo el nombre de Forment ante el retablo de Santo Domingo de la Calzada. No bastan las reproducciones que publica para juzgar del carácter de su imaginería, pero todo inclina á creer que ciertamente esta es la última obra del insigne maestro, y que sólo ella puede hacer bueno el dicho de Jusepe Martínez, de que mudó de estilo viendo las obras de Berruguete, pues el retablo de Huesca está lejos de revelar mudanza alguna respecto del de Zaragoza. Forment no necesitaba lecciones de Berruguete, pues le aventajaba en clasicismo y en otras prendas; pero si revolucionario era en la escultura, en cambio respetaba para la arquitectura de sus retablos el grandioso tipo gótico de maestre Hans, el alemán, mientras que en Castilla Viguerny había puesto en moda esas cansadas anaqueleras de órdenes superpuestos, columnas monstruosas, encasamientos y hornacinas que sólo Juni se atrevió á romper. Nada tiene de extraño que Forment, como Berruguete, adoptase al fin de su vida y con igual pasividad este otro modelo, y que así resultase tan distinto el retablo de la Calzada, pero conservando, no obstante, ciertos recuerdos aragoneses, que sancionan probablemente la hipótesis.

MANUEL GÓMEZ-MORENO.



**Le vol en cas d'extrême misère et l'état de nécessité**, Discours prononcé à l'audience solennelle de rentrée de la Cour d'Appel de Nancy, le 16 Octobre 1900, par M. Marchand, avocat général.—Nancy, 1900.—Folleto de 62 páginas.

**La responsabilité pénale et l'extrême misère**. Discours prononcé à l'audience solennelle de rentrée de la Cour d'Appel de Pau, le 16 de Octobre 1900, par M. Chassain, substitut du Procureur général.—Pau 1900.—Folleto de 22 páginas.

Todo el que lee algo ha oído hablar del Presidente del Tribunal francés de Château-Thierry, M. Magnaud. Sus sentencias se han hecho célebres donde quiera. En varias publicaciones españolas se ha tratado de ellas más de una vez.

Pero en parte alguna han producido tanta agitación y tantas y tan encontradas discusiones como en la propia Francia. Un tribunal de categoría inferior, ó mejor dicho, un simple magistrado, ha sabido interesar la atención de una nación entera, y no ha tenido que hacer para ello otra cosa más que juzgar sin las ahumadas antiparras del leguleyo, fundiendo en una sola la doble naturaleza de juez y de hombre que estamos acostumbrados á ver, y que es la que priva. Todo francés, «intelectual» ó no, ha tomado parte en la contienda. Las «sentencias del Presidente Magnaud» se han discutido en los periódicos, en las revistas, en el libro, en el *meeting*, en las Academias y Corporaciones sabias (la notable *Société générale des Prisons*, de París, les ha consagrado no menos de tres largas sesiones), en el Parlamento, donde han determinado la presentación de proposiciones de ley encaminadas á modificar el Código penal; en el foro, en la calle, en todas partes.

Ese problema tan de actualidad no podía menos de tener su proyección también en los discursos de apertura de los Tribunales, pues á nadie toca más de cerca, puede decirse, que á éstos, á los Tribunales, donde precisamente ha sido planteado.

Los discursos de los Fiscales MM. Marchand y Chassain están consagrados de un modo expreso á examinarlo. El primero de ellos lo hace con bastante extensión, acompañando el



estudio de muy apreciables indicaciones y consideraciones históricas y doctrinales; el segundo escribe pocas páginas, pero sustanciosas. Ambos parece que admiten (como la han admitido por lo general cuantos se han ocupado del asunto) la irresponsabilidad por los hechos realizados en situación de extrema miseria (la absolución de una mujer, madre de familia, que, para alimentar á ésta, robó un pan, ha sido una de las más comentadas sentencias del Presidente Magnaud); pero M. Marchand quiere que el fundamento de tal irresponsabilidad sea, no la coacción moral del agente (motivo de aquélla, según muchos escritores, y también según M. Chassain), paralela á la coacción física, sino el estado de necesidad, una de cuyas aplicaciones es el acto determinado por la extrema miseria, porque *quod non est licitum, necessitas facit licitum* (*Digesto*) y *necessitas non habet legem, sed sibi facit legem* (*Decreto de Graciano*).

P. DORADO.

---

#### El último Concurso de la Escuela de Minas.

Es tan poco frecuente el caso de que el secreto de los concursos sea una verdad, aun cuando con tal condición se anuncien en las convocatorias, y la imparcialidad y la justicia, única norma de conducta de los llamados á intervenir en concepto de Jurados, que, cuando por fortuna ocurre así, y las recompensas se conceden tan sólo al mérito de los trabajos presentados, huyendo de compadrazgos, favores ó influencias, merecen jueces y concurrentes el más sincero aplauso de las personas rectas é imparciales. En ese concepto tiene muy justamente conquistada fama de severa rectitud la junta de Profesores de nuestra Escuela de Minas, constituída anualmente en Jurado para la adjudicación de los premios del legado Gó-



mez Pardo, puesto que no sólo en éste, sino en los varios años que se vienen anunciando y celebrando estos concursos, han sido declarados desiertos mucho mayor número de premios que los concedidos. Habla esto muy alto en favor de los dignísimos profesores de la Escuela que tan á conciencia interpretan el pensamiento del generoso fundador, y que además han sabido, mediante inteligente y honrada administración, hacer verdaderos prodigios con el producto de los bienes á su gestión confiados, como lo prueban ostensiblemente el edificio construído *ad hoc* para Escuela, la creación del laboratorio de prácticas de química y ensayos de minerales, y los concursos científicos anualmente celebrados.

Vamos ahora á dar cuenta del resultado del último, que es lo que nos proponemos al redactar estas cuartillas.

Varios eran los premios anunciados, y no sabemos cuántos manuscritos se presentaron optando á ellos; pero la *Gaceta* sólo anunció haber sido concedido el premio de tres mil pesetas á una obra titulada *Planimetría de precisión*, que se había presentado bajo el lema  $C^{24} H^{29} (No^2)^1 O^{20}$ .

Los que conocían el manuscrito hacían de él grandes elogios, sintiendo vehemente curiosidad por conocer el nombre del autor, que tan rigurosamente había conservado el incógnito, pues ni aun después de publicado en la *Gaceta* el lema de la obra premiada, pudo traslucirse su nombre hasta el momento de la apertura del pliego que lo contenía. Por eso fue muy grande la satisfacción que experimentamos el día 31 del pasado mes de Diciembre en la sesión pública que para la apertura de pliegos celebró la Escuela de Minas, y con nosotros el Jurado y selecto público que al acto asistía, al leerse el nombre del autor, que resultó ser nuestro amigo el ilustrado Teniente Coronel del cuerpo de Estado Mayor, profesor de la Escuela Superior de Guerra, D. José de Elola.

No podemos aquí hacer, por cuenta propia, el elogio de una obra que sólo conocemos de referencias; pero podemos decir, ateniéndonos al juicio de personas que la conocen y refirién-



donos al brillante informe de la ponencia, que es un trabajo de extraordinario relieve y originalidad, donde se abordan cuestiones de altísima importancia: unas, por ningún autor estudiadas hasta hoy; otras, tratadas muy á la ligera por los escritores profesionales.

Distínguense entre otros, por este concepto, los capítulos titulados «Marcha general de la planimetría en un levantamiento regular» y «Plan de trabajos».

El primero de ellos viene precedido por interesantes estudios de suma originalidad, referentes á la precisión que pueden suministrar aisladamente los diversos métodos empleados en planimetría, para deducir comparativamente su valor relativo y preparar así el estudio de su metódica aplicación. El otro, en el que sintetiza el pensamiento de la obra, abarca el asunto desde un punto de vista enteramente original, cual es el de someter á fórmulas cuanto se relaciona con la elaboración del plan de los trabajos topográficos, á fin de que resulte armonía entre el fin que con el trabajo se persigue y los medios que hayan de emplearse para su realización. Con sólo la enunciación de esta idea, se comprende cuánta es la importancia del asunto y cuán grande el interés que en breve, cuando la obra se publique por cuenta de la Escuela de Minas, habrá de despertar en las personas que se dedican á esta clase de estudios, pudiendo asegurar que las teorías de nuestro competente amigo, seguramente serán muy comentadas en España y en el extranjero.

El nombre de D. José de Elola es ya ventajosamente conocido del público como escritor castizo y de alto vuelo; es autor de tan variadas producciones como «El credo y la razón», las novelas «Bosquejos», «Eugenia» y «La prima Juana», y multitud de escritos y artículos profesionales, literarios y de polémica, firmados unos, y modestamente encubiertos bajo pseudónimos otros, muchos de los cuales han honrado las columnas de esta Revista.

Hemos sabido á última hora, y no queremos dejar de con-



---

signarlo, que la obra que acaba de premiar la Escuela de Minas, y que merced á esta feliz circunstancia pronto veremos publicada, fue también sometida á examen de la Junta Facultativa de la Escuela Superior de Guerra, ligeramente variado el título, y mereció un encomiástico informe de esta ilustrada corporación, casi al mismo tiempo que la Escuela de Minas acordaba concederle el premio, coincidencia que da más valor á los informes de ambas juntas que no tienen entre sí conexión ninguna, y que estaban lejos de sospechar que el trabajo que juzgaban merecía idéntico concepto en otro centro científico.



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>High-life</i> (novela), por la Baronesa de Suttner.....	5
<i>Poetas americanos: Nerón</i> , por Arturo Reyes .....	38
<i>La Educación</i> , por Miguel de Unamuno .....	42
<i>El problema religioso en España</i> , por Edmundo González-Blanco..	59
<i>El renacimiento y su influencia literaria en España</i> , por Adolfo Bonilla y San Martín .....	84
<i>Un geógrafo español: D. Rafael Torres Campos</i> , por Aniceto Sela.	101
<i>Impresiones españolas</i> , por J. Martínez Ruiz.....	116
<i>La jurisdicción contencioso-administrativa</i> , por E. Cánovas del Castillo.....	124
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	130
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	142
<i>Notas bibliográficas</i> , por Manuel Gómez Moreno y P. Dorado.....	193